

EL PODER DE LA VIUDA

(Colección: *"Old World of Darkness"* ~
"Viejo Mundo de Tinieblas", Grupo: «Vampiro»)

(Trilogía: «Tremere», Tomo-3)

ERIC GRIFFIN

"Widow's Might" © 2001

Traducción: Manuel de los Reyes

1 Raíces de viuda

Al final de la inclinada pasarela, Antígona vio una forma oscura que se balanceaba. O, para ser más precisos, parecía atrapada en la maraña de la pasarela y la barandilla y estaba tratando de liberarse: la Voz de los Huesos.

Colgaba cabeza abajo, suspendido y dado la vuelta. La pasarela se había vencido tanto en aquel lugar que la caída no habría sido muy grave, no más de cuatro metros, desde luego. Debajo de ellos, Antígona veía una forma que se les acercaba sigilosamente saliendo de las sombras.

Se detuvo, esperando nuevos disparos.

Por vez primera aquella noche, se vio agradablemente sorprendida. Bajo la tenue luz que salía por la ventana, la figura que se les acercaba fue cobrando gradualmente la conocida forma de Felton.

Su semblante era una visión escalofriante. Le faltaba casi toda la

carne de la frente, que se había arrancado aparentemente al tratar de extraerse la bala. Y no parecía que la operación hubiera sido un éxito. Gran parte de su cara estaba cubierta por feas quemaduras. Cojeaba al caminar y una auténtica ráfaga de heridas de bala le había hecho jirones los pantalones.

Sin apartar un instante los ojos de la Voz de los Huesos, Felton dejó caer el detonador al suelo. Se acercó tres pasos más, se inclinó y recogió una pistola automática de gran calibre que se le había caído a la Voz cuando la carga explosiva había detonado a sus pies. En la otra mano, Felton empuñaba una navaja de hoja recta y cubierta de sangre.

Antígona apenas la reconoció. Al igual que Felton, la navaja no había salido bien parada de la lluvia de balas. Estaba doblada, rota y tenía la empuñadura destrozada.

Felton levantó la pistola y apuntó con ella a la cabeza de la Voz de los Huesos. Desde tan corta distancia, Antígona pudo ver que la pistola parecía encontrarse en mucho mejor estado. No era de extrañar, habida cuenta de que se había encontrado en el extremo administrador, y no receptor, de la masacre.

—Apártate, señorita Baines. Es mío. Él se lo ha buscado. Y voy a terminar con esto. Ahora mismo.

—No —replicó ella al tiempo que plantaba con firmeza un pie sobre el esternón de la Voz de los Huesos y apretaba—. Piensa un minuto, Felton. Si lo matas ahora, nunca sabremos quién me la jugó... quién *te* la jugó.

La corrección no le pasó inadvertida a Felton. Lentamente, bajó la pistola.

—Así que es eso. Tendría que haber sabido que los malditos Tremere jamás me hubieran ayudado de no ser por razones personales.

La Voz de los Huesos se rió débilmente. El sonido brotaba de él como el agua de una fuente. No parecía tener fin.

—¿Los Tremere? Razones personales... Así que la señorita Baines no se lo ha contado todavía, ¿verdad?

—¡Y tú cierra la puta boca! —gritó Felton—. Hablo en serio, no pienso volver a decírtelo. ¿De verdad crees que voy a contenerme

porque *ella* podría verse atrapada en el tiroteo? Estás muy equivocado. ¡Así que cierra la boca!

Antígona apoyó todo su peso sobre el talón. Le arrebató todo el aire de los pulmones a la Voz de los Huesos y con él las ganas de seguir riéndose.

–Felton... –lo interrumpió con voz tranquila.

–¿Qué?

–Me gustaría que nos marcháramos de aquí, a ser posible antes de que aparezca la policía. No podemos ir a ningún lado hasta que le hayamos sacado una respuesta a este tío. De hecho yo ya la habría conseguido si no te hubieras presentado cinco minutos antes de tiempo para tratar de conseguir que nos mataran a los dos. De modo que si eres capaz de contener un minuto más tus ganas de liquidarlo, creo que podremos conseguir todo lo que queremos, ¿de acuerdo?

–¿He mencionado que estás empezando a tocarme las pelotas?

–respondió él–. Ahora recuerdo por qué trabajaba solo. Por lo que a mí se refiere, cuanto antes terminemos con esto, mejor. Aquí tienes. Pregunta. Estaré aquí mismo por si me necesitas.

Le arrojó la navaja.

Ella la cogió. Estuvo a punto de responderle mal pero al final se contuvo. Se inclinó sobre la Voz de los Huesos y sostuvo la navaja en alto para que éste pudiera verla.

–Muy bien, V.H. ahora todo depende de ti. Podemos matarte o podemos cortarte en pedacitos y luego matarte. Quiero saber por qué. Eso es todo. Por qué te tomaste tantas molestias para tenderme una trampa. Ya sé por qué volasteis el edificio. Para acabar con el príncipe. Para eso era todo el maldito lío del Conventículo, ¿no? Pero lo que quiero saber es, ¿por qué yo?

Le acercó la hoja a la garganta.

–Sigues sin entenderlo, ¿verdad? –dijo, con una voz que se volvía áspera al atravesar la severa máscara blanca de pájaro–. Baja esa navaja y piensa un minuto. Yo no volé el edificio.

Debajo de ellos, Felton lanzó una imprecación y empezó a caminar de un lado a otro.

–¡Y una mierda! –gritó Antígona directamente a la cara de la Voz de los Huesos. Con un tajo furioso, bajó la navaja y describió con

ella un estrecho arco.

La cabeza de la Voz de los Huesos se echó atrás y pendió sobre el abismo como si de repente le hubieran arrebatado todo medio visible de sujeción. Un débil gorgoteo escapó de la máscara mientras se llevaba una mano a la garganta.

Felton, situado justo debajo de él, le miró los ojos. Pudo ver el miedo y la confusión que se dibujaban en ellos mientras la Voz de los Huesos apartaba la mano y se la encontraba, no empapada de sangre como había esperado, sino perfectamente seca.

—Oh, mierda —dijo Felton sacudiendo la cabeza—. Ya lo has visto. Sabes lo que es, ¿no? Es magia de sangre. Taumaturgia. Ya he visto este truquito varias veces y es bastante horrible. Te aconsejo que respondas las preguntas de la señora tan rápida y sinceramente como te sea posible. Conmigo te habría ido mejor, colega. Yo sólo te habría volado la cabeza.

Antígona agarró la túnica de la Voz de los Huesos a la altura del pecho y tiró de ella para obligarlo a incorporarse.

—¿Quién voló el maldito edificio? —inquirió.

—No... lo... sé.

—Joder, qué mal suena —dijo Felton—. Como si le hubieran cortado las cuerdas vocales o algo así.

—Cierra la boca, Felton —le ordenó ella. Sus ojos no se apartaron un instante de la blanca máscara—. Tú. Escúchame. ¿Fue uno de los nuestros? ¿Alguien del Conventículo?

Antígona estaba pensando en la mujer que había sacado la tesela... que había puesto la bomba en el instituto tratando de matar o de silenciar a Johanes.

—No —respondió él con voz cascada. Trató de aclararse la garganta, tosió y escupió flemas sanguinolentas sobre el inclinado pasarela. Felton lo miró con el ceño fruncido. La Voz de los Huesos volvió a probar su voz y siguió hablando, esta vez con mayor seguridad—. Si tuviera la menor idea de dónde se está metiendo, señorita Baines, no le daría la espalda con tal despreocupación a todos sus aliados. Se ha enajenado usted las simpatías de todos lo que podrían haberla ayudado: la Pirámide, el Conventículo, y ahora incluso su último y titubeante aliado, el pobre y engañado señor

Felton.

–Acaba ya con ese bastardo –dijo Felton–. No sabe nada.

–Ya soy mayorcita –respondió Antígona a la Voz de los Huesos–. Puedo cuidarme sola. Así que, ¿por qué no me cuentas de una vez por qué tú, mi supuesto benefactor, me tendiste una trampa? Sabías que iban a volar el edificio. Hasta sabías cuándo iban a hacerlo. Y arreglaste las cosas para que estuviera allí para poder colgarme el muerto. ¿Por qué?

La Voz de los Huesos se rió sin ganas.

–Así que no lo sabes. De verdad no lo sabes. Y yo que pensaba que estabas engañando al bueno del señor Felton. ¿De verdad no comprendes por qué me sentí alarmado al descubrir que otro Tremere se había infiltrado en el Conventículo en este momento?

Concretamente un miembro del equipo de seguridad de la capilla.

–¿Qué coño quiere decir eso de "otro" Tremere? –preguntó Antígona–. Dios, ¿es que había otros novicios de la capilla en el Conventículo y a ti no te pareció pertinente decírmelo?

Jervais sacudió la cabeza.

–Por supuesto que hay otro. Y tu presencia, por no hablar de tu determinación de escalar puestos en la organización, puso al infiltrado en una posición bastante complicada.

–Quiero un nombre –gruñó Antígona.

–Y lo tendrás –respondió el otro–. Si atiendes a razones.

Supongo que eres consciente de que ahora no puedes regresar a la capilla. Ni siquiera Helena podría protegerte. ¿Dónde vas a ir? Tu única esperanza es el Conventículo. Yo puedo esconderte del príncipe y la Pirámide. Dirigiremos juntos el Conventículo en medio de esta crisis. Estoy dispuesto a firmar un pacto de sangre contigo.

–Has tratado de matarme –le recordó ella.

–No, trataba de impedir que sufieras daño. De conseguir que dejaras la ciudad. Sabía que si seguías adelante, provocarías que nos mataran a los dos. No podía dejar que pusieras en peligro todo lo que he construido aquí. El Conventículo es mi Casa, Antígona. Mi capilla, si lo prefieres así. Tú precisamente debes apreciar lo que esto significa. Te estoy ofreciendo la protección de mi Casa.

Antígona sacudió la cabeza.

–Ya es demasiado tarde para eso. Deberías habérmela ofrecido hace semanas, antes de que empezara todo este embrollo. Entonces nada de esto habría ocurrido. Y tú no estarías a punto de morir. Y ahora, por última vez, ¿Cómo sabías que iban a volar el Empire State Building? Necesito un nombre.

–Si se lo digo, puede darnos a los dos por muertos.

–Tú ya estás muerto y yo estoy dispuesta a correr el riesgo. ¡Y ahora dímelo! ¿Quién lo hizo?

La Voz de los Huesos se agitó, incómodo.

–Se llama Graves. Adam Graves. Es...

Antígona sabía perfectamente quién era. Últimamente su rostro estaba a todas horas en las noticias.

–Hijo de puta mentiroso –musitó Felton desde abajo–. He visto a ese Graves. En la tele. En la tele *diurna*. Ni siquiera es uno de nosotros.

Antígona ignoró el estallido de Felton. Sabía que si la Voz de los Huesos le hubiera mentido, lo habría sabido al instante.

–Mira, ¿te acuerdas de la última vez que nos vimos? ¿Cuando me enviaste a matar a Felton...? –le dijo.

–¿Qué coño...? –demandó Felton, indignado, desde abajo.

La Voz de los Huesos se agitó. Titubeó; se aclaró la garganta. Antígona lo agarró por el cuello.

–¿Te acuerdas?

–Sí, claro. Yo...

Un chorro de sangre caliente cayó sobre la cara de Antígona. Felton se apartó apresuradamente, maldiciendo. La espalda de la Voz de los Huesos se arqueó de repente y a continuación quedó inerte entre las manos de la novicia como un peso muerto.

–Maldición. –Bajó el puño con fuerza, le dio un golpe en el pecho y a continuación lo apartó de sí. Su cabeza se hundió bajo el nivel del mirador. Una cascada de sangre se derramó sobre el suelo desde la herida abierta de su garganta.

–Oh, estupendo –dijo Felton mientras se limpiaba la sangre de la camisa–. Muy efectivo. ¿Podemos ya salir de aquí? ¿O quieres examinar el cadáver?

–Ve tú delante –dijo ella con los dientes apretados para tragarse

una réplica enfurecida—. Tengo otra pregunta para él.

Felton resopló, asqueado.

—Estás loca, lo sabes, ¿verdad? Este tío ya no está para preguntas. Está... Da igual. Para qué molestarse. De todos modos no vas a escuchar.. Mira, te esperaré abajo si quieres. Supongo que me ayudaste cuando no tenía ningún otro sitio al que ir. Y regresaste a buscarme allí en la capilla y me sacaste de aquel infierno. Y aunque tus motivos no fueran del todo altruistas, algo te mereces por ello. Al menos que te deje sola un momento antes de que aparezca la poli.

Aquella inesperada oferta la sorprendió.

—Eso es muy considerado por su parte, señor Felton. Lo veré en las calles, entonces.

—Joder, estás loca. Ya nos veremos, Ave Negra.

Antígona miró en su dirección hasta oír que se cerraba la puerta de la calle. A continuación subió de nuevo el inerte cadáver a lo que quedaba de la pasarela. La máscara blanca como la tiza estaba ahora manchada de sangre. El patrón de las manchas la cogió por sorpresa. Como el insólito curso del Nilo, las líneas de color rubí discurrían *hacia arriba*, de sur a norte, un efecto secundario de la posición del cuerpo cabeza abajo.

Antígona se quedó mirando las extrañas facciones de pájaro durante un buen rato. Las palabras que Felton le había dicho una semana antes seguían corriendo por sus pensamientos: *todos los jefes son intercambiables*.

La Voz de los Huesos no había superado el examen de la navaja. Lo habían sorprendido en una mentira. *¡Sólo que no era una mentira!*, se dijo Antígona en silencio, llena de rabia. Simplemente había admitido que en su último encuentro la había enviado a matar a Felton. ¿O no?

El preocupante pensamiento se insinuó en su mente al recordar que la Voz de los Huesos había titubeado cuando ella le había planteado su última pregunta. *¿Y si aquél no había sido su último encuentro?*

Con creciente aprensión, introdujo los dedos debajo de la máscara y tiró. Se negaba a ceder, como si la tensión superficial de la película de sangre la hubiera pegado a la cara. Tiró con más fuerza,

pero fue en vano.

Frustrada, cogió el objeto que tenía más cerca. La Navaja de Occam. Tras introducir la hoja por uno de los ojos, la deslizó entre la máscara y la carne que había debajo. A continuación empujó con fuerza hacia abajo, utilizando la herramienta como palanca.

La hoja estuvo a punto de doblarse. Antígona se sentó en cuclillas y la miró con abierta incredulidad. En lugar de una navaja recta, lo que tenía entre las manos era una larga pluma de color negro. La reconoció al instante: la Pluma de Ma'at. La pesa que usaba el Dios Chacal para medir a los muertos. Recordó las palabras que le había dicho al despedirse sobre la inherente condición intercambiable de los símbolos de la verdad. Sobre que le permitiría regresar para ser juzgada por los símbolos de los suyos, por los estándares de sus iguales.

En aquel momento, ella había temido que se refiriera a que sería devuelta para afrontar la inquisición de los Astores. Pero parecía que el Risueño Guardián de los Muertos había seleccionado para ella tres jueces muy diferentes entre sus hermanos y hermanas de la Pirámide Tremere.

Volvió a recordar sus encuentros con Johanes, con Jervais, con Helena... y las pruebas y acusaciones que cada uno de ellos había depositado frente a ella. Algunas de ellas las había afrontado con honestidad y compasión. Otras, no tanto.

No había encontrado una redención sencilla ni había obtenido la absolución de uno solo de los jueces que habían formado su tribunal. Si aquella pluma se la había enviado el Chacal, era una señal de que se le estaba acabando el tiempo. Tenía miedo de no tener nada para mostrarle. A pesar de la segunda oportunidad que él le había ofrecido, no había logrado hacerlo mejor. Había tratado de ayudar a algunos; había hecho daño a otros. Había derramado la sangre de algunos y la suya propia. Había buscado la verdad y para hacerlo había estado dispuesta a retorcer la verdad.

Así que, ¿donde la dejaba la contabilidad final de sus actos? Tenía miedo de que si volvía a enfrentarse a las escamas doradas del Chacal, el veredicto no fuera ahora diferente de lo que había sido entonces. No era ningún monstruo, pero su misma existencia se había

convertido en una cosa monstruosa. No era ninguna santa, desde luego, aunque sentía hondamente el peso de las cargas gemelas de la verdad y la compasión. Sabía que se le habían concedido dones a un tiempo hermosos y aterradores... y que a causa de ellos sería merecedora de una luz más rigurosa a la hora de su juicio.

Ahora era libre de todo deseo pero, curiosamente, también era libre de todo miedo. No le quedaba más que lo inevitable. Movi6 una mano por el tiempo y la eternidad danz6 entre las yemas de sus dedos.

Llena de confianza, extendió la mano y deposit6 la pluma en su fiel de la balanza, un gesto nuevo.

Antígona puso con delicadeza la Pluma de Ma'at sobre los rasgos de pájaro de la máscara de la Voz de los Huesos, como un sudario destinado a tapar los ojos abiertos del fallecido.

La máscara esquelética del ave se parti6 limpiamente en dos mitades y los dos pedazos cayeron a los lados.

Antígona mir6 por un instante fugaz el rostro familiar que había en su interior. El rostro de uno de sus jueces, al que más había fallado. Jervais.

Había abandonado a Johanes, dejando que se ocupara por sí solo de las consecuencias de la explosión. Que rescatara los cuerpos de entre los escombros, que cuidara a los heridos y agonizantes y que ocultara las pruebas a las autoridades.

Había abandonado a Helena a merced de los Astores. Para afrontar los rigores de su inquisición, para confortar a los novicios, para tratar de impedir el desplome de la capilla por la mera fuerza de su voluntad.

Pero era a Jervais a quien más había fallado.

Con sumo cuidado, Antígona recogió las dos mitades de la máscara. Los acun6 entre sus brazos, como si fueran frágiles cáscaras de huevo, mientras descendía de la pasarela.

Son6 un disparo en la calle. *Una advertencia de Felton*, pens6. Ya podía oír cómo se acercaban las sirenas. Sabía que debía apresurarse. Pero seguía allí, con los pies clavados en el suelo, escuchando. Esperando para ser convocada a su juicio final. En los aullidos de las sirenas crey6 poder detectar la risa burlona del Chacal.

Se estaba riendo de ella. No fue hasta entonces cuando Antígona comprendió que no iba a desaparecer de repente. Ya no podía seguir bailando en la fina línea que separaba a los vivos de los muertos y escapar indemne. Si quería salir de aquella habitación, tendría que aceptar la responsabilidad de su propia redención. Convertirse en su propia juez: acusada por sí misma y, con suerte, reivindicada por sí misma.

Lentamente, se llevó la máscara partida a la cara y, por vez primera, miró por los impasibles ojos de pájaro de la Voz de los Huesos.

_____ 2 _____ **Un milenio de profundidad**

Los recuerdos de Sturbridge sobre su último viaje a la Casa Madre eran inconexos, casi febriles. Sobre aquel edificio recaía un peso de tradición e historia mayor que cualquier otro que hubiera conocido nunca. Sencillamente, era demasiado como para absorberlo de una sola vez. Sólo estar allí era casi como ahogarse. Como ser arrojada a un pozo oscuro, de un milenio de profundidad, uncida por el cuello a una piedra con forma de pirámide.

Las paredes de la vieja mansión habían sido antaño, sin duda, prístinas. Pero los siglos de siniestros ritos realizados en su interior le habían pasado factura al lugar. El antiguo papel de las paredes, pintado a mano, había adquirido un uniforme tono sepia, como si hubiese absorbido alguna esencia de los ríos de vida derramados allí.

Con aire pensativo, Sturbridge se dejó conducir por galerías y balaustradas que recordaba a medias. Contempló desde arriba los salones de baile y los conservatorios, con los ojos y los oídos llenos de las imágenes y sonidos etéreos de espectáculos legendarios montados en épocas ya pasadas. Espectáculos que habían alcanzado la grandeza, ajenos –y de hecho, concebidos con el propósito de

ocultarlos – a los aullidos de los afligidos que subían desde las celdas del laberinto.

Sturbridge podía sentir también muchos ojos sobre ella. Luminarias de su orden que la miraban con curiosidad al pasar. Susurraban tapándose la boca con las manos al ver a alguien en aquellas salas –y en especial una dama de tan regio porte como aquella– ataviado con la túnica negra de una novicia. Allí se toleraban las raíces de la viuda, pero se suponía que habían de quedar relegadas al patio, no conducidas al interior de las salas del poder.

Pero también había otros ojos. Ojos más penetrantes y más vigilantes. Sturbridge sentía su escrutinio como el tanteo de una manos. Fantasmas, demonios, espíritus guardianes y gárgolas que la miraban con el ceño fruncido desde cada cornisa, capitel, contrafuerte y moldura. Los servidores enanos de la vieja mansión se reunían y estiraban el cuello hacia ella cuando pasaba a su lado, ansiosos.

Sturbridge no podía negar la necesidad de sus ojos, su silenciosa súplica. Cerró los párpados para tratar de escapar a ellos, pero al hacerlo se encontró con otros rostros. Los rostros de los retorcidos y los perdidos, que se alzaban para dar la bienvenida a sus iguales. Desde algún lugar de su interior, unos ojos tan redondos y brillantes como lunas atravesaban la superficie de las aguas y observaban con curiosidad a aquellas otras víctimas, a aquellos que aún se aferraban al mundo de los vivos. Atrapados al otro lado del gélido y trémulo espejo.

Sentía la mano de Dorfman sobre su codo, pero no encontraba ningún consuelo en ella, ninguna calidez. A veces le parecía que apenas alcanzaba a verlo en medio de la neblina de arrolladas imágenes de víctimas que se cernían sobre ellas desde todos lados. Desde dentro y desde fuera.

–Venir aquí ha sido un error –dijo con certeza–. ¿No ves cómo se ríen entre dientes? ¿Cómo cuchichean? Las palabras de mis acusadores nos han precedido. Ya han endurecido sus corazones contra nosotros.

–No pasa nada –dijo Dorfman en voz baja y tensa–. Ignóralos. La única persona a la que tenemos que convencer es Meerlinda. Hablaremos con ella, averiguaremos lo que necesitamos y luego nos

marcharemos de aquí.

–¿Todavía crees que van a dejar que contemos nuestra historia y salgamos de aquí andando por nuestro propio pie? –inquirió Sturbridge–. Mira a tu alrededor. ¿Te parecen la clase de personas que aceptan tranquilamente los sobresaltos?

–Mira, ha sido una noche muy larga –dijo Dorfman–. A los dos nos vendría muy bien descansar un poco. Mañana por la noche nos reuniremos con Meerlinda. Haremos que lo entienda. Ya me he encargado de todo.

–Oh, no estoy tan segura. –Pero su seguridad la hizo sonreír. Caminaron un rato en silencio pero una tenue sensación de peligro estaba creciendo en su interior, alimentada por los susurros de la vieja mansión y sus muchas víctimas–. Este lugar es tan frío, está tan vacío... ¿Puedes sentirlo? Es un sentido abrumador de... ausencia. Él no está aquí –dijo con repentina certeza.

–¿De qué estás hablando? ¿Quién no está aquí?

El tono de Sturbridge era muy tranquilo, casi frívolo, un desafío al creciente horror que la comprensión le estaba provocando.

–Ha abandonado este lugar, se lo ha sacudido de encima como una prenda de otra talla, como si hubiera mudado de piel. ¿Es que no lo ves, Peter? Se ha librado de los Niños, de sus mudos reproches. Se ha librado de los chiquillos, de las incesantes inquinas y enfrentamientos de los vástagos de su sangre. Y ahora no hay manera de saber lo que podría llegar a hacer. ¿Cómo pueden quedarse aquí? ¿Cómo pueden soportarlo? Interpretar la misma pantomima, una noche tras otra. Fingir que no ha ocurrido nada. Estos magos arlequines. Estos hombres vacíos. Oh, haber venido aquí ha sido una necesidad.

Dorfman sonrió. Una sonrisa radiante, auténtica. Algo en ella, su tangibilidad, se abrió camino por entre sus sombrías lamentaciones y la apartó del borde de aquel oscuro pozo de su interior. Parecía contener todo cuanto había en ellos: la inspiración que exudaba de la misma arquitectura, el anclaje del peso de la historia y la tradición, la compañía de intelectos afinados hasta la excelencia por el paso de los siglos. Y la certeza, la seguridad que él podía sentir en su misma sangre, de que aquel era su hogar.

–Yo estaba pensando –le confesó– que fue una necesidad marcharme alguna vez de aquí.

_____ 3 _____ **Una cuestión de muerte**

Antígona comprobó la dirección por tercera vez. Sí, allí era. El edificio de apartamentos era pequeño para la media de Nueva York, apenas tenía siete plantas. Pero estaba bien cuidado y eso era importante. Había germinado en buena tierra –un sólido vecindario– y desde la calle todo parecía limpio y en buen estado de conservación. Sin embargo, había algo en él que no cuadraba. Algo que Antígona no terminaba de identificar.

El problema hormigueaba en el fondo de su mente mientras ascendía los escalones y entraba por la puerta principal, que no estaba cerrada ni siquiera a aquella hora. Aquella muestra de despreocupación hizo que saltara otra débil alarma en su mente. Lanzó una mirada a la pulcra columna de buzones y timbres que había en el vestíbulo y no encontró en ellos nada más revelador que un número de apartamento. Resultaba muy raro que no hubiera ni siquiera un pedazo de papel amarillento arrancado de un cuaderno debajo de alguno de los timbres. Ni un nombre apresuradamente garabateado.

El vestíbulo se extendía delante de ella, limpio y completamente libre de los desechos que había terminado por asociar con los pasillos de los edificios de apartamentos. Nada de bicicletas con sus cadenas. Nada de apliques rotos esperando a que alguien los llevara al sótano. Ni siquiera el soporte metálico de rigor en el que hubiera debido estar el extintor de incendios antes de que alguien se lo llevara. Se detuvo en mitad del vestíbulo, sacudiendo la cabeza con incredulidad y escuchando. Nada.

Trató de mantener su cabeza alejada de aquel silencio mientras

esperaba al ascensor. No se oía ruido de niños, ni música, ni tan siquiera el soporífero zumbido de la televisión de madrugada. Era extraño. Todo el edificio parecía vacío. Privado de vida.

Mientras las puertas del ascensor se cerraban, Antígona trató de recordar todo lo que sabía sobre Adam Graves. Hasta ella tenía que admitir que era muy poco. Sabía que era un pez gordo de Cyanight Entertainment, una empresa proveedora de servicios de Internet de ámbito nacional. Sabía que trabajaba en relaciones públicas. Lo había visto en las noticias, hablando sobre el reciente atentado del Empire State Building: algo sobre un polémico anuncio que su empresa había utilizado y que tenía relación con el desastre.

Y lo que era más importante, sabía que, justo antes de morir, Jervais lo había identificado como la persona que le había contado lo de la bomba en el Empire State Building.

Antígona no terminaba de comprender qué significaba todo aquello. ¿Cómo iba una compañía de Internet a tener información de primera mano sobre un atentado terrorista? La cosa no se ajustaba demasiado bien a sus negocios habituales. Además, hubiera podido jurar que lo había visto en numerosos fragmentos de entrevistas realizadas en el exterior, a plena luz del día, lo que parecía garantizar que no era uno de los suyos. Los depredadores nocturnos inmortales y la luz del sol no combinan demasiado bien.

Si Graves era el responsable, la teoría de que el atentado había sido en realidad un intento de asesinato perdía solidez. La inmensa mayoría de los diecinueve millones de residentes diurnos de la ciudad eran venturosamente ajenos a la existencia de sus convecinos nocturnos. Sería una osadía el pensar que un "simple mortal" podía estar al tanto de la existencia de un príncipe vampiro. Y menos plausible era la idea de que un hipotético asesino humano hubiera podido tener motivos u oportunidades para atentar contra el esquivo príncipe Nosferatu. Calebros no era precisamente de los que dan publicidad a sus movimientos. La propia Antígona había estado en peligro de muerte durante las inciertas semanas en las que había estado recopilando información sobre el atentado para Emmett, la mano derecha del príncipe. Y ella estaba más que familiarizada con las costumbres de los no-muertos, así como con la búsqueda de

información.

Así que, ¿quién demonios era el tal Adam Graves y qué tenía que ver con aquel embrollo? Antígona no lo sabía aún pero había acudido allí aquella noche para encontrar algunas respuestas.

Ahora que le habían sido negados de repente los recursos de la capilla, Antígona tenía que contentarse con acudir a aquella cita con un mínimo de preparación. Había investigado al señor Graves, pero no había descubierto nada realmente reseñable. Era de Indiana, se había educado en Yale y había obtenido una licenciatura en empresas de comunicación. Había estado seis años casado y en la actualidad estaba divorciado. Sus dos hijos vivían con su madre en algún lugar de Carolina. Graves llevaba viviendo allí, en un apartamento del séptimo piso, desde hacía un año y medio. El apartamento –como la mayoría de los de la séptima planta– pertenecía a su empresa.

En cuanto se abrieron las puertas del ascensor, Antígona se dio cuenta de que algo andaba mal. Algo en el arrastrar furtivo de pies de las vidas humanas que podía sentir al otro lado de las puertas cerradas. Casi podía ver el calor de sus cuerpos, inclinándose, acercando la oreja a las puertas. Pudo captar el ritmo tartamudeante de unos pulsos agitados y, al menos en una ocasión, el ominoso crujido de una pistola amartillada.

Había un aleteo apenas perceptible de pestañas en las mirillas. Sí, Antígona reconocía las señales. Aquel no era un mal barrio. Todo lo contrario. Pero los habitantes de aquella casa habían sufrido una tragedia recientemente. Habían tenido que enfrentarse a una prueba. A juzgar por la insólita combinación de rapidez y timidez con la que habían respondido al timbre del ascensor, Antígona hubiera podido jurar que los residentes no estaban precisamente ansiosos por repetir la experiencia.

Tuvo un inquietante presentimiento, como si ya supiera lo que debía esperar aun antes de doblar la esquina del pasillo. Antígona no tuvo necesidad de leer los números de lustroso cobre de las puertas para saber cuál de ellas era la de la casa del misterioso señor Graves. La cinta amarilla de la policía con sus letras negras lo proclamaba alto y claro: *Precinto Policial, No Cruzar*.

Confirmados sus temores, Antígona sintió cierta decepción. Se

detuvo delante de la puerta sin saber muy bien qué debía hacer a continuación y aguzó el oído tratando de captar cualquier signo de actividad al otro lado de la puerta. Lo cierto es que no esperaba encontrar ninguno. La escena revelaba bien a las claras que las autoridades ya habían estado allí y se habían marchado.

Bueno, no tenía sentido seguir esperando. Con lo que confiaba que pareciera un aire oficial, cuadró los hombros y cogió con firmeza el picaporte. Le dio una buena sacudida con la esperanza de que cualquiera que pudiera estar escuchando en el pasillo creyera que estaba tratando de abrir con la llave. Maldijo una vez para asegurarse. Los policías siempre lo hacían cuando estaban solos. Era una de esas cosas en las que todas las series de televisión estaban de acuerdo.

La jamba se partió y el picaporte salió de los tornillos haciendo un poco más de ruido del que a ella le hubiera gustado. Pero la operación se había llevado a cabo con tan escasa demostración de violencia física –y, para empezar, el aspecto de Antígona no sugería que pudiera destrozar una puerta– que pensó que bastaría.

Pasó por debajo del precinto policial, entró en el apartamento de Graves y cerró la puerta tras de sí. No podía volver a colocar el picaporte arrancado pero lo que pretendía no era mantener a la gente fuera sino disuadir a los curiosos.

Siguió el olor de la sangre, el licor derramado y la pólvora por todo el salón. Se movía en la oscuridad, confiando en sus aguzados sentidos y en los dos centímetros de luz de luna que se colaban por debajo de la rendija de las persianas para ver lo que necesitaba ver. Había cercos de humedad en la mesa más próxima al sofá, señales que revelaban la presencia de una botella y un vaso. O puede que dos vasos, era difícil de asegurar. Parecía que la policía se los había llevado como pruebas. Junto con todo lo demás que no estuviera clavado o pegado al suelo.

Uno de los rincones del salón hacía las veces de despacho y el escritorio estaba tan limpio que a Antígona le costó creer que el señor Graves lo hubiera dejado así al final de un día de trabajo. O bien el señor Graves había poseído una gran capacidad retentiva rectal o bien sus documentos –junto con su Rolodex, su agenda e incluso su ordenador portátil, cuyo hueco se mostraba allí, abierto como una

herida – habían sufrido el mismo destino que la botella. Pruebas policiales.

Siguió el inconfundible aroma de la sangre por un comedor que llevaba tiempo sin utilizarse. Ahora que se sentía más a salvo de ojos curiosos que la espíasen desde el pasillo, Antígona abrió las cortinas. A la luz de luna que de repente inundó la habitación, pudo ver la fina capa de polvo que se había posado en el fondo de todas las copas de vino. Era evidente que se mantenía la mesa puesta por motivos decorativos más que funcionales. Una rápida comprobación reveló que a uno de los servicios, el que correspondía al sitio más próximo a la puerta del salón, le faltaban las copas de vino y de agua.

Antígona volvió a echar las cortinas. Las puertas del comedor daban a una cocina, dos dormitorios y un baño. Sin molestarse siquiera en echar un vistazo a las demás habitaciones, entró directamente en el baño. El cuarto estaba atestado de cosas pero el aire en su interior era frío.

Puede que fuera el denso y persistente olor reinante el que hiciera que resultara tan claustrofóbico. Antígona entró y cerró la puerta tras de sí usando sólo la yema de un dedo, como si instintivamente quisiera evitar todo contacto con su superficie. Sólo después de escuchar el crujido hecho por la puerta al cerrarse encendió la luz.

La habitación cobró vida; una fila de alógenos esféricos cruzaba la pared de un lado a otro, por encima del espejo. Despedían una luz teñida de rubí que inundaba la sala de un resplandor malsano. El equipo de limpieza, trabajando sin duda a marchas forzadas, había logrado quitar la mayor parte de la sangre y las vísceras. Pero los alógenos –junto con la mayor parte del muro de la izquierda, la puerta y algunas partes del techo– seguían ostentando las señales de la sanguinaria hazaña que había tenido lugar en aquel cuarto.

Antígona se preguntó por un momento si habría quedado una nota de despedida. Pero sabía que, aun de ser así, no le habría servido de nada. Los Servidores Públicos de Nueva York no hubieran dejado allí semejante recuerdo.

Supuso que debía de haber algo que hubiera levantado sospechas, porque de otro modo la policía no se habría molestado en

llevarse los residuos de la vida cotidiana de Graves. Los suicidios nunca se investigaban de verdad. Y no merecía la pena andar revisando los archivos del ordenador del pobre fiambre a menos que uno sospechara que tenía las manos en algo no del todo limpio.

Pero, ¿qué le dejaba todo esto a ella? Antígona se miró en el espejo manchado de sangre. Graves había sido su mejor –y su última– pista. Y ahora era otro callejón sin salida.

_____ 4 _____ **Guardia de honor**

El novicio conducía a Sturbridge por los laberínticos corredores con aire de dignidad herida. No se había resistido cuando el Castellano, Istavan, había confiado a su cuidado a la recién llegada. Era consciente de que la tradición del rito de los invitados demandaba que los visitantes fueran escoltados a sus aposentos, independientemente de su posición. Pero lo cierto es que Gerard no estaba acostumbrado a esperar a meros novicios, y mucho menos a aquellos que aún no estaban vinculados a la sangre. Había decidido de inmediato librarse de aquella obligación indeseada a la menor oportunidad.

Caminaba muy erguido y orgulloso, fulminando con la mirada a cualquier otro miembro del clan con el que se encontraran, como si lo desafiara a decir algo. Cualquier cosa. Estaba claro que la "guardia de honor" de Sturbridge no se sentía demasiado honrada.

Sturbridge lo estudió en silencio mientras caminaba delante de ella mascullando para sí. A pesar de su aspecto pomposo –el pelo engominado, las ricas capas de ostentosa seda que guardaban muy poca semejanza con la tosca túnica de novicio de la capilla de Sturbridge– había algo magro y voraz en aquel hombre. Algo que ni siquiera los afectados modales y excesos de aquella corte podían tapar. Era como entrever una mano esquelética asomando entre los pliegues de una hermosa manga bordada. En este caso, una manga

con los puños de plata.

La insignia de plata que llevaba en la muñeca lo distinguía como novicio del tercer círculo. Sturbridge estaba más que familiarizada con las formalidades de las jerarquías del noviciado. Siempre pensaba en los tres primeros círculos como en "los cursos de las cuerdas". A los neófitos del primer círculo había que enseñarles las cuerdas, individual y dolorosamente. Los aprendices del segundo círculo creían que lo sabían todo, por supuesto. Y siempre suponía una gran sorpresa para ellos el descubrir que en realidad sólo conocían lo suficiente de las cuerdas para acabar colgándose de ellas. Eran sin embargo los novicios que lograban sobrevivir hasta el tercer círculo los que resultaban verdaderamente peligrosos. Estos mezquinos tiranuelos conocían lo bastante bien las cuerdas para poder emplearlas para colgar a otros. Y estaban dispuestos a hacerlo a la menor provocación.

Los del tercer círculo solían extraer gran placer al ejercer su autoridad sobre sus inferiores. Sturbridge había descubierto que lo mejor era ocultarles la existencia del cuarto círculo durante el máximo tiempo posible. El descubrimiento causaba siempre un sinfín de problemas: inquinas, adulaciones, enfrentamientos...

De modo que Sturbridge reconoció a la perfección la mirada hambrienta que se veía en el novicio. Lo que no sabía era qué maniobra mal medida le había salido por la culata y había provocado que le fuera encomendada una tarea de escolta que evidentemente consideraba una forma de castigo.

—La Casa Madre es preciosa —le dijo—. Tenéis suerte de poder vivir y trabajar aquí.

Él respondió con una mirada capaz de marchitar las flores. Una mirada que decía a las claras, *no tienes la menor idea de lo que estás diciendo*. Cuando habló, lo hizo con voz hastiada, como de guía turístico.

—Este edificio es uno de los mayores tesoros de la orden. Se diseñó con la idea de que cuando los Tremere, en cualquier parte del mundo, hablaran de la majestad y poder de nuestra orden, pudieran convocar a sus pensamientos una imagen digna de esas palabras.

—Quita el aliento —dijo Sturbridge ignorando la mirada desdeñosa y optando en cambio por concentrarse en sus palabras—.

¿Cuánto tiempo llevas estudiando aquí?

Él pareció ligeramente indignado por la audacia de una pregunta personal formulada por alguien a quien evidentemente consideraba una *persona non grata*. Al final, el placer de poder hablar de sí mismo superó su exagerado sentido del decoro.

—Estoy aquí, en la Casa Madre, desde hace doce años. Antes de eso recibí durante algún tiempo las enseñanzas y el tutelaje privado de mi padre y sire, con el fin de prepararme para mi presentación formal ante esta corte. Es vergonzoso comprobar cómo algunas personas se atreven a arrastrarse hasta aquí sin haber adquirido los más pequeños rudimentos de cortesía.

No se volvió hacia ella al decirlo, así que Sturbridge sonrió a su espalda mientras replicaba:

—La cortesía ofrecida a la ligera merece ser respondida con ligereza.

La frase que tantas veces había oído en boca del Maestro Yinnis, su antiguo tutor en las artes cortesanas, hizo que el novicio se detuviera en seco. La miró boquiabierto mientras ella pasaba a su lado con desenvoltura y apenas una levísima inclinación de cabeza. Una prueba de la "cortesía ofrecida a la ligera" de la que había hablado. Un gesto de deferencia burlesca.

Si Gerard se había preguntado en alguna ocasión qué había sido de su viejo y excéntrico tutor después de haberse marchado a la corte, había sido sólo para concluir que los apremiantes deberes del tutelaje de otros jóvenes mantenían muy ocupado al hombre. Pero era dudoso que el novicio dirigiera alguna vez a su viejo instructor más que algún pensamiento pasajero. El maestro suponía un recordatorio demasiado tangible de un tiempo en el que Gerard había sido mucho más ingenuo, ajeno a sí mismo y al gran destino que se le abría.

Sin duda alguna le hubiera sorprendido enterarse de que, con ocasión de su última visita a la Casa Madre, cierta regente de Nueva York había quedado tan prendada de la gracia natural y la peculiar inteligencia del hombre que había solicitado que fuera transferido inmediatamente a la Capilla de los Cinco Distritos para ejercer allí como maestro de novicios.

Sturbridge se adelantó media docena de pasos más por el

corredor antes de oír el sonido del novicio que se apresuraba a alcanzarla. Había considerado la posibilidad de castigarla con mezquindad dejando que se perdiera, pero al final se lo había pensado mejor. Le habían confiado la tarea de instalarla cómodamente en la Sala de los Viñedos. *Tan cómodamente como sea posible*, pensó mientras arrugaba la nariz al pensar en el viejo y desgastado mobiliario. Aunque el encargo era claramente indigno para alguien de su posición, tenía la intención de cumplirlo al pie de la letra. Ejercer sus deberes con precisión sería para él otra forma de pequeña venganza.

—No se han molestado en decirme tu nombre —dijo al llegar a su lado. Parecía ligeramente sin aliento: otra farsa, comprendió ella. Si había que dar crédito a su anterior afirmación, llevaba literalmente sin aliento al menos cuarenta años—. Un descuido, sin duda. —Enarcó levemente las cejas para indicar que sabía que no había sido ningún descuido sino más bien un desliz intencionado—. Normalmente no te molestaría con preguntas personales...

Quiere decir que normalmente no podrían importarle menos, pensó ella. Sturbridge no estaba dispuesta a ponerle las cosas fáciles. Esperó a que terminara la frase para obligarlo a esforzarse un poco.

—Pero acabas de confundirte de camino —dijo— y cuando iba a llamarte para advertirte del error, me he dado cuenta de que no sabía cómo dirigirme a ti.

Sturbridge sonrió. Pensó que si le revelaba su verdadero nombre, o incluso le decía sólo "Aisling", tal vez le bastase para unir las piezas. No era un nombre normal... ni siquiera entre aquellos tan poco normales como los inmortales magos de la Casa Tremere. "Medea" era un buen nombre para una bruja, pensó. Poderoso, con un cierto aire clásico, un sentido de tradición. O quizá "Hildegarda", por lo sensual, devastadoramente femenino y místico. "Madame Blavatski" conjuró imágenes de practicantes de las artes místicas alrededor de una mesita de café, casadas con manifestaciones ectoplásmicas de los más desconcertantes gustos Victorianos.

¿Qué clase de nombre era "Aisling Sturbridge"? *Un buen nombre irlandés*, pensó, mientras escuchaba las palabras en la espesa y cantarina voz de su madre. *Sturbridge. Puente. Novia*, dijo su

madre. *Eso nunca. No, nuestra Aisling no.*

–Bridgett –dijo Sturbridge al tiempo que apartaba el recuerdo. Extendió una mano, como si el gesto acompañara al exilio de la idea, pero siguió escuchando la risa en la voz de su madre –. ¿Y tú eres? –preguntó con cierto aire de beligerancia.

El novicio ignoró la mano extendida, la cogió por el hombro y la condujo con gentileza en la dirección apropiada.

–Soy Gerard Egan –dijo–. Y ésta, al fin, es tu habitación.

Gerard se adelantó, sacó una llave y la sostuvo frente a ella para que pudiera inspeccionarla o admirarla. Se inclinó sobre la antiquísima cerradura y luchó con ella durante breves segundos. El mecanismo chirrió a modo de protesta pero al final acabó por ceder a sus esfuerzos. El novicio abrió la puerta de par en par con un ademán, al tiempo que apartaba la mirada.

–Tus habitaciones, novicia.

El aire estancado desplazado por el movimiento de la puerta salió tambaleándose a su encuentro. Era caliente, húmedo y apestoso como el aliento de un borracho y llevaba consigo el aroma enfermizamente dulzón del moho. Al ver que Sturbridge no hacía ademán alguno de precederlo al aposento, Gerard se encogió de hombros y entró.

–Le hace falta airearse un poco –dijo sin volverse del todo. Se llevó delicadamente una manga a la nariz y caminó hasta la única y estrecha ventana de la habitación.

Sturbridge se asomó con aire vacilante. Evidentemente no era una celda con el suelo cubierto de paja. Aquel había sido su primer temor. Al darse cuenta de ello, irguió la espalda y cruzó el umbral llena de osadía.

Gerard estaba todavía luchando con la ventana y Sturbridge tuvo miedo de que sus esfuerzos acabasen con lo que quedaba de las enredadas cortinas. Supuso que en el pasado habrían sido blancas, o quizá de un amarillo pálido. Ahora aquellos harapos que colgaban del techo eran del color pardo mate del tabaco. El tirador de borla había sido pasto de los insectos hacía mucho tiempo y yacía tirado en el suelo. En la parte izquierda de la ventana, las cortinas se habían soltado casi por completo de la barra barnizada.

A juzgar por los gruñidos de Gerard, la ventana podía llevar cerrada varias décadas. Desde luego, el interior de la habitación parecía llevar el mismo tiempo sin recibir visitas. Hubo un ruido seco y brusco y Gerard estuvo a punto de atravesar el cristal cubierto de mugre con la mano mientras la ventana cedía al fin y se abría hacia fuera. Sturbridge sintió que el aire de la habitación se agitaba ligeramente. La brisa que se abría camino a la fuerza por la estrecha abertura era mucho menos cálida. Traía consigo el indignado zumbido de los insectos desplazados y el aroma denso de la vegetación descompuesta. A pesar de ello, era un buen cambio con respecto al moho.

–Bueno, así está mejor –dijo Gerard–. No es que haya mucho que ver pero.. –Se volvió hacia ella y la estudió durante un momento, como si estuviera evaluándola. Según parecía, pensó Sturbridge, tampoco creía que en *ella* hubiera mucho que ver–. Supongo que no te quedarás mucho tiempo –dijo con aire despreocupado, fingiendo desinterés.

–Supongo que no –replicó ella–. No obstante, habrá que hacer lo que podamos con este sitio. –Se acercó a la puerta interior, temiendo lo peor–. ¿Se abre con la misma llave?

–Ah, sí. –Se apresuró a acercarse, llevando la llave delante de sí como si fuera una corona sobre una almohada de satén–. La llave de tu palacio, novicia. Confío en que tu visita sea agradable y que los asuntos que te han traído aquí tengan una conclusión satisfactoria. Ahora, si no necesitas nada más... –Hizo ademán de volver al pasillo. Ella se echó a reír en voz alta.

–¿Nada más? ¿Entonces no vas a quedarte a ver lo que hay en las habitaciones interiores? Tenía la impresión de que los novicios de la Casa Madre estaban hechos de una materia más sólida.

Gerard se puso muy tenso.

–Por supuesto... –replicó sin perder un instante. Apretó la mandíbula, se limpió el pecho y solicitó: – La llave.

Ella ignoró la mano extendida e insertó personalmente la gran llave de bronce en la cerradura. El pomo estaba decorado con un motivo de vides y uvas. A juzgar por la posición de la llave en la cerradura, resultaba evidente que la herrumbre había arruinado el

mecanismo interno de la cerradura.

Probó la llave una vez, sólo para guardar las apariencias, y a continuación, apoyando la mano en la madera de la propia puerta, dio un suave empujón. La puerta se abrió sin ruido y sin oponer resistencia.

–Sé que he avisado con muy poca antelación –dijo, mientras detenía a Gerard, que se disponía a entrar–, pero, ¿puedes decirme cuándo podrían venir los criados a limpiar la habitación? De ese modo puedo quitarme de en medio hasta que hayan acabado su trabajo. Con un poco suerte, podría reunirme con el resto de mi grupo.

Gerard sonrió. No era una sonrisa agradable.

–Puedes conseguir agua en los aposentos de los criados, en el segundo piso. Dudo que puedas convencerlos para que dejen a un lado lo que estén haciendo y vengan a ocuparse de tus necesidades, *novicia*. Pero puede que si suplicas les saques un poco de jabón y algunos paños.

Era evidente que Gerard seguían sin ser consciente de la auténtica posición de Sturbridge. Sacarlo de su errónea impresión hubiera podido facilitar un poco las cosas, pero se contuvo. Por el momento Gerard era su único punto de contacto entre los Tremere de la Casa Madre. Si quería descubrir lo que de verdad estaba ocurriendo allí, sus pesquisas tendrían que empezar en él. Que Dios la ayudara.

A pesar del despectivo trato que, como "mera novicia" le deparaba, era posible que dejase caer algo útil delante de ella, siempre que no supiera de quién se trataba en realidad. Parecía uno de esos sujetos que se muestran presuntuosos y autoritarios delante de sus subordinados pero reservados con sus superiores.

–Estoy segura de que podré arreglármelas. Gracias, Gerard.

Por un momento, pareció que iba a reprenderla por las confianzas que se tomaba, pero al final decidió no hacerlo. Probablemente pensó que no merecía el esfuerzo intimidar a la recién llegada. Teniendo en cuenta los aposentos que se le habían asignado, dudaba que fuera a quedarse entre ellos mucho tiempo. Posiblemente fuera una mensajera de alguna capilla lejana. Sin embargo...

Gerard se detuvo en mitad de su reverencia de despedida.

–¿De qué capilla decías que vienes?

–La de los Cinco Distritos –respondió Sturbridge–. En Nueva York.

Su respuesta pareció irritarlo.

–Ya sé dónde está la Capilla de los Cinco Distritos, novicia –dijo con voz desdeñosa–. En una ocasión tuve una compañera de estudios que fue trasladada a L5D. No demasiado brillante, me temo. No obstante, puede que la conozcas...

Sturbridge ignoró la implícita burla y se encogió de hombros con aire de disculpa.

–Yo misma no llevo demasiado tiempo allí. Pero conozco a la mayoría de las novicias actuales. Si aún sigue allí, es muy probable que sepa quién es.

–Imagino que seguirá estando en la capilla. No ha pasado tanto tiempo y, según dicen, sólo hay una manera de salir de L5D... Se llama Eva. Eva Fitzgerald. ¿La conoces?

–Sí –dijo Sturbridge–. Le van bastante bien las cosas, es una de las favoritas de la regente. No sabía que viniera de la Casa Madre. No es de extrañar que la regente la haya acogido a su lado.

–Tuvo algún problema hacia el final. –Gerard trató de recordar los detalles–. Un asunto feo. Recuerdo que no me sorprendió cuando nos dijeron que iba a abandonarnos. Estoy seguro de que L5D disfruta de cierto respeto en su región. Pero debo confesar que entre nosotros tenéis una reputación bastante siniestra. Un traslado a vuestra casa se considera una algo a medio camino entre una misión suicida y un exilio a un reformatorio para chicas.

Sturbridge sonrió.

–Supongo que no está muy lejos de la verdad. L5D es una capilla de guerra, Gerard. Llevamos los últimos diez años en primera línea contra el Sabbat. En su mayor parte, los "voluntarios" que recibimos son los casos problemáticos: los novicios con un pasado colorido o algún problema a las espaldas. O algo que demostrar.

–¿Y tú, en qué grupo te incluyes? –preguntó, tratando de aparentar indiferencia.

Sturbridge se encogió de hombros.

–Un poco en los tres, supongo. Más que nada, me eligieron por mi ambición. –Se inclinó hacia delante, tratando de adoptar una pose

confidencial—. Sin embargo, hay algunos a quienes les gustaría que esta misión fuera un fracaso.

Al oír esto Gerard se echó a reír en voz alta.

—Debes perdonarme, novicia. Estoy seguro de que te has hecho ya muchos enemigos poderosos e implacables. Pero debes admitir que, hasta que te hayas visto, como yo, forzada a afinar tus poderes en estos salones ancestrales, no debes presumir de ambiciones e intrigas.

Sturbridge esperó unos segundos a que se desinflara.

—¿Entonces Eva era ya ambiciosa por entonces? ¿Antes de venir a nuestra capilla?

—Aquí *todo el mundo* es ambicioso —dijo—. Sobrevivir entre lobos una simple semana es un acto de ambición sin límites. Y a menudo de necedad. —Le dirigió una mirada de complicidad—. ¿Así que no te quedarás mucho?

Pero en realidad no era una pregunta.

5

Humúnculo de silicio

Helena se apartó del teclado y se frotó las doloridas cuencas oculares con la parte inferior de las palmas de las manos. Estaba tensa tras varias horas de esfuerzo, sentada en cuclillas frente a la interfaz principal del daemon del sistema de seguridad de la capilla. Aquella terminal era su altar. Desde allí elevaba plegarias binarias tratando fervientemente de reiniciar el sistema, de restaurar el orden en el delicado equilibrio de las barreras electrónicas, mecánicas y arcanas que conformaban la columna vertebral de las defensas automáticas de la capilla. De devolver la vida a su homúnculo de silicio.

Sinuosas manchas de sangre y cera fundida salpicaban la pantalla del monitor. La mesa estaba rodeada por velas negras que despedían un tufo a pelo quemado. Cada una de las llamas de las

trece velas se encendía y apagaba siguiendo el ritmo de los accesos al disco duro.

Helena se estiró y bostezó. Sin necesidad de consultar el icono del reloj de la parte inferior derecha de la pantalla supo que el amanecer empezaba a reptar hacia ella. No era la fatiga que se extendía hasta los huesos ni el sopor de los pensamientos. Éstos eran tan sólo síntomas de la falta de sueño, de las largas horas trascurridas en vela. No, el sol siempre le anunciaba su presencia con un irresistible ataque de pánico, la sensación de que estaba elevándose para reclamar su vida, la certeza de que se apoderaría de ella.

Pero no aquella noche. Helena introdujo la última secuencia del código con un ademán propio de un pianista. *Vamos, cariño...*

–Desarrollar una segunda lengua –respondió la afectada voz femenina, con un acento cantarín que recordaba al del oeste de Irlanda. El daemon del sistema de seguridad–. Una humillación tan aguda como nacer por segunda vez.

–¡Por fin! ¡Gracias a Dios!

Helena suspiró de alivio.

–No estaría de más darlas –asintió el daemon.

Helena no le prestó atención.

–Realiza un diagnóstico completo del sistema, por favor. Estoy segura de que los guardianes espirituales del *exeunt tertius* y el *domicilium* de los novicios siguen desconectados. A ver lo que puedes hacer. Si tienes dificultades, puedo entrar para mediar. Entretanto, déjame ver si puedo empezar a introducir algunos de esos nuevos protocolos y perfiles de seguridad de Viena. Condenados Astores... Con un poco de suerte todo volverá a estar en funcionamiento al amanecer.

–Entrando en modo de diagnóstico.

Dos horas después, Helena apagó la última de las velas y borró lo que quedaba del diagrama de protección trazado con tiza. Desconectó la terminal y apagó las luces, pero se detuvo en la puerta, con la mano todavía en el picaporte.

–Me alegro de tenerte de vuelta –susurró al cuarto vacío.

Con la cabeza baja, se encaminó de regreso a sus aposentos. Sus pies conocían el camino, aunque era evidente que su mente

estaba en otra parte. Los pasillos de la capilla estaban desiertos, lo que no resultaba extraño a esas horas. No vio a nadie hasta llegar al Grande Foyer. Estuvo a punto de chocar con la persona que la esperaba allí antes de darse cuenta de que estaba allí. Era Himes. La presencia del Astor no contribuyó demasiado a mejorar su humor. Probablemente fuera la persona que menos ganas tenía de ver en aquel momento.

—Adepta —dijo—. Qué sorpresa más... um, agradable. No pensaba que fuéramos a vernos de nuevo esta vez. Antes pasamos a verte... me refiero al señor Stephens y yo, pero parecías tan enfrascada en tu trabajo que no queríamos molestarte. ¿Has tenido éxito?

Helena asintió.

—Ya está terminado —dijo. Un leve toque de desánimo se insinuó en su voz—. Todo. O al menos todo lo que puedo hacer esta noche. He reiniciado la parrilla de sistemas, he vuelto a conectar el daemon del sistema de seguridad y he introducido sus nuevos perfiles y protocolos. Aún no he tenido tiempo de poner a prueba los cambios, así que es posible que encuentren algunos fallos. Déjenme un mensaje y me encargaré de solucionar los problemas mañana por la noche. El *domicilium* de los novicios sigue descontrolado. Pero de todos modos debería seguir siendo zona restringida por el momento. Después de lo que ocurrió allí...

Estaba a punto de decir "después de lo que ocurrió allí la pasada noche" pero entonces se acordó de que Himes seguía sin estar al corriente del furioso ritual que había interrumpido la noche anterior en las ruinas del *domicilium*. Y probablemente era preferible que no llegara nunca a enterarse. Se apresuró a llenar la incómoda pausa.

—He situado un centinela allí para impedir que nadie entre.

Su inesperada e inexplicada vehemencia hizo que Himes enarcara una ceja pero no insistió. Sonrió con aspecto de estar genuinamente complacido.

—Has estado muy ocupada. Excelente trabajo, adepta. —Su voz era casi un maullido de satisfacción; a Helena se le puso la piel de gallina—. ¿Y has terminado de introducir todos los nuevos protocolos de seguridad que te confiamos?

–Los cuarenta y seis –replicó ella sin el menor entusiasmo.
–Excepcional –dijo Himes–. El señor Stephens no... ¿cómo lo decís? No estará en sí de gozo.
–No *cabrá* en sí –lo corrigió educadamente.
–Ah, sí. No *cabrá* en sí de gozo. Y si me permites añadir algo a título más personal, yo también me alegro de que hayas aparecido aquí. Sé que es tarde y que ha sido una noche larga de trabajo. Pero significará mucho para el resto de los novicios. Así verán que estamos de acuerdo en este asunto.

Sonrió, le cogió la mano, y le puso algo en ella mientras la conducía con suavidad hacia el Grande Foyer. Helena sonrió cuando la soltó, al entrar en el cuarto, tan grande fue el alivio que sintió al verse libre de él. Tras darle una palmadita tranquilizadora en el hombro, Himes regresó por el pasillo en dirección a la Sala de las Dagas y los Espejos.

Helena siguió la figura con la mirada hasta que desapareció tras un recodo. Hasta el último momento estuvo seguro de que Himes caería en la cuenta y se volvería para explicarse. Pero la dejó allí mirando, entre intrigada y exhausta, al objeto que le había puesto en la mano.

Era una piedra.

Callejón sin salida.

A Antígona no le gustaba cómo sonaba. Todas las pistas que le quedaban apuntaban a Adam Graves y ahora Graves estaba muerto. ¿Lo habían abrumado los remordimientos por haber organizado el atentado del Empire State Building y acabado en el proceso con la vida de tantos inocentes? ¿O era sólo el miedo a que los investigadores –tanto los mortales como los sobrenaturales– se

estuvieran acercando demasiado a él?

Se preguntó si se habría enterado de alguna manera de la muerte de Jervais. Si en efecto habían estado trabajando juntos, a Graves no le habría costado demasiado seguir el rastro de cuerpos muertos hasta su conclusión lógica: quienquiera que estuviera siguiéndolo llegaría a continuación a él.

Pero las cosas no concordaban. Para empezar, las pruebas en la escena del crimen. Veterana como era de un juego letal desde la infancia, Antígona sabía algunas cosas sobre el suicidio. Había visto muy de cerca un buen número de intentos. Y en aquel lugar había algo que no la convencía.

Un intento de suicidio verdadero debería ser un proyecto elaborado, realizado con meticuloso cuidado en lo referente a la ambientación, los medios y los personajes secundarios. Estos últimos debían presentarse en el momento preciso para recibir en toda su fuerza la andanada emocional, para arrepentirse del maltrato deparado al actor principal y, a ser posible, para ser testigos de la fuga desafiante de la muerte.

Si la muerte de Graves era un suicidio, se había comportado un aficionado de la peor especie. No había despedida; eso es lo que más le escamaba. Nada de notas, nada de fotografías desgarradas, nada de mensajes pintados en las paredes con sangre, nada de llamadas de once horas de duración. No había limpiado el apartamento ni lo había destrozado por completo. Aquél no era el piso de alguien que esperara que un completo desconocido fuera a registrar sus posesiones más personales. Los suicidas tienen tiempo para preparar esas cosas con antelación. Tiempo para darle vueltas y vueltas, tiempo para poner sus asuntos en orden. A la muerte de Graves le faltaba una *afirmación*. Parecía impulsiva, fortuita, carente de sentido.

Las yemas de los dedos de Antígona recorrieron con aire ausente el patrón de manchas de sangre del papel de la pared, tanteando a ciegas en busca de algún sentido, algún significado que la estuviera eludiendo. No cabía duda de que Graves había encontrado su fin –un fin muy violento– allí, en aquella misma habitación. Pero si no era Graves el que había planeado aquella representación macabra, ¿quién entonces? Puede que los actores secundarios sí se hubieran

presentado después de todo, pero de manera totalmente inesperada.

Los pensamientos de Antígona se perseguían en círculos pero no llegaban a ninguna parte. Si aquello era en efecto un asesinato, la identidad del ejecutor era un secreto que Graves se había llevado consigo al silencio de la tumba.

Un sonido de desgarró proveniente de la habitación contigua sacó a Antígona de sus ensoñaciones. Con un escalofrío, le dio la espalda a la porcelana manchada de sangre –aquel patrón de manchas rojas sobre un fondo blanco como los huesos le recordaba algo, algo reciente e inquietante, pero no conseguía terminar de aprehenderlo–. En silencio, salió del baño.

Las luces del salón cobraron vida y estuvieron a punto de cegarla. Mientras parpadeaba para recuperar la vista, vio el contorno de una figura de grandes dimensiones que atravesaba encorvada el precinto policial. Llevaba una voluminosa chaqueta de cuero decorada con fragmentos de metal. La desgastada camiseta de Marlboro que se veía debajo parecía estarle pequeña. No cubría del todo el espacio entre su ombligo y la cintura de los vaqueros manchados de grasa. El hombretón arrancó el precinto policial que cubría la puerta como si no fuera para él más que una telaraña.

La mirada de Antígona se posó sobre la escopeta que se balanceaba al final de uno de sus brazos: una amenaza tácita. Se mantuvo oculta y lo estudió desde la puerta que daba al comedor, esperando a ver cuál era su siguiente movimiento.

*

*

La mirada del recién llegado se movía a saltos por toda la habitación, tocándolo todo y sin posarse en nada concreto. Vio el patrón de polvo en el escritorio que revelaba que el ordenador portátil había desaparecido pero la gran pantalla de televisión seguía allí. Eso era raro.

El precinto policial era también algo raro. No sólo un mal presagio. La policía nunca precinta de aquella manera los apartamentos de clase alta como ése. Cuando los edificios todavía no están habitados, tal vez. Pero en sitios así, la imagen lo es todo. La empresa tenía que estar al corriente o no duraría mucho haciendo

negocios en aquel código postal.

Estuvo a punto de dar media vuelta y marcharse. Sin embargo, no había a la vista ninguna de las señales que indicaban un punto de encuentro: plumas al otro lado del umbral, los huesos de pajarillos. Distraídamente, cerró la puerta una segunda vez pero ésta rebotó contra el umbral y volvió hacia él. Se percató de que la jamba estaba rota y el pestillo continuaba echado. *La han echado abajo*, pensó.

Todo cuanto había allí apestaba a trampa. Era una invención, una mentira. Dejaba un mal regusto en la boca. Desde los cercos (¡Todavía húmedos!) de la mesa del otro extremo que pretendían hacerle creer que dos personas habían compartido una botella de vino unas pocas noches atrás hasta la figura que lo espiaba furtivamente desde detrás de la puerta de la habitación de al lado.

*

*

El recién llegado se aclaró la garganta.

–Esa pared no es tan gruesa como para que no pueda disparar a través de ella –dijo en voz alta mientras levantaba la escopeta con el brazo extendido, como si no fuera más que una pistola.

De haber venido de alguien de proporciones menos épicas, la amenaza no habría resultado tan creíble. Nadie disparaba una escopeta con una sola mano y sin prepararse. El retroceso le hubiera hecho girar como una hoja zarandeada por el viento, si es que no arrancaba el arma de la mano sin más.

Antígona, sin embargo, no estaba segura de querer comprobarlo. Se dejó ver y salió lentamente al salón.

–¿Es que nunca llamas, Charlie? Me has dado un susto de muerte.

Charlie bajó el arma.

–Bien. Ya era hora. Menudo sitio para una reunión –dijo–. Cosa tuya, supongo ¿Hay algo en la nevera?

Se adelantó, la cogió del antebrazo y apretó. Lo hizo con tanta fuerza que Antígona tuvo que apretar los dientes. Le devolvió el saludo.

El momento se prolongó hasta resultar incómodo pero a pesar de ello Charlie no la soltó. Si acaso, apretó aún con más fuerza.

Antígona se dio cuenta de que, si en algún momento había habido algo amistoso en el gesto, ya no era así. Sin embargo, no estaba dispuesta a darle la satisfacción de ceder, de mostrar debilidad. Se quedó mirando fijamente la "I" de color blanco del logotipo de Marlboro. Charlie era mucho más alto que ella. Apenas le llegaba al pecho.

Se inclinó lentamente sobre ella hasta que estuvieron cara a cara. Su aliento olía a cerveza pasada y cigarrillos.

–Felton dice que no puedo confiar en ti –gruñó–. Dice que esto es otra trampa.

–Entonces lo has visto. –La noticia sorprendió a Antígona. Ella no había visto a Felton desde la noche en que se habían enfrentado a la Voz de los Huesos–. ¿Se encuentra bien? ¿Dónde está?

Charlie sacudió la cabeza, negándose a dejarse distraer.

–Sí, lo he visto. Me contó vuestro pequeño encuentro con la Voz de los Huesos. Y que tú y él habíais planeado matarlo desde el principio. Dice que tratarás de hacerme lo mismo.

Era evidente que esperaba negaciones, explicaciones, protestas de inocencia. Pero lo único que ella dijo fue:

–Entonces, ¿por qué has venido?

Charlie apretó con más fuerza, obligándola a inclinarse.

–Porque confiaba en ti. Demonios, para empezar fui yo quien te envió a Felton cuando me pidió ayuda. Y si resulta que has engañado a mi amigo, voy a tener que matarte.

Antígona sintió un dolor desgarrador en el hombro, y supo que no podría mantenerse en pie mucho más tiempo bajo aquel asalto continuado y salvaje.

–Felton –dijo– está lleno de mierdas.

Retrocedió un paso de repente arrastrando consigo al hombretón y haciendo que perdiera el equilibrio. Charlie reconoció el movimiento inicial de una llave de judo y la dejó ir, al tiempo que conseguía que ella lo soltara con un movimiento brusco.

Antígona retrocedió con un salto grácil y se apartó unos pasos de él. La escopeta se levantó para llenar el vacío que se había abierto entre ambos.

–No va a ser tan fácil –dijo Charlie. Antígona no sabía con

seguridad si se refería a su intento de desembarazarse de él o a su negación de las acusaciones de Felton. Pero sabía que tenía que decir algo antes de que la escopeta hablara por ella.

–Pero es la verdad. Mira, Charlie, yo no soy la que le tendió la trampa a Felton. Yo soy la que está tratando de llegar al fondo del asunto. ¡Si le salvé su inútil culo, por el amor de Dios! ¿Te ha contado esa parte?

Pero Charlie era tan tenaz como un mastín.

–¿Sabes lo que te digo? Que ya no me importa. Estoy cansado de esta mierda de engaños y mentiras. Estoy cansado de estar entre Felton y tú. Creo que voy a romper algo y tú estás en el primer puesto de la lista.

–Lo has malinterpretado todo, Charlie. Piensa un minuto. ¿Alguna vez te he mentado? ¿O engañado? ¿O me he echado atrás en un trato? ¿Cuánto tiempo llevamos haciendo negocios con las armas y las motos? ¿Dos años, tres?

Charlie sacudió la cabeza, pero la escopeta no se movió un ápice.

–No. Tú siempre has sido honesta conmigo. Ésa es la única razón por la que todavía caminas. Pero me da en la nariz que todo eso ha cambiado. La reunión de esta noche... –Señaló a su alrededor con un gesto–. ¡Por dios, mira este sitio! Es un engaño, una farsa.

–No, te equivocas, Charlie. Esto es completamente real. Alguien ha muerto aquí. Anoche, creo. Puede que anteanoche. Pero alguien se ha tomado muchas molestias para ocultar las señales. Para hacer que pareciera un suicidio.

–Y para hacer que pareciera que la policía ha investigado el caso –bufó Charlie–. Lo cual es una puta mierda. Pero eso sigue sin responder a mi pregunta principal. ¿Por qué coño debería importarme? Por lo que a mí se refiere, se la has jugado a mi colega y voy a tener que matarte. No es nada personal.

–Debería importarte porque el tío que vivía aquí era Adam Graves. Y la Voz de los Huesos nos dijo, a Felton y a mí, que era el Graves el que lo metió en el asunto del Empire State Building. Lo que significa que fue Graves...

–Una mierda.

La cabeza de Charlie giró bruscamente y se quedó mirando la puerta del salón, de donde había venido la invectiva. Aprovechando la distracción, Antígona se adelantó, puso una mano en el cañón de la escopeta, la bajó y se apartó. No hubiera tenido que molestarse. El hombretón ni siquiera se resistió.

–Esperaba que aparecieras –dijo Antígona.

–Bueno, me alegro –replicó Felton desde la puerta–. Seguro que están a punto de concederte la medalla al mérito de la percepción extrasensorial.

–¿Qué demonios estás haciendo aquí? –preguntó Charlie al recién llegado–. Creía que habíamos quedado en que yo me encargaría de esto y que tú permanecerías bien lejitos de aquí.

Felton se encogió de hombros y entró en el cuarto. Vestía casi igual que la última vez que ella lo había visto. Unos pantalones de camuflaje y una camiseta negra sin distintivos bajo un abrigo de fieltro negro que había conocido tiempos mejores. Se le ocurrió que seguramente Felton, un fugitivo del príncipe, la capilla, el Conventículo, el FBI y la policía, no tuviera demasiadas oportunidades de cambiarse de ropa. Y en cualquier cosa que Charlie pudiera prestarle cabían dos como él.

–¿Y dejar que te mataran? –preguntó Felton–. Prefiero que no. Eres lo único que me queda en este momento, amigo. Y que me pudra si permito que esta bruja me quite también eso.

–Déjalo ya, Felton –dijo Antígona–. No soy yo quien te metió en este embrollo. Sea lo que sea lo que te ha ocurrido ha sido tu puta culpa y lo sabes. De modo que, ¿qué tal si cortas ya con esa mierda, vale?

Felton puso los ojos en blanco.

–Por mi estupendo. Cuanto antes se corte la mierda, antes podremos largarnos. Vamos Charlie, marchémonos de aquí. ¿Habéis hecho ya el canje?

Felton vio que Charlie vacilaba. No había estado pensando en la entrega. Charlie musitó algo y sacó un sobre plegado y arrugado del bolsillo interior de su chaqueta. Arrojó el voluminoso sobre al suelo, entre Antígona y él. Cayó con un ruido sordo y resbaló medio metro hacia ella.

–Está todo ahí –dijo–. Puedes contarlo si quieres. ¿Dónde está el equipo?

Antígona no hizo ademán de recogerlo.

–Sí, Ave Negra, díselo –intervino Felton–. ¿Dónde está la mercancía?

Charlie parpadeó como si estuviera volviendo en sí después de un profundo sueño. Pareció percatarse por primera vez de que en la habitación no se veían cajas ni cajones ni nada lo bastante grande como para contener el último envío de armas, explosivos y piezas de moto: la parte de Antígona en el trato. El hombretón se apartó de ella, asqueado.

–Es una trampa. Larguémonos de una puta vez –le dijo a Felton. No levantó la mirada y no pudo ver la sonrisa de su camarada.

–¡Charlie! –Felton le propinó un imperioso empujón en el hombro–. El dinero. Joder, no sé dónde tienes la cabeza esta noche.

–Déjalo –dijo Charlie–. Vámonos sin más.

Felton se volvió hacia Antígona.

–Eres algo único, ¿lo sabías? Ya nos veremos Ave Negra. Vamos, Charlie.

Se volvió y se encaminó a la puerta. Algo lo golpeó en la nuca y cayó al suelo con un tintineo metálico.

Giró sobre sus talones.

–Zorra. Maldita... –Entonces sus ojos se posaron sobre el proyectil, que descansaba a sus pies. Una anilla de metal con un par de llaves, en cuyas cabezas de plástico se veían los números de sendas taquillas de la estación de autobuses.

–¿Sabes cuál es tu problema, Felton? –dijo Antígona–. Que no sabes quiénes son tus amigos. Resulta asombrosa tu insistencia en darle la espalda a las únicas personas de toda la ciudad que están tratando de ayudarte. Lo único que me consuela un poco es que así vas a conseguir que te maten. Y muy pronto.

Felton recogió las llaves y las sacudió frente a ella como si fueran un arma.

–Con amigos como tú –dijo–, ¿quién necesita enemigos? Eres un auténtico grano en el...

La mano de Charlie descendió sobre su hombro y lo introdujo de

un tirón en el cuarto. Cerró la puerta tras ellos y se apoyó sobre ella.

–Así que yo estaba en lo cierto con respecto a la chica, ¿no?

Al mismo tiempo que Felton parecía embarcarse en una nueva diatriba, Charlie lo empujó hacia el atestado sofá. A continuación cruzó los brazos sobre el pecho y volvió a apoyarse en la puerta con un gesto de impaciencia.

–Por supuesto que estaba en lo cierto –dijo con aire de suficiencia–. Y ahora vosotros dos vais a arreglarlo. Me da igual cómo. Podéis hablar, podéis gritar, podéis atizaros hasta perder el sentido, pero nadie va a cruzar esta puerta hasta que esté solucionado. ¿Comprendido?

Le dio a la puerta de madera una serie de palmadas afirmativas que hicieron que traqueteara en su marco.

7

Una corona maltrecha

–Me gusta lo que has hecho con este sitio –dijo Dorfman desde el umbral–. Parece una especie de Carbonera de la Primera Revolución Industrial.

Sturbridge no había podido todavía salir a buscar los cuartos de los criados, donde conseguiría las fregonas, cubos y desinfectantes que necesitaba. Hasta el momento había tenido que contentarse con arrojar las cortinas y las sábanas podridas a la chimenea, donde ardía un fuego vigoroso. Las llamas bailaban y crepitaban con los estertores de agonía de colonias enteras de polillas e infestaciones menos recomendables.

–Pasa –dijo–. Siéntate donde puedas.

–¿No te habré sorprendido en mitad de algo? Puedo volver más tarde –le ofreció Dorfman.

–Ni se te ocurra. Sólo estaba tratando de tomar una decisión con respecto a la colcha. Su condición es terminal, me temo. Me

preguntaba si quemarla no hará más mal que bien.

–Hum. Sí. Los vapores. Muy probablemente tóxicos. Y en cualquier caso desagradables y duraderos. ¿Por qué estás haciendo esto?

–Bueno, si quiero descansar algo mientras estemos aquí, tengo que ponerlo en la mejor condición posible. ¿No sabrás el camino a las habitaciones de los criados? Necesito algunas cosas.

–Lo que quiero decir es, ¿por qué estás haciéndolo *tú*? Este sitio es un asco. Vamos a ver a Istavan ahora mismo. Lo sacaré de la cama si es necesario. Tendrás un aposento digno de tu posición aunque tenga que...

–Yo me quedo.

–Bueno, pues entonces manda al menos que venga un equipo de limpieza. Si trabajan a jornada completa, es posible que este lugar sea habitable la semana que viene.

–Un poco de trabajo no va a hacerme ningún daño –dijo ella–. Y me ayudará a no pensar en el encuentro con Meerlinda.

–Ya te he dicho que no hay de qué preocuparse.

–¿Que no hay nada de qué preocuparse? ¿Recuerdas cómo reaccionaste cuando te conté lo que había estado pasando? ¿Lo de los asesinatos, Eva y los Niños? Pensaste que era una lunática peligrosa.

–Yo nunca he pensado que fueras una lunática.

–No me creíste. Así que debiste de pensar que era una lunática o una mentirosa. Te estoy dando el beneficio de la duda.

–Mira, tú me dijiste que todas las muertes que habían tenido lugar en la capilla... todos los asesinatos, habían sido organizados por la Casa Madre de Viena. ¿Cómo creías que iba a reaccionar? Tienes que admitir que es un poco... excesivo.

–Soy consciente de ello, Peter. Pero tú has de reconocer que debe de haber algunas personas poderosas detrás de esto. Estamos corriendo un gran riesgo al venir aquí. Sigo sin estar muy segura de que no vayamos a ser cenizas por la mañana.

–Antígona, no te pongas melodramática. ¿Por qué iba a querer destruirte nadie de la Casa Madre? ¿O a mí, ya que estamos?

–Sigues sin creerme –lo acusó ella–. Incluso después de lo que

has visto en la capilla. Incluso después de todo lo que te conté sobre Nina y...

—No volvamos a empezar. Mira, te creo. Creo que te ha pasado algo. Algo relacionado con Eva y los Niños. Pero no entiendo de qué se trata. Así que tienes que tratar de ayudarme y el primer paso para ello es aceptar que estoy de tu lado. ¿De acuerdo?

Sturbridge sacudió la cabeza.

—Te dije que no te sentaras ahí.

Dorfman se levantó de un salto. Sin darse cuenta, había tomado asiento en un sillón tapizado en un color verde de tonalidad malsana. Una tonalidad que, por cierto, se levantó con él y se quedó pegada a sus pantalones.

Profirió una imprecación.

—No lo entiendo. ¿Por qué iba nadie a tomarse tantas molestias para preparar una serie de asesinatos en una capilla situada al otro lado del mundo? No tiene ningún sentido. ¿Qué pruebas tienes para apoyar estas afirmaciones?

—He hablado con las víctimas —dijo ella sencillamente—. No las víctimas de los asesinatos, aunque también están allí. Hablo de las víctimas del gran plan, sus peones. Eva, Aarón, el embajador, ahora están todos dentro de mí. Sus secretos son mis secretos.

—¿Quieres hacerme creer que de alguna manera estás... interrogando a los muertos?

—No exactamente a los muertos —respondió—. Más bien las cosas que atormentaban a los muertos en sus horas de insomnio. Como tu...

—No —dijo él con firmeza—. Como mi nada. Mira, no sé cómo lo has hecho. Cómo has descubierto lo de Nina. Ha sido muy impresionante pero por lo que yo sé no es más que una forma más desarrollada de telepatía que has logrado dominar. No puedo decirle a Meerlinda que todo ha sido un gran malentendido. Nadie quedará satisfecho, Antígona. Nadie.

—No digo que vayan a estar contentos, Peter. Sólo te estoy contando la verdad. Si tú mismo no puedes llegar a creerme, ¿cómo vas a impedir que me lleven ante un tribunal? ¿Cómo vas a...?

—¿De quiénes hablas? Sé razonable, Antígona. ¿Qué

alternativas tenemos?

–Bueno, entonces ¿cuál es *tu* plan?

–Muy sencillo. Nos reunimos con Meerlinda. Le explicamos lo que ha estado pasando en Los Cinco Distritos. Le decimos que entre los dos hemos logrado desenmascarar y castigar a los responsables. Y le decimos que no va a volver a ocurrir. Pero si te sales por la tangente con alguna conspiración siniestra...

–¿Cómo vas a explicar lo ocurrido si no? Tanto Eva como el embajador vinieron a Los Cinco Distritos directamente desde la Casa Madre. Los dos manipularon y asesinaron y trataron de engañarme para que liberara a los Niños. Pero algo salió mal y ahora los dos están atrapados en mi interior. Todos. Los he engullido por completo. Y no sé lo que significa ni lo que se supone que debo hacer al respecto.

–¿Y quién dice que tengas que hacer algo al respecto?

–Dorfman suspiró y se rascó el puente de la nariz –. Mira, Antígona, sé que has visto algunas cosas. Cosas muy perturbadoras. Pero incluso a mime está costando tragarme eso de que has "engullido a los muertos". Y te lo aviso, a Meerlinda le va a costar todavía más. Ella no está tan predispuesta a creerte como yo.

–Ya lo sé, Peter.

–En ese caso, ¿qué es exactamente lo que quieres que haga?

–Sólo quiero que me creas.

–Te creo...

–No, no es verdad. Si creyeras lo que te he contado, estarías aterrado. Porque algo está pasando. Y tú estás implicado y no sabes absolutamente nada sobre ello. Y este pequeño detalle va a conseguir que nos maten a los dos.

–¡Muy bien, te escucho! Cuéntame, ¿cómo se supone que vamos a precipitarnos a nuestra destrucción? ¿Topando sin querer con una conspiración? ¿Por culpa de unas pesadillas? ¿Cómo?

Su tono era de burla pero sus ojos buceaban con intensidad en los de Antígona. Buscando, conminando, tratando de arrancarle sus secretos. Pero ella estaba preparada para él. En sus ojos no encontró más que su propio rostro, reflejado, invertido. Apartó la mirada y reanudó su inquieto pasear.

–¿Cómo se supone que voy a ayudarte si ni siquiera me dejas entrar? Necesito la verdad, Antígona. Hechos concretos y pruebas aún más concretas.

Ella sacudió la cabeza.

–Estás buscando en el lugar equivocado. Yo ya no tengo verdades para ti. Lo único que me queda son recriminaciones y fracasos, los míos y los de otros que ahora están perdidos para nosotros.

–Entonces, ¿qué se supone que he de hacer? ¿Decirle a Meerlinda que el embajador está muerto y santas pascuas? ¿No piensas que querrá saber cómo murió? ¿Y por qué?

–Murió porque se había convertido en un problema. Estaba haciendo demasiadas preguntas correctas. Estaba haciendo exactamente lo mismo que tú.

–¿Y eso supone una amenaza?

–Yo no soy la que mató al embajador, Peter. Pero si me presento ante un tribunal y pronuncio el nombre del que lo hizo... Sólo que no me dejarán llegar tan lejos.

–¿Quién mató al embajador? –preguntó con un tono de voz más controlado.

–Se hacía llamar Eva. Eva Fitzgerald. Una novicia confiada a mi cuidado. Llegué a considerarla mi protegida. –Sturbridge se echó a reír. Fue un sonido áspero y chirriante, como si algo estuviera rompiéndose en su interior–. Mi estudiante más prometedora. No es de extrañar.

–¿Y me estás diciendo que era una especie de infiltrada, que la Casa Madre la plantó allí para socavar tu autoridad?

–¿Plantarla? Era una curiosa florecilla, desde luego. Hermosa y mortal. No estoy segura de que la palabra "plantar" sea la más apropiada. Pero lo que es seguro es que vino desde aquí.

Una expresión de congoja pasó un instante por el rostro de Dorfman.

–Antígona, escucha...

–El nombre que eligió resulta muy sugerente, ¿no te parece? Tengo la impresión de que pudo escoger "Eva" por su parecido con el nombre de mi hija Maeve. Desde luego su apariencia física respondía

a esa razón, jugar con mis sentimientos... con mi pérdida, mis remordimientos.

Dorfman le puso una mano en el hombro.

–Ya basta, Antígona. Necesitas descanso. Y aquí no creo que puedas conseguirlo.

–Pero el "Fitzgerald" también resulta interesante –continuó Sturbridge sin prestarle atención–. Me pregunto, mi pequeña, si alguna vez conociste a un Fitzgerald de verdad. Puede que en Londres. Tengo entendido que allí es tradición que los vástagos de linaje real adopten ese nombre. ¿O eso era antes de tu época?

–¡Aisling!

Sturbridge levantó la cabeza bruscamente, pero la inclinó a un lado, como un pájaro lleno de curiosidad. Le miró los ojos. En aquellas profundidades Dorfman vio, no la conocida superficie reflectante de sus cuidadosamente erigidas defensas sino unas honduras infinitas de aguas gélidas y turbias.

Había un rostro allí, un rostro de niña, balanceándose en silencio a merced de alguna corriente misteriosa. Era radiante como una luna y estaba enmarcado en mechones enmarañados de lo que antaño debía de haber sido un cabello dorado. Una corona maltrecha. Pero eran los ojos que habían llamado su atención los que dejarían en su interior una sombra de inquietud. Eran azules, de un azul regio. Pero estaban vacíos, vidriosos, privados de vida.

Entonces, mientras Dorfman seguía mirando con creciente horror, el rostro se volvió hacia él y sonrió, lleno de confianza. Los burlones labios azulados se abrieron y contrajeron para formar palabras silenciosas. En contra de lo que dictaba el buen juicio, Dorfman se acercó.

La tenue y susurrante exhalación apestaba a tumba inundada y aguas estancadas. Trató de ignorar la peste y se inclinó un poco más.

–Dile –susurró Eva, exultante–. Dile al Padre que ya está hecho.

Nada más, salvo un chorrito de aguas negruzcas, salió de sus labios.

Dorfman se apartó bruscamente de ella y volvió a encontrarse de pie junto a Sturbridge, mirando el reguero de sangre negruzca que

brotaba de sus labios agrietados.

Los labios de Sturbridge se abrieron pero no fue su voz la que pudo oírse.

—Pregúntale si está orgulloso de mí, Peter. Prométeme que se lo preguntarás.

—¡Basta!

Giró en redondo y se encaminó a la puerta.

—¿Dónde vas, Peter?

Esta vez era la voz de Sturbridge, confundida, desorientada.

Dorfman se volvió hacia ella para intentarlo de nuevo.

—¿Es que no ves que esta clase de cosas no van a ayudarnos? Repítelo y Meerlinda te encerrara en alguna parte. Lo que necesitamos son respuestas, no espectáculos teatrales. Respuestas de verdad. Estoy dispuesto a admitir que alguien de la Casa Madre ha estado implicado de alguna manera en lo ocurrido en Los Cinco Distritos: ésa sería la razón de la presencia de Eva y del envío del embajador. Y no me gusta que se me oculten las cosas. En especial aquellas cosas que podrían provocar que despertara con una estaca clavada.

—¿Pero cómo vamos a reconocer a las personas que estamos buscando? —preguntó Sturbridge.

—Le pediremos a Meerlinda que nos ayude. Y nos mantendremos vigilantes por si alguien trata de asesinarnos. No te preocupes. Se me da bastante bien dar con la gente que trata de matarme. Entretanto tú permanecerás aquí. Y cuando digo "aquí" me refiero a tus aposentos. Te pondré oficialmente bajo arresto si es necesario.

Estaba preparado para las objeciones de Sturbridge sobre este punto. Al ver que no protestaba, la miró con suspicacia.

—Lo digo en serio. No quiero que te resistas, Aisling. Tengo que estar seguro de que estarás a salvo hasta que pueda volver. Me marchó a ver a Istavan. Regresaré en cuanto pueda. Mientras tanto, tú estarás confinada en tus aposentos. Órdenes del médico. Y no quiero que te acerques a nadie.

—Muy bien —dijo ella—. Pero te acompañaré a ver a Meerlinda.

—Mañana —dijo él. Se detuvo a mitad de camino de la puerta—. Y

mantén la puerta cerrada. Lo primero que haré mañana por la noche será venir a buscarte. Te lo prometo.

–Tenemos una cita –dijo ella.

8

Un viejo amigo

–No puedo creerlo –dijo Felton al tiempo que, enojado, levantaba las manos–. No tengo nada más que decirle. Vámonos de aquí.

Trató de apartar a Charlie pero el hombretón se lo impidió colocándole con firmeza una mano sobre el pecho.

–No. Nadie va a salir de aquí hasta que este asunto esté resuelto.

Felton maldijo y se volvió hacia Antígona. A pesar de su afirmación de que no tenía nada más que decirle, era evidente que lo estaba reconcomiendo una larga lista de agravios que trataba de emerger a la superficie.

–Oh, vamos, acabemos con esto –lo interrumpió Antígona al tiempo que le propinaba un fuerte empujón que lo envió de nuevo hacia la puerta. Adoptó una postura de pelea–. Adelante, dame tu mejor golpe.

–Jesús –murmuró Felton, mientras recobraba el equilibrio y miraba a Charlie y a Antígona–. Colgado para secar entre un par de idiotas.

Charlie soltó un bufido y Felton se volvió hacia él.

–¿De qué te ríes? –preguntó.

–De nada –dijo Charlie, sin dejar de reír. Entonces, al ver que Felton no apartaba la mirada, Charlie admitió con aire avergonzado–. Has dicho, "Jesús, colgado para secar entre un par de idiotas". Ya sabes, Jesús. Colgado para secar entre un par de...

–Cierra la boca, Charlie, ¿vale? –Se volvió hacia Antígona–.

Entonces, ¿lo hacemos así? Te doy una paliza y todos podemos salir de aquí y no tenemos que volver a dirigirnos la palabra. Creo que eso podré soportarlo.

–Estoy esperando –le espetó Antígona.

Felton caminó directamente hacia ella, con el puño derecho cerrado. Antígona no trató de esquivar el golpe o bloquearlo. Felton le propinó un débil puñetazo en el hombro.

–Pillada. Y ahora vámonos de aquí. Vamos, Charlie. Ha sido una pasada –dijo sin volverse del todo–. Tenemos que repetirlo cuanto antes.

La patada le acertó en la parte trasera de la rodilla y la pierna se le dobló. Mientras se tambaleaba y se volvía, el brazo de ella salió despedido como un látigo, lo golpeó con la palma de la mano por debajo de la barbilla y le dobló la cabeza hacia atrás. Chocó contra Charlie con mucha fuerza.

–Hija de puta.

Felton se llevó la mano a la boca y se la manchó de rojo al tocar el corte que se había hecho en el labio. Charlie le dio un empujón con la culata de la escopeta y lo envió de regreso al centro de la habitación.

–Normalmente va contra mis principios golpear a una dama... Bah, ¿a quién estoy tratando de engañar? –Lanzó un puñetazo de costado pero Antígona retrocedió con elegancia y lo esquivó. Era una finta más que una verdadera amenaza. Sin embargo, el golpe de continuación era otra cosa: fuerte, directo y rápido como el rayo. Ella lo interceptó con el antebrazo y logró desviarlo por escaso margen.

Sólo entonces se percató de que Felton no tenía la mano vacía, sino cerrada alrededor de una afilada estaca de madera. Era una mala señal. La ominosa constatación de que Felton estaba tratando de encontrar para su conflicto una solución más permanente que ella. Pero lo peor era que ella no le había visto sacar el arma.

No tuvo tiempo de pensar pues sus ataques se reanudaron con ferocidad y cegadora rapidez. Antígona era incapaz de contar los golpes por separado. Ahora su cuerpo estaba respondiendo por puro instinto. En un momento dado, logró un instante de respiro aprovechando una maniobra de aikido que Helena le había enseñado

y que le sirvió para lanzar a Felton sobre la mesa. Los dos cayeron al suelo, enredados en un abrazo.

Antígona aprovechó la breve pausa para asegurarse de que Charlie no se había arrepentido de su decisión de no participar. El fornido motero se había adelantado unos pasos y se había inclinado hacia ellos para no perder detalle de la pelea pero la escopeta seguía apuntando al suelo. Captó un rumor de susurros preocupados proveniente del pasillo.

Pero entonces Felton volvió a estar en pie, se precipitó sobre ella y todas esas preocupaciones se esfumaron bajo un vendaval de golpes. Si el ruido de la pelea atraía a los vecinos, Charlie tendría que ocuparse de ellos.

Ahora la estaca iba y venía con tal velocidad que parecía dejar un rastro de movimiento tras de sí. Antígona tenía los antebrazos y manos entumecidos a causa de la dolorosa lluvia de golpes y bloqueos. Le zumbaban los oídos con el entrechocar de la carne. Y a su alrededor todo parecía volverse más lento.

No sabía cuánto tiempo podría aguantar así. Sabía que, a pesar de su entrenamiento en el equipo de seguridad, Felton era un luchador mucho más astuto y experimentado. Había templado sus habilidades marciales en más de una década de batallas callejeras libradas contra los peores elementos del Sabbat. Contra eso, los contendientes habituales de Antígona, los novicios de la capilla Tremere, no eran dignos rivales.

Tenía que buscar una solución diferente, y hacerlo deprisa.

Mientras concentraba toda su atención en la danza de la letal estaca, permitió que la otra mano de Felton atravesara su guardia. Le acertó en plena mandíbula con más fuerza de la que hubiera esperado de un oponente de su talla –o de cualquier talla menor a la de Charlie–. La visión se le tiñó de un rojo vidrioso y parpadeó rápidamente para aclarársela. Pasó un momento antes de que se diera cuenta de que la razón por la que todo estaba dando vueltas es que estaba cayendo de espaldas. Chocó con la pared y trató de rodar para aminorar el golpe. El agudo grito de protesta de su hombro derecho evidenció que había absorbido la mayor parte del impacto y que no lo había hecho con demasiado estoicismo.

Se irguió apoyándose en el costado izquierdo y protegiéndose el hombro lastimado.

—¿Has tenido bastante?

Si había abrigado la esperanza de forzarlo a un ataque precipitado, se vio decepcionada. Felton se acercó con la lentitud y paciencia de un gran felino. Preparándose para matar. Desde donde se encontraba, podía ver que las puntas de sus colmillos sobresalían por encima del borde de su labio partido.

Se apartó de la pared e hizo lo que pudo por erguirse en toda su estatura frente a él. Había resignación en su mirada. Sus manos, apretadas anticipando el golpe que estaba a punto de caer sobre ella, permanecieron inmóviles a los costados.

El puño de Felton retrocedió y se levantó hasta situarse por detrás de su hombro. Atrajo consigo la mirada de Antígona, enfocada en la punta de la estaca que se cernía sobre ella como una sentencia. No trató de esquivar o bloquear el golpe.

Entonces, con todo el peso del cuerpo de Felton tras de sí, cayó sobre ella.

9

La primera piedra

Helena contempló boquiabierta el objeto que tenía en la mano. Una roca.

Entonces salió al Grande Foyer y el significado del objeto se abrió camino entre las nieblas de su agotamiento. En el mismo centro de la gran cámara abovedada, encadenada entre dos columnas, aguardaba una novicia. Saltaba a la vista que estaba en manos de la Bestia. Una película de sanguinaria furia le cubría los ojos, se debatía contra sus cadenas y trataba de atacar a cualquiera que osara acercársele. Estaba rodeada por un círculo formado por sus camaradas, que la observaban con una mezcla de horror y

fascinación. Aquellos que se atrevían a afrontar la enfebrecida demencia de los ojos de la chica apartaban rápidamente la mirada. La novicia prisionera gruñía y mostraba los colmillos a la menor señal de movimiento en el círculo, y se retorció y revolvía dolorosamente en sus cadenas.

Conforme Helena se iba acercando, empezó a ver que la novicia estaba sangrando copiosamente por varias heridas que tenía en la cara y la cabeza. Con creciente alarma, Helena reconoció el destello de un semblante familiar tras la máscara de dolor y rabia bestial. ¡Era Anise! No podían haber pasado ni dos horas desde que Helena relevara a la más joven integrante del equipo de seguridad y la enviara de regreso al *domicilium* para pasar la noche. ¿Por qué estaba allí? ¿Y en aquel estado...?

—¿Qué demonios está pasando aquí? —gruñó Helena, sobresaltando al círculo de novicios como si fueran una bandada de cuervos aterrorizados sorprendidos en un acto de pillaje. Varios de ellos intercambiaron expresiones preocupadas.

—He dicho que qué *demonios* está pasando aquí —rugió Helena mientras avanzaba hacia ellos. Sólo entonces comprendió que su puño seguía aferrando el objeto que Himes le había puesto en la mano. La piedra.

Otra novicia del círculo, con aire culpable, trató de esconder la piedra que llevaba entre las mangas de la túnica. Helena la fulminó con una mirada y gritó:

—¡Tú! —se dirigió directamente a ella—. ¡Habla!

—Lo... lo siento, adepta. No he podido... o sea, es que no he podido. A pesar de todo, sigue siendo Anise... duerme en la cama de al lado —terminó con aire incómodo, como si aquello lo explicara todo.

Helena parecía a punto de explotar.

—¿De qué demoraos estás hablando...? —empezó a decir.

La novicia dejó escapar un chillido y, al tiempo que volvía la cabeza, le arrojó la piedra a Anise. Fue un lanzamiento muy torpe que golpeó a la enloquecida criatura en el hombro.

—¡Ya está! —estalló sin mirar a nadie a los ojos—. Ya lo he hecho, maldita seas. ¡Malditos seáis todos! Ahora dejadme en paz. ¡Dejadme sola!

Abandonó el círculo y se dirigió a grandes pasos hacia el *domicilium* de los novicios envuelta en un aleteo de su falda.

Helena la siguió con la mirada. Estaba boquiabierta. Algunos de los demás novicios aprovecharon la oportunidad para dirigirse discretamente hacia las otras salidas de la cámara.

–Que nadie salga de la sala –siseó Helena–. Hasta que...

Sus palabras provocaron otra andanada de piedras arrojada sin entusiasmo alguno. Anise aulló de dolor y frustración.

–¡Alto! –gritó Helena–. ¡No me refería a eso! Parad ahora mismo. –La situación se le estaba escapando rápidamente de las manos–. Sistema de seguridad, incapacita a la próxima persona que trate de arrojar una piedra.

–Comprobando autorización –replicó el daemon con voz amigable–. Helena, Adepta. Acceso insuficiente. Sentencia de muerte por lapidación dictada por Stephens, Astor. Para revocar, se solicita la presencia de Stephens, Astor, o Dorfman, Peter, Señor Inquisidor.

–Sobrecarga de emergencia –gruñó Helena con los dientes apretados. Los novicios restantes no hicieron nuevos intentos de ganar con sigilo las salidas de la cámara y corrieron hacia ellas–. Código de sobrecarga: *Gallia es omnia divisa in partes tres*.

–Código de sobrecarga invalidado y reemplazado –replicó la voz cantarina–. Todo intento posterior de interferencia con la sentencia prescrita provocará la llamada de un equipo de respuesta de emergencia.

–Un equipo de respuesta de emergencia –balbució Helena, apenas capaz de contener la ira que estaba formándose en su interior–. Yo *formé* los equipos de respuesta de emergencia. Yo *entrené* a los equipos de respuesta de emergencia. Yo...

Al darse cuenta de repente de que se encontraba a solas en la cámara, con la única excepción de la enloquecida Anise, Helena dejó de farfullar. No tenía sentido. Anise *formaba parte* del maldito equipo de respuesta de emergencia. *No, déjalo estar*.

No hubiera servido para nada discutir con el daemon del sistema de seguridad. Sabía que algunas de las nuevas rutinas de programación debían de fallar aún. Aún no había tenido tiempo de someterlo a una prueba exhaustiva. Si acaso, lo que estaba

ocurriendo era culpa suya y el quedarse allí discutiendo con la maldita máquina no serviría precisamente para inspirar confianza en ninguno de los novicios que se habían detenido al otro lado de las puertas de la sala para ver cómo terminaba aquella insólita confrontación.

Habría oportunidades de sobra para reprogramar el sistema. Mañana.

Se volvió hacia Anise y la novicia gruñó y la miró con aire exhausto.

–Muy bien, puede que mañana –dijo en voz alta–. Te sacaré de aquí, no te preocupes. Habrá que mantener una pequeña charla con Stephens. Y luego reprogramar el sistema. Una hora, a lo sumo. Te lo prometo.

Por desgracia, no había mucho más que pudiera hacer por la chica ahora mismo. Su primer instinto había sido sacar garras y colmillos, acercarse y cortar sus cadenas sin más. No obstante, estaba segura de que un acto así sólo conseguiría provocar una respuesta más seria por parte del daemon. Y Helena conocía demasiado bien la letal potencia de fuego de que podía hacer uso el daemon si se veía presionado.

Confiaba en que al menos su tono de seguridad se abriera camino hasta Anise. Era lo único que podía ofrecerle por el momento. Mientras salía hecha una furia de la sala, se percató de la presencia de los pocos novicios que aún permanecían allí, asistiendo a la escena desde el otro lado de las puertas. Dijo en voz alta:

–Sistema de seguridad, instaure el toque de queda, por favor. Todos los novicios habrán de regresar inmediatamente al *domicilium* y permanecerán allí hasta la salida del sol. Confirmación.

Ya que no podía sacar a Anise de allí, al menos se aseguraría de que no tuviera que sufrir más intrusiones en su dolor y humillación.

–Comprobando nivel de acceso... Confirmado –replicó el daemon, solícito. A continuación su voz sonó desde todas direcciones al mismo tiempo, no sólo en los puertos de la sala, sino también en los de los pasillos circundantes–. Protocolo de toque de queda instaurado. Todos los novicios tienen exactamente cinco minutos para dirigirse al *domicilium* de los novicios. Las puertas se cerrarán dentro de cinco minutos y no volverán a abrirse hasta la salida del sol. Repito:

protocolos de toque de queda instaurados...

Sin lanzar una sola mirada a Anise, Helena se encaminó a la Sala de Audiencias en busca de Stephens.

Un metro de alto y zapatos mojados

Lo primero que Antígona percibió al volver en sí, fue que su cráneo estaba ardiendo. *No*, pensó al cabo de unos instantes *eso no es exactamente cierto. Sólo me parece que el cráneo me está ardiendo.*

Gimió y se llevó una mano a la cara, pero alguien se la apartó sin miramientos. Su brazo entero chocó contra el parqué del suelo.

–Deja de hacer el imbécil o no se pondrá bien.

Era la voz de Felton.

Los ojos de Antígona parpadearon y se abrieron en la oscuridad.

–¿Qué es lo que no va a ponerse cómo? –dijo, pero lo único que obtuvo por sus esfuerzos fue un murmullo inarticulado y un renovado destello de dolor ardiente en la cabeza. Hablaba como si estuviera tratando de comunicarse con la boca llena, cosa que a decir verdad no había hecho desde su desgraciada (bien que breve) estancia en la Academia de Señoritas de Miss Jane Simpson, allá en Scoville. Y eso había sido ochenta años atrás.

–¿Cuántos dedos ves aquí? –estaba preguntando Felton.

Estaba sacudiendo algo delante de su cara pero no logró alcanzarlo para quitárselo de delante.

–¿Cuántos? –le repitió–. Charlie, trae algo de luz, por el amor de Dios.

Un doloroso resplandor se acercó y ella trató de apartar la mirada, con lo que descubrió que su cabeza estaba alojada entre dos cojines de sofá, que aparentemente habían sido dispuestos de aquella manera para evitar que lo hiciera.

–Dime, Ave Negra –insistió Felton–. ¿Cuántos?

Siguió agitando ese algo delante de su cara y pasó un momento antes de que ella comprendiera que se trataba de su mano. Entonces la silueta cobró forma más precisa.

–Muy divertido, capullo –dijo, al tiempo que apartaba la mano con un solo dedo extendido. Trató de sentarse y no lo logró pero una mano la sujetó por detrás antes de que volviera a golpearse contra el suelo.

–Parece estar bien –dijo Charlie.

Antígona lo intentó de nuevo, esta vez con más éxito.

–¿Qué demonios ha pasado? Oh. –El recuerdo de la pelea regresó como una inundación. Aún tenía la cabeza nublada y sentía un intenso dolor en la mandíbula, donde Felton le había golpeado con el puño, la estaca y todo lo que tenía.

Se llevó de nuevo la mano a la cara, esta vez con más cuidado. Felton había hecho un buen trabajo al colocarle la mandíbula en posición. Debía de tener cierta experiencia en reparaciones de emergencia. Envío un flujo de sangre curativa a la zona para ayudar a terminar el trabajo.

–¿Te sientes mejor ahora? –preguntó con los dientes apretados.

Felton lo pensó un momento.

–Un poco –dijo–. ¿Y tú?

–Mucho mejor, gracias –mintió–. Y ahora, ¿crees que podemos ponernos manos a la obra?

–Supongo que sí. ¿Sin malos rollos?

Extendió una mano.

Ella se la estrechó y dejó que la ayudara a ponerse en pie.

–Vaya. Y yo sin mi Polaroid –musitó Charlie. Parecía muy satisfecho consigo mismo.

–Cierra el pico, Charlie –le espetó Felton sin apartar la mirada de Antígona–. ¿Por qué no empiezas explicando por qué nos has hecho venir a Charlie y a mí a este sitio esta noche? Imagino que no fue sólo para que te diera una buena paliza.

Antígona hizo caso omiso del comentario.

–Venid y vedlo por vosotros mismos –dijo. Dio varios pasos

tambaleantes en dirección a las oscuras habitaciones traseras del apartamento antes de recobrar el equilibrio. Charlie lanzó a Felton una mirada dubitativa pero éste se encogió de hombros y la siguió.

Al llegar al diminuto cuarto de baño, Antígona encendió las luces. Felton se detuvo y silbó, sorprendido no sólo por la visión sino también, por vez primera, por el olor de la carnicería. Alguien había hecho una chapuza limpiando los rastros de sangre y vísceras del papel de las paredes. Felton advirtió que la concentración principal de manchas se encontraba en la pared sobre el water, la que estaba frente al espejo. En su mente, eso mostraba a alguien de pie sobre la pila, mirando fijamente en el espejo la culata de la pistola que sobresalía de su boca.

Antígona recogió su bolso de la repisa, donde lo había dejado antes, cuando Charlie había irrumpido en el apartamento.

–Tenemos que descubrir quién ha matado a Graves.

–Um, no te ofendas, Ave Negra –la interrumpió Felton–. Pero parece que fue el propio Graves el que se encargó de ello.

–Eso no lo sabemos –dijo Charlie–. Alguien podría haberlo traído hasta aquí a punta de pistola para volarle luego los sesos.

–Sí, eso *podría* haber ocurrido –dijo Felton–. Si el pistolero hubiera medido un metro de altura y hubiera estado subido a la pila en ese momento. Mira las puñeteras manchas de sangre.

Charlie frunció el ceño.

–Puede que estuvieran luchando por el arma, algo así.

Entró en el cuarto de baño para demostrar su teoría. Tras colocarse delante del espejo, cogió a Felton por una muñeca y se apoyó sobre una rodilla, como si estuviera luchando por el control de un arma.

–Esto es una estupidez –dijo Felton al tiempo que se separaba de él y salía del claustrofóbico cuarto para situarse al otro lado de la puerta–. Aunque me encantaría pasar el resto de la noche practicando lucha libre en el apartamento de un muerto –dijo– eso no nos permitirá averiguar cómo murió o por qué. De modo que el tío decidió redecorar el interior de su cuarto de baño con el interior de su cráneo. ¿Y qué?

–Pero si fue otro el que apretó el gatillo –continuó Charlie con

testarudez – tenemos que saber quién. Graves sabía que el Empire State Building iba a volar por los aires. Y sabía cuándo ocurriría. O puso él mismo la bomba o alguien a quien conocía se lo contó.

–¿Y quedarnos por aquí va a servir para que lo averigüemos? –lo desafió Felton–. Si alguien hubiera presenciado la muerte de Graves, ése sí sería un punto de partida. Pero tengo la impresión de que si alguien estaba aquí cuando Graves murió no va a tener muchas ganas de hablar.

–Porque sería el asesino –insistió Charlie.

Felton dejó escapar un suspiro de exasperación.

–De modo que lo único que tenemos que hacer es peinar la ciudad en busca de alguien de un metro de estatura, con un arma sin registrar y con los zapatos mojados con el agua de la pila...

–A menos que hubiera algún otro testigo –dijo Antígona.

–Oh, claro –dijo Felton–. ¡Puede que un circo estuviera en la ciudad y un desfile entero de monstruos de la naturaleza pasara por aquí para vengarse de un ejecutivo de una compañía de Internet!

–Un testigo que siga aquí –dijo Antígona en tono ominoso–, en el apartamento.

Esta afirmación dejó mudo a Felton. Era muy consciente de que parado en el umbral de la puerta del cuarto de baño, con la luz encendida delante, estaba ofreciendo un blanco fácil al resto del silencioso y oscuro apartamento. Con mucha lentitud, se volvió y apoyó la espalda en la pared, al tiempo que examinaba con la mirada el comedor a oscuras.

Charlie maldijo.

–¿Qué pasa? –siseó Felton–. ¿Ves algo?

–La escopeta –susurró Charlie–. La he dejado en el...

Esta vez le tocó a Felton pedir a su amigo que guardara silencio con un gesto.

–Creo –dijo Antígona reprimiendo una sonrisa– que me habéis malinterpretado. No hay nadie más en el apartamento con nosotros.

–¿Entonces de qué coño estás hablando? –inquirió Felton.

–Te lo enseñaré –dijo, y empezó a vaciar el contenido de su bolso en la repisa. Velas, tiza, un puñado de plumas negras. Una navaja recta de grandes dimensiones, una bolsa de terciopelo cuyo

contenido traqueteaba como un montón de tabas. El esqueleto de un pájaro envuelto en alambre de cobre. Y las dos mitades de una máscara blanca, manchada de sangre.

–Creo que va siendo hora, caballeros –dijo–, de que volvamos a reunir el Conventículo.

–¡Oh, no, de eso nada! –protestó Felton–. La última vez que fuimos allí, por poco acabárnoslos dos muertos. ¿O es que no te acuerdas?

–No vamos a ninguna parte, señor Felton –dijo Antígona mientras se llevaba las dos mitades de la máscara a la cara. Con un sonido húmedo y nauseabundo, los pedazos rotos se pegaron a su rostro, sostenidos por la fina película de sangre que cubría la superficie interior de la máscara: la vitae coagulada de la Voz de los Huesos–.. Vamos a volver a reunir el Conventículo aquí mismo.

Felton la miró, presa de una incredulidad momentánea. La severa máscara de pájaro recogió su mirada y se la devolvió sin titubeos. Ya había entrevisto los rasgos de aquella máscara en los sombríos lugares en los que se reunían. Ahora, sin embargo, tenía un aspecto muy diferente. A la luz brillante del baño, la máscara blanca como la tiza cuya pintura se arremolinaba y cambiaba de tonalidad aquí y allá, parecía un mero ornamento teatral. Pero lo que más llamó su atención fueron los coléricos regueros rojos, los rastros de sangre que corrían paralelos pero, contra lo que parecía dictar el sentido común, hacia *arriba*, desde la base de la máscara a su coronilla. La sangre de la Voz de los Huesos se había vertido estando él suspendido y cabeza abajo, como un péndulo macabro, sobre el desván del teatro.

La mirada de Felton se desplazó nerviosamente entre su semblante y la puerta principal, como si quisiera comprobar que su camino a la libertad y la seguridad seguía expedito.

–¡Sabía que era una trampa! –Enfurecido, se volvió hacia Charlie–. Te dije que era una trampa. Nos largamos de aquí ahora mismo. Antes de que aparezcan los demás.

El hombretón no se movió. Antígona reanudó sus preparativos.

–He dicho que nos vamos de aquí –insistió Felton.

–No lo coges, ¿eh?

–¿El qué? No hay nada que coger. Ya hemos hablado de esto. No podemos confiar en los demás miembros del Conventículo. Ya lo sabes. ¿Crees que nos van a dar las gracias por liquidar a la Voz de los Huesos? ¿O darnos una fiestecilla, quizá? ¡Pues claro que no! Estarán muy cabreados. Probablemente tan cabreados como para tratar de matarnos.

Charlie trató de interrumpirlo pero Felton lo acalló a voces.

–No, olvida esto último. No estarán cabreados. Seguro que algunos de ellos se infiltraron en el Conventículo obedeciendo las órdenes del príncipe. No creo que a estos les importe un pimiento que la Voz de los Huesos haya obtenido al final lo que se merecía. Pero los hombres del príncipe tienen sus propias razones para querernos muertos, ¿no? ¿Me olvido de alguien?

–Sí –dijo Charlie al tiempo que cruzaba los brazos sobre el pecho y se apoyaba en la pared con una sonrisa satisfecha.

Su actitud puso fin a la diatriba de Felton.

–Por favor –dijo éste–, continúa. Sé que es una mala idea pero no te prives de seguir acumulando más pruebas aún para apoyar mi caso.

–De nosotros –dijo Charlie–. De nosotros tres. Ahora *nosotros* somos el Conventículo. En cuanto a los demás, bueno, no creo que lleguen a saber nunca lo que ha pasado. Seguro que algunos de ellos desaparecieron después de la explosión, decididos a permanecer fuera de la circulación por algún tiempo. Pero entonces todo se vino abajo. Lo más probable es que la mayoría de ellos sigan escondidos. Aquellos con los huevos suficientes para responder a la llamada de la Voz de los Huesos... ya sabes, la noche que irrumpisteis allí, se darían cuenta al llegar y ver las señales que habíais dejado de que el lugar estaba comprometido. El cuerpo de un pájaro en las escaleras. Seguro que dieron media vuelta y regresaron a casa para esperar la siguiente llamada. Una llamada que ahora no se producirá nunca.

–Lo que nos deja sólo a nosotros –dijo Antígona–. ¿Puedes encender las luces, por favor?

Ambos hombres se volvieron al oír su voz. La repisa estaba ahora cubierta por una capa de tiza. Sobre el blanquecino polvo descansaban tres velas formando un anillo alrededor de la pila. Una

blanca, una roja y una negra. La pila tenía el tapón puesto y estaba llena con un dedo de vitae recién derramada. Una herida rosada asomaba sobre la manga de Antígona.

–¿Empezamos? –preguntó.

11

Lámparas de gas y querubines dorados

Dorfman cumplió su palabra. Sturbridge no sabía lo que le había dicho al castellano, Istavan, pero ni media hora después de que la hubiera dejado sola, un pequeño ejército de limpiadoras y porteros se había presentado en su puerta.

Mantuvo también su otra promesa, pero Sturbridge llevaba ya una hora despierta cuando llamaron a la puerta de la Suite de los Viñedos. Su descanso había sido perturbado por visiones de un alquitrán oscuro y burbujeante y una masa carnosa cubierta de venas azuladas que emergía desde sus profundidades. Despertó con el repicar de las recriminaciones en sus oídos: acusaciones por crímenes cometidos centenares de años antes por personas a las que Sturbridge nunca conocería.

Dorfman la sacó de aquellas habitaciones miserables y la llevó por un laberinto opulento –una maraña de galerías con balaustradas que dominaban un jardín iluminado por la luz de la luna, un patio embaldosado, más galerías que se entrelazaban unas con otras – hasta que terminó por sentirse perdida. Cada corredor contenía ojos que los estudiaban con circunspección tras una pátina de desinterés hastiado y voces que susurraban y cuchicheaban a su paso. No obstante, si alguien sintió el impulso de acercarse a los dos visitantes, el paso de Dorfman y su actitud distante lo desalentó.

–¿Dónde vamos? –preguntó Sturbridge al fin. Estaba haciendo lo que podía para guardar la compostura pero la tensión de otra noche de escrutinio indeseado y juicio desinteresado estaba empezando a

pesarle.

—A los apartamentos de Meerlinda —dijo Dorfman—. Es ella la que me hizo este absurdo encargo. Que sea también la que nos saque de él de una vez.

Su inesperada vehemencia la sorprendió.

—Pareces amargado. ¿Pero qué tiene que ver Meerlinda con todo esto?

De mala gana, Dorfman frenó su paso para ponerse a su altura, pero su cuerpo parecía inundado de energía nerviosa en busca de un aliviadero.

—Demasiado, me temo —dijo—. Es como un juego de dominó. Mira, cuando la situación en Washington D.C. se volvió insoportable, Meerlinda fue quien sugirió que sería mejor para "todos los implicados" que volviera por algún tiempo a la Casa Madre. Es mi jefa, así que ella da las órdenes. Respondo ante ella; tú respondes ante mí. Y Meerlinda sólo responde ante sus pares del Consejo de los Siete. Así es cómo cae el hacha.

—Todo eso lo entiendo —dijo Sturbridge—. Lo que no entiendo es...

—Si logramos convencer a Meerlinda, todo estará resuelto. Yo me libro de la picota, a ti no te arrastran ante ningún tribunal y puede que hasta consigamos averiguar qué demonios está ocurriendo contigo y esas... visiones. ¿De acuerdo?

—¿Tenemos alternativa? —preguntó Sturbridge.

—Lo has entendido.

Se sentía como si llevaran horas vagando por los corredores de mármol cuando por fin Dorfman se detuvo frente a una imponente puerta con estructura de hierro. El roble envejecido parecía fuera de lugar, casi triste en medio del esplendor barroco de las galerías circundantes. Hubiera debido bloquear el paso a alguna mazmorra en lugar de languidecer allí entre la prodigalidad de los techos abovedados, la tracería de pan de oro y las columnatas evanescentes.

La puerta no tenía más adorno que una rejilla de hierro ennegrecido que formaba un ventanuco en forma de arco en su parte superior. Su propósito debía de ser permitir que el interior se ventilara. La malla era demasiado estrecha para permitir que se viera nada por

ella. No emanaba ninguna luz del interior de la cámara.

–Aquí estamos –dijo Dorfman.

A Sturbridge, siempre alerta ante posibles traiciones, no le gustaba aquel lugar.

–Espera un momento –dijo mientras cogía a Dorfman del brazo para llamar su atención–. Hicimos un trato, ¿recuerdas? Te dije que regresaría a Viena contigo pero en mis propias condiciones. No como una prisionera.

–Relájate –dijo él–. Éstos no son tus aposentos, son los de Meerlinda.

–¿Los de Meerlinda? –repitió Sturbridge. Nunca se había encontrado cara a cara con la consejera. En su anterior visita a la Casa Madre, estaban en medio de una situación muy delicada. Nadie había sugerido que llevaran a Sturbridge a hacer la gran visita. Se preguntó qué clase de persona se rodearía voluntariamente de semejante austeridad en medio de la finura de la Casa Madre.

–¿Decepcionada? –preguntó Dorfman.

–No, es sólo que...

–¿Una monstruosidad? –Rió entre dientes–. Istavan, el castellano, lleva años tratando de conseguir que comprenda que es necesario modernizar la decoración. A estas alturas, creo que se contentaría con cualquier cosa de los cuatro últimos siglos. Pero creo que ha empezado a desesperar.

Sturbridge pasó una mano por la áspera y rugosa superficie de la puerta.

–No –dijo con firmeza–. Me gusta. Tiene firmeza. El peso de la historia.

Dorfman le dirigió una mirada cargada de curiosidad.

–Mira a tu alrededor –dijo–. Éste es un auténtico palacio del siglo XVII. No es una restauración colonial. ¿De veras crees que necesita una vieja puerta devorada por los gusanos para transmitir una sensación de historia?

Sturbridge dio unas palmaditas en la puerta.

–Tengo la impresión de que debe de ser tranquilizadora para ella. Tener cerca algo de tu propia juventud. Imagínate cómo será el sentirte siempre siglos pasado de moda... ¡Incluso en medio de un

palacio del siglo XVII! No, creo que a mí me gustará tener algo proveniente de mis años de mortal cuando me haga vieja y esté cansada del mundo y de cosas que cambian. Yo me rodearía de lámparas de gas y querubines dorados. Con...

—Aquí tienen una política muy estricta contra las lámparas de gas —le advirtió Dorfman. Llamó varias veces en rápida sucesión. No hubo respuesta.

—No hay nadie en casa. ¿Y ahora qué?

Dorfman maldijo. Cogió la argolla de hierro que servía como aldabón y la sacudió sin obtener ningún efecto discernible. Al ver que se inclinaba sobre la cerradura, Sturbridge miró a su alrededor con aire aprensivo.

—¿Qué estás haciendo exactamente? —preguntó en voz baja. Incluso allí podía sentir el peso de las miradas sobre ellos. Y su aprensión no se vio aliviada por el sigilo con que Dorfman se aproximó a la cerradura.

Tras alargar el cuello para asomarse por encima del hombro de Dorfman, Sturbridge pudo ver que la cerradura estaba montada en una estructura del mismo hierro ennegrecido que sostenía la puerta. El ojo era enorme, tanto que casi parecía un mero adorno decorativo. Dorfman pasó el dedo sobre la superficie forjada a martillazos.

—Esperaremos —dijo en voz baja, mientras manipulaba la cerradura. Sin embargo, no había nada en su manera de comportarse que sugiriera paciencia. Había esperado con temor aquella entrevista; eso había quedado claro por el modo en que había ido frenando su paso conforme se aproximaban a la imponente puerta. Había tenido demasiado tiempo para construir la escena en sus pensamientos, para volver a ensayar sus explicaciones, sus excusas, sus ofertas conciliatorias. La ausencia de Meerlinda había echado por tierra todo aquello. Lo había sacudido, había cambiado de juego.

Sturbridge sintió un momento de aprensión al comprender lo que estaba haciendo. ¿De veras iba Dorfman a forzar la cerradura del estudio de la consejera?

—Peter, ¿crees que es buena idea...?

Vio que había conseguido introducir la punta del dedo índice en el ojo de la cerradura. Por alguna razón no se sintió más tranquila al

comprobar que abrir puertas de aquella manera no era una práctica a la que se entregara con regularidad. De hecho, al mirarlo allí de pie, inclinado, maldiciendo, con un dedo metido en el ojo de la cerradura, se dio cuenta de que le sería difícil encontrar a alguien menos dotado que él para aquel arte ancestral.

–Espera, déjame –se ofreció mientras trataba de apartarlo. Hubo un crujido agudo procedente de la cerradura. Entonces, de repente, se cerró alrededor del dedo de Dorfman, que salió un instante después con una gota carmesí sobre la yema que se extendía lentamente.

Dorfman profirió una imprecación, se lo metió en la boca y chupó. Musitó algo que se parecía a "odio esta parte".

Entonces, para asombro de Sturbridge, la puerta se abrió hacia dentro.

Sacudió la cabeza.

–Me temo que no se conceden puntos por habilidad –dijo.

–Muy bien, listilla. La próxima vez, ve tú primero. Por supuesto, la próxima cerradura podría ser mucho más grande, digamos del tamaño de una guillotina.

–¿Sabías que las cerraduras no suelen forzarse con las manos? Me refiero a que existen herramientas para ello.

–¿Forzar cerraduras...? Oh, ya entiendo. No, no estaba forzando la cerradura. Estaba dejando que me identificara. Sólo se abre ante la sangre de aquellos que reconoce, me temo. Por supuesto, muerde a todos, conocidos o no. Después de ti.

Señaló el sombrío interior de la habitación. Se veía una luz parpadeante sobre una mesa situada al otro lado, parecida a una vela. No sin titubeos, Sturbridge entró en las habitaciones privadas de la consejera.

Felton se disponía a objetar algo pero Charlie le propinó un fuerte codazo en las costillas.

–No digas ninguna estupidez, ¿de acuerdo? ¿Es que no lo ves? Ahora sólo quedamos nosotros tres. No queda nadie más. Supongo que hace tiempo que es así, solo que éramos demasiado testarudos como para admitirlo.

Felton seguía sin estar convencido y había una nota de amargura en su voz.

–No es tan sencillo.

–Claro que lo es, colega. No hay nada más sencillo. De hecho, me pregunto si fue así como empezó. Me refiero al Conventículo. Antes, en la peor época de la ocupación del Sabbat. Sólo un puñado de camaradas atrapados tras las líneas enemigas y sin nada importante que perder.

Hasta entonces, Felton no había pensado demasiado en los orígenes de su círculo de conspiradores y ahora no estaba de humor para empezar a hacerlo. Simplemente había asumido que el Conventículo había estado siempre allí –al igual que el Sabbat– y siempre lo estaría con tal de que tipos como Charlie y como él pudieran seguir luchando cada noche.

Sólo que ahora el Sabbat ya no estaba. La lucha había cesado. Ni siquiera había Conventículo. Sólo tres penosos nostálgicos aferrados a una imagen romántica del pasado. Un pasado que –si quería ser honesto consigo mismo– no merecía nostalgia alguna. Brutal, miserable y aterrador.

¡Míranos!, pensó. Recreando los movimientos de una triste pantomima pasada de moda hacía tiempo. Repitiendo las mismas e incomprensibles invocaciones que les habían sido transmitidas, sólo que sin sentido ni convicción. Los gestos familiares no conllevaban ya una sensación de bienestar, de vínculo con la tradición.

Felton se descubrió preguntándose (¡Maldito Charlie!) cómo habría sido aquel primer encuentro del Conventículo, cuando la banda original de conspiradores se reuniera para juramentarse. ¿Y por qué? Habían jurado unir sus destinos, forjar una cadena más fuerte que sus eslabones separados. Pero, ¿es que no había en ello nada más que

eso, el viejo "la unión hace la fuerza"?

En algún momento de su trayectoria, habían perdido incluso aquel fuego templador. Los miembros del Conventículo seguían realizando los mismos movimientos, pero ahora las cosas eran diferentes. Ya no eran otra cosa que autómatas, soldaditos de plomo agotados, pintados con los brillantes colores de un galimatías místico.

Felton había matado, una vez tras otra –e incluso había estado dispuesto a morir– para cumplir la voluntad del Conventículo. La justicia incuestionable del colectivo. Y, con una punzada de soledad, nostalgia e incluso una pincelada de lástima por sí mismo, se dio cuenta de que lo echaba de menos. Lo echaba de menos terriblemente.

Por encima de todo lo demás, era el sentimiento de pertenencia. La sensación de encontrarse exactamente en el lugar que había sido preparado para él, fuera por orden de Dios, del destino o de cualquier otra cosa. Todo lo que había sucedido hasta entonces –todas las elecciones y los sacrificios, las victorias y los fracasos– había conducido a aquel lugar.

No era sólo el lugar al que pertenecía. Era también un lugar que lo necesitaba a su vez. Donde era respetado por su habilidad, su determinación. El Conventículo podía ser una comunidad extraña, aislada y en última instancia peligrosa. Pero era una comunidad de la que él formaba parte integrante. No era sólo el lugar al que él pertenecía, era el lugar que le pertenecía a él. Y en aquellas noches de cada vez mayor aislamiento personal –enmascarado bajo la apariencia de una comunidad global– ese sentimiento importaba.

Y ahí estamos de nuevo, pensó. A punto de empezar otra vez con la locura. De invocar al Conventículo. Nosotros somos esos que, incapaces de aprender de los errores de su historia personal, están condenados a repetirlos. Noche tras noche. Alzándose, cazando, matando, alimentándose. Nada más que cadáveres ambulantes, sin el seso suficiente para esconderse y estar calladitos.

–¿Qué demonios queréis de mí? –preguntó en voz alta. Ya sentía que una parte esencial de él le estaba siendo arrebatada, sometida a las necesidades del grupo.

–Para empezar, un poco de luz. Si tienes –dijo Antígona con

voz amable. Con aire expectante, le tendió una vela alargada y puntiaguda.

Felton registró el bolsillo interior de su abrigo y encontró un Zippo de cromo. Lo depositó sobre la repisa pero lo tapó con la mano.

–No estoy seguro de querer que vuelva el Conventículo –dijo–. Puede que sea mejor que todo esto termine ahora. Que nos olvidemos de ello, que dejemos que muera y desaparezca.

–¿Quién eres tú, extraño, y qué has hecho con mi pobre e idiota colega Felton? –preguntó Charlie–. No puedo creer que haya oído esas palabras saliendo de tu boca. ¿No eres el mismo tío que hace una semana estaba lloriqueando en mi piso, repitiendo una vez tras otra que no era capaz de dejarlo todo atrás?

–Sí, bueno, a lo mejor ahora sí puedo, ¿sabes? –dijo Felton–. A lo mejor es el momento de que todos lo dejemos..

–Una mierda –dijo Charlie–. No puedes darle la espalda. Se te está ofreciendo la oportunidad de recuperarlo todo, Felton. Como era antes. Sólo que esta vez estarás en el primer piso. En lugar de recibir los tiros, serás el que de la orden de disparar. Como siempre has querido.

–Sí, bueno, puede que ya no quiera eso.

–¿Qué es lo que quiere usted, señor Felton? –preguntó Antígona.

–¿Que qué es lo que quiero? ¿Cómo puedes preguntar eso? Lo que quiero es que termine toda esta mierda. No quiero tener que seguir escondiéndome. No quiero tener que seguir preguntándome cada vez que oigo ruido en el salón si será la policía o los matones del príncipe que van a echar la puerta abajo. No quiero...

–No le he preguntado qué es lo que no quiere, señor Felton –lo interrumpió Antígona–. Lo que le he preguntado es lo que quiere.

Esto lo cogió por sorpresa. Guardó silencio durante algún tiempo. Pensando, reprimiendo réplicas furiosas, tratando de decidir si seguía estando enfadado.

–Quiero limpiar mi nombre –dijo al fin con la voz ganada por el hastío–. Quiero volver, volver a ser...

Dejó que el pensamiento se perdiera en la amargura y las recriminaciones.

–No puedo devolverle su antigua existencia, señor Felton –dijo ella. Le apretó la mano y a continuación sacó el mechero de debajo. Él no se resistió–. Pero puedo asegurarme de que tenga algo que decir en la futura. Basta de correr. Basta de esconderse. Basta de actuar solo. En esto estamos juntos, los tres, ¿de acuerdo?

El Zippo cobró vida con un chasquido y una lengua de fuego saltó en su boca. Antígona encendió la vela y le devolvió el mechero aún encendido a Felton. Felton lo cogió sin pensar y lo cerró.

Sabía que no tenía elección, en realidad no. Lo mismo que no hubiera podido perder el encendedor aunque hubiera querido, no podía alejarse de todo aquello. Tras diez años de lucha, los reflejos de combate estaban grabados a fuego en su existencia.

–Muy bien –contestó al fin–. Estoy dentro. Pero quiero llevar el anillo descodificador secreto.

Charlie se inclinó hacia él como si fuera a confiarle un secreto.

–Nunca estuviste fuera –le dijo.

13

Una transgresión privada

Helena irrumpió en la Sala de Audiencias cuando Himes y Stephens estaban inclinados con aire de conspiradores sobre una mesa de comedor plegable que habían dispuesto sobre el estrado. Había un montón de dossiers sobre la mesa, entre ellos. Estaban discutiendo con cuchicheos entrecortados.

–Sí, sí, ya te lo he dicho –dijo Himes–. Me ha asegurado que había completado la transferencia. Y no tengo razones para desconfiar de ella. Lo que ocurre es que no creo que eso signifique que su utilidad para nosotros "haya llegado oficialmente a su fin". Puede resultar especialmente útil para mantener a raya a los novicios y facilitar la transición...

–Tenemos compañía –dijo Stephens sin levantar la mirada. Helena tuvo la impresión de que había dejado que Himes se explicara

a pesar de saber ya que ella se encontraba al otro lado de la puerta. Y no es que necesitara más razones para despreciar a aquel hombre.

Himes concluyó con una tos el resto de su razonamiento. Hay que decir en su favor que tuvo la decencia de mostrarse un poco azorado.

–Lo que necesitamos aquí –dijo Stephens alzando la voz para que llegara con toda claridad al otro extremo de la sala– es un ejemplo. ¿No estás de acuerdo, adepta?

–Me he topado con su pequeño "ejemplo" de camino aquí y, francamente, creo que ya he tenido más que de sobra. ¿Alguien quiere decirme qué demonios está pasando aquí?

Caminó a grandes pasos hasta el borde del estrado y subió.

Stephens le aguantó la mirada al tiempo que sus manos cerraban cuidadosamente y recogían las dispersas carpetas.

–No creo que tenga la menor obligación de informarte a *ti*, adepta. En nuestra última entrevista eras todavía la jefa de seguridad de la capilla. Confiaba en que *tú* nos informaras a nosotros sobre los fallos de seguridad y las amenazas contra esta casa. Desde entonces han ocurrido ciertas cosas que me han llevado reconsiderar esa solución.

Helena se disponía a replicar pero se obligó a calmarse y volver al tema que la había llevado allí.

–Anise –dijo. Fulminó a Himes con la mirada, se apoyó en la mesa y acercó el rostro al suyo–. Quiero saber lo que ha hecho y qué demonio creen *ustedes* que están haciendo. No pueden entrar aquí a ritmo de vals y empezar a encadenar novicios y condenarlos a ser lapidados. No estamos en la maldita Edad Media. ¡Esto es Nueva York, por el amor de Dios! No sé cómo hacen las cosas en Viena y la verdad es que no me importa. Ni siquiera sé si los atacó en persona. Pero hay maneras y maneras de hacer estas cosas. Esto tiene que terminar aquí y ahora, ¿comprendido? –Se volvió hacia Stephens–. Va a anular esa maldita "sentencia de muerte" que ha introducido en el sistema de seguridad y va a hacerlo ahora mismo.

–Siéntate, Helena –replicó Stephens con tono gélido.

Helena dio un puñetazo en la mesa y algunos de los dossiers revolotearon.

–No tengo tiempo para sentarme. ¡Tengo una novicia, un miembro de mi equipo de seguridad, que se enfrenta a una sentencia de muerte en el Grande Foyer, maldita sea! No tengo tiempo para esto. Ahora mismo van a...

–He dicho que te sientes –repitió. Su voz era tranquila pero la fuerza de las palabras hizo que le temblaran las piernas. Había peso en su orden, una compulsión a la que su cuerpo respondió instintivamente como si ella misma hubiera dado la orden. Se dejó caer con torpeza sobre la más cercana de las sillas plegables de metal.

–No sé qué demonios están tratando de conseguir... –gruñó mientras empezaba inmediatamente a levantarse de nuevo.

–Si insistes en formular preguntas insubordinadas –dijo Stephens–, al menos permanece sentada para escuchar las respuestas.

Extendió el brazo por encima de la mesa y le puso una mano en el hombro para impedir que se levantara. El osado contacto enfureció a Helena pero resistió la tentación de cogerlo del brazo y arrojarlo al otro lado de la habitación. Estaba tratando de sacarla de sus casillas. No mordería el anzuelo. Volvió a sentarse.

–Hable –dijo.

–No termino de saber –dijo él– qué te ha llevado a creer que tienes derecho a irrumpir aquí para hacernos demandas. No te debemos explicación alguna y no hay nada en esta investigación, nada en absoluto, que te concierna. ¿Nos entendemos?

Helena no dijo nada.

–Excelente –continuó Stephens–. Supongo que también comprendes que si continúas sirviendo en tu puesto es sólo merced al continuado apoyo y la intervención del señor Himes y yo mismo. Para serte franco, el procedimiento estándar para la investigación de semejantes violaciones de la seguridad de la capilla, una serie de asesinatos espeluznantes, la muerte de un embajador oficial de la Casa Madre y eso sin mencionar un asalto directo contra la persona de un investigador, sería destituir de inmediato al jefe de seguridad de la capilla y a su equipo entero. Destituirlos *permanentemente*. Confío en que comprendas y aprecies la necesidad de estas firmes medidas.

Helena no pudo seguir conteniéndose.

–¿Es por eso? ¿Por eso están condenando a las novicias a ser lapidadas? ¿Porque formaban parte del equipo de seguridad? Anise no tuvo nada que ver con ninguna de esas muertes. ¿Por qué ella? De hecho, hasta hace pocas horas, se encontraba conmigo en la sala de control de seguridad, trabajando para introducir todos esos nuevos perfiles y protocolos que nos pidieron. Ella...

Himes se aclaró la garganta.

–Puede que no estés... ehm, al corriente de ciertos detalles notables relativos al caso de la novicia. ¿Sabías, por ejemplo, que ha confesado haber intentado socavar tu posición pirateando el sistema de seguridad de la capilla y reprogramándolo para que sirviera a sus fines?

Helena puso los ojos en blanco.

–Por supuesto que lo sabía. Todo el mundo sabía eso. Informé a la regente hace dos años. El informe debe de seguir toda vía...

–¿Y no tomaste medidas para detenerla, para castigarla por su traición? –intervino Stephens–. ¿Ni siquiera cuando empezaron a aparecer novicios muertos?

–¡Por supuesto que no! Anise no tuvo nada que ver con esas muertes. Los intentos de Anise de controlar los sistemas de seguridad fueron siempre inofensivos. Y fueron inofensivos precisamente *porque* todos estábamos al corriente. Todos los cambios que realizaba se ejecutaban sólo en simulaciones locales y se redirigían a continuación a un filtro para que yo diera mi autorización antes de ser implementados en la parrilla de los sistemas. Si había algo que no me gustaba, provocaba un fallo localizado del sistema que desconectaba su terminal y eliminaba los cambios. Un pequeño esfuerzo, pero muy útil para mantener a una novicia prometedora ocupada con un subterfugio conocido en lugar de buscando uno nuevo. Y además siempre conviene conocer las transgresiones secretas de los subordinado por si una llega a necesitarlas.

Himes asintió para mostrar que estaba de acuerdo.

–Sin embargo parece –dijo– que la novicia pretendía devolverte el favor.

–¿Qué quiere decir? –preguntó Helena, alerta de pronto ante un

nuevo peligro.

–Lo que quiere decir –dijo Stephens– es que la novicia conspiró para encubrir ciertos fallos de seguridad críticos ocurridos estas últimas noches. Un segundo incendio en el *domicilium*, por ejemplo. O el hecho de que se permitió de alguna manera que escapara un peligroso taumaturgo oscuro que se había infiltrado en la capilla y atacado a un investigador. O que el hombre más buscado de la ciudad, el saboteador responsable del atentado del Empire State Building había desaparecido misteriosamente. Cuando fue presionada, la novicia admitió haber mentido con respecto a estas cuestiones para protegerte.

–¿Para protegerme?! ¡Es ridículo! Mire, Stephens, Anise no tuvo nada que ver con esas cosas. Ella...

–Ella era –dijo Himes– la oficial superior de seguridad que estaba de servicio la noche en cuestión. Y debes admitir que tu propia ausencia en semejantes circunstancias resulta un poco... inquietante.

–¡Estuve encerrada aquí con ustedes dos la noche entera "respondiendo a algunas preguntas"! No puedo creer lo que estoy oyendo...

–Pero no estuviste aquí la noche entera, ¿no es verdad, adepta? Y aunque lo hubieras estado, eso no te eximiría de tu responsabilidad en este asunto. Eras... discúlpame... eres la jefa de seguridad de la capilla. Eres la responsable última de todo cuanto ocurre tras estas paredes.

–Pero Anise no –dijo Helena–. Si trató de esconderles lo que pasó aquella noche, se equivocó. Y si creyó que tenía que hacerlo para protegerme, se equivocó también. Yo me encargaré de eso. Tenemos procedimientos internos para resolver esta clase de transgresiones. Pero desde luego ella no se merece...

–¿Tenéis "transgresiones" como ésta regularmente? –preguntó Stephens.

Helena comprendió adónde apuntaba esa línea de interrogatorio. Trató de desviarla.

–Estamos hablando de Anise –dijo con testarudez–. Y ahora, ¿van a liberarla ustedes o tendré que hacerlo yo misma?

–Eso, adepta –dijo Himes tratando de apaciguar la situación–

sería un acto extremadamente poco sensato.

_____ 14 _____
Lo que vio el espejo

Antígona sostenía la vela frente a su cara. Sus palabras hacían que la llama parpadeara y saltara.

–Sé que estás metido en un lío, Felton –empezó a decir con voz insegura–. Hay un montón de gente que preferiría mirar al sol antes que mirarte a ti. Pero supongo que en parte tiene que ver conmigo. Tú y yo no somos tan diferentes. No dejo de pensar que lo que necesitamos es empezar desde cero. Olvidar ciertos errores y dejar atrás a los enemigos que vienen con ellos. Creo que lo que quiero decir es que estoy dispuesta a seguir adelante con vosotros, chicos. Siempre habéis sido honestos conmigo y cuando haya una pelea, me gustaría contar con vosotros, con los dos, a mi lado. *Fide et vigilante*, estoy con vosotros.

Tocó la vela blanca de la repisa con el cirio encendido que llevaba en la mano. La vela siseó y cobró vida con un chisporroteo. Un humo negro grasiento y la inconfundible peste del sebo quemado llenó la pequeña habitación.

Había en la vela algo que perturbaba a Felton. Algo que le ponía los pelos de punta. No era el olor sino la luz que despedía. Era apagada, turbia. Al acercarse más a la temblorosa llama, se dio cuenta de que en realidad no era ninguna llama, sino una parpadeante lengua de sangre que bailaba en lo alto de la vela.

Antígona le entregó el cirio a Charlie, quien parecía enormemente incómodo. Lo sostuvo lo más lejos posible de sí, como si fuera un pañal sucio.

–No sé... ¿Qué digo? –susurró–. Ni siquiera senada de latín.

–Eso no importa –le susurró Antígona al oído–. Las palabras no importan mientras sean sinceras.

–Muy bien, lo intentaré –dijo. Se aclaró la garganta–. Bien,

supongo que he estado sacando a este bastardo de líos desde que lo conozco. Y he terminado por darme cuenta de que probablemente ya es demasiado tarde para dejar de hacerlo. ¿A quién quiero engañar? Hace tiempo que es demasiado tarde. No me entendáis mal, no me hago ilusiones en este sentido. Sé perfectamente que cuando cojan a este pobre bastardo también yo seré hombre muerto. Y todo por lo poco que he hecho por él hasta ahora.

»Supongo que lo que estoy tratando de decir –continuó Charlie– es que no tengo nada que perder uniéndome ahora a vosotros. Había empezado a pensar que estaba saliendo de todo esto... de la mierda del Conventículo, me refiero. Ya sabéis, sentar la cabeza. Poner un negocio propio. Pero parece que todo vuelve a mí. Y lo más gracioso es que me estoy dando cuenta de que me encanta que haya ocurrido. Oh, mierda, escuchadme. Que paren los violines. Joder, estoy dentro. *Sic Semper... Fi* –terminó con timidez.

Movió un poco los pies sobre el patrón de goterones de cera aún húmeda que manchaba el suelo. Antígona le dio un codazo y volvió en sí.

–¿Hmmm? Oh... vale –dijo. Pasó junto a ella y encendió la vela roja, que cobró también una vida hecha de sangre.

–Te toca, colega –dijo, mientras le ponía a Felton el cirio en la mano–. Todos para uno...

Felton bufó y esquivó la mirada de Charlie.

–Qué coño –dijo–. La verdad es que nunca creí que ninguno de vosotros quisiera matarme. A pesar de lo que decía la Voz de los Huesos.

Lanzó una mirada de soslayo a Antígona pero ésta permaneció en silencio.

–Y si alguno de los dos lo hubiera pretendido –continuó–, es evidente que se os da tan mal que de todas maneras me convendría teneros cerca. Así, cuando esos capullos se presentaran os tendría a mano para estropearles los planes. En todo caso, lo único que quiero decir es que los dos habéis dicho que me guardaríais las espaldas.

¿Decirlo? Joder, los dos habéis interpuesto varias veces vuestras putas carcasas infestadas de gusanos entre las balas y yo. Así que tendría que ser un auténtico bastardo para daros ahora la

espalda.

Charlie tapó la salida con uno de sus enormes brazos.

–Muy gracioso, capullo –dijo Felton. Y a continuación, dirigiéndose a Antígona–. ¿Ves lo que tengo que aguantar? ¿Seguro que quieres meterte en esto?

Ella asintió.

–Que me muera si no.

–Ten cuidado con lo que pides, Ave Negra –dijo Felton–. Las paredes oyen.

Se inclinó y acercó el cirio a la vela restante, la negra. Una tercera lengua de sangre saltó de su mecha.

–También tienen ojos. Seamos testigos de lo que se ha hecho y se ha dicho esta noche –recitó Antígona mientras le quitaba el cirio de la mano–. Que el juramento que hemos contraído se convierta en la argamasa en la que el Conventículo se reconstruya, la llama por la que renazca de sus cenizas, el residuo del pasado.

Tocó con el cirio el manchón de sangre del fondo de la pila y una llama del tamaño de su mano cobró vida allí. Despedía calor y una luz blanca, como una llama de magnesio. Mientras ella parpadeaba para aclararse la vista, empezó a percibir que estaba formada por tres llamas diferentes. Al igual que la llama de cada vela se había alimentado de la sangre, la que se había encendido en el centro de la pila se alimentaba de ellas tres.

–Está hecho –dijo Antígona.

Con mucho cuidado para no tocar la llama, Antígona mojó en la sangre las yemas de los dedos de su mano derecha. A continuación trazó un signo en el espejo. Era su signo, un jeroglífico. El estilizado y sonriente rostro del chacal.

Indicó a Charlie que se adelantara. Con movimientos inseguros, éste imitó su ejemplo, y mojó repetidamente los dedos en la sangre mientras hacía un dibujo en el cristal. La imagen era el escudo del logotipo de Harley Davidson. En su interior había un cráneo y algo que parecía un motorista hecho de huesos alargados colocados unos encima de otros. Retrocedió un paso para admirarlo, a todas luces complacido con su torpe bosquejo.

Felton fue el último en adelantarse.

–Esto es una bobada –musitó, pero al ver que no iba a recibir el apoyo de sus camaradas, acabó por ceder. Mojó un dedo en la sangre y con una serie de rápidos trazos dibujó las palabras *Non Serviam* en el cristal.

Charlie no hubiera estado más impresionado de haber escrito Felton *Helter Skelter*.

–Oye –lo acusó, celoso–. Eso es latín. ¿Cuándo has aprendido tú latín?

–Da igual –replicó Felton mientras recordaba su periodo de cautividad forzada en la capilla de los Tremere–. Es una larga historia. No preguntes. No tiene un final feliz.

* * *

Antígona contempló los símbolos dibujados con sangre en el espejo. Estaba hecho, su juramento renovado. Pero no sólo vio las tres manchas de sangre en el cristal.

Ladeó la cabeza como un pájaro curioso. La máscara de ave, blanca como los huesos, contribuía a reforzar la impresión. Con un sobresalto, se dio cuenta de que seguía viendo su reflejo, a pesar de las líneas rojizas que manchaban la superficie del espejo. Era un reflejo distorsionado por manchas y envuelto en una luz malsana.

Pero era más que eso. De repente comprendió por qué la inquietaba tanto la imagen. La figura que estaba observándola desde el espejo no tenía los afilados rasgos de la máscara de la Voz de los Huesos.

Rápidamente, antes de que la imagen pudiera cambiar y desaparecer de nuevo, mojó las yemas de los dedos en la pila de sangre y los pasó por el cristal. En la amplia estela de color rojo pudo confirmar lo que antes sólo había entrevisto. El rostro que tenía delante era el de un hombre, un hombre conocido. Y el objeto que sobresalía de su cara no era un pico de ave sino la culata de una pistola.

Tras ella, Charlie inhaló abruptamente y Felton profirió una imprecación.

–Hola, señor Graves –murmuró.

Antígona los ignoró y siguió manchando el espejo de sangre, hasta cubrirlo por completo de una fina película rojiza. Conforme pintaba la superficie del cristal, la horrible escena se iba revelando ante sus ojos: la imagen congelada de los últimos instantes de Adam Graves.

–No lo entiendo –dijo Charlie–. ¿Qué está pasando aquí? ¿Qué es lo que estamos viendo?

–Las paredes tienen oídos –musitó Felton al tiempo que comprendía y volvía a escuchar en su mente las anteriores palabras de Antígona.

–Y los espejos son paredes con ojos –dijo ella–, aunque sean los ojos de otros. Algo tan traumático como esto no ocurre en el vacío. El recuerdo de la última visión de Graves ha quedado grabado en el cristal. Su marca es tan permanente como los signos que hemos dibujado aquí con nuestra sangre y nuestras promesas.

Charlie no dijo nada. Era evidente que estaba asombrado. Tenía los ojos clavados en los de un muerto que lo miraba desde el espejo. Pero no estaba mirando a Graves.

–¿Quién es ése? –preguntó.

–Es Graves –dijo Felton–. Ya lo has visto. En la tele.

–Ése no –dijo Charlie. Se adelantó y pasó la mano sobre el espejo con un movimiento circular. Como si estuviera limpiando el vapor de la ducha–. Éste.

Bajo el remolino rojizo, Antígona y Felton pudieron ver con claridad lo que Charlie había encontrado. El rostro de un segundo hombre, de pie en el umbral de la puerta.

Felton giró sobre sus talones y por un momento pareció confundido de no encontrar a nadie allí. Sin embargo, cuando se volvió de nuevo hacia el cristal, allí estaba el rostro del desconocido, mirándolo.

–Jesús, cálmate –dijo Charlie–. Ahora no está aquí. El espejo nos está mostrando lo que había cuando Graves...

–Ya sé lo que nos está mostrando –lo interrumpió Felton–. Sólo me ha dado un susto. Ver la imagen de un hombre detrás de mí. O sea, detrás de él. Oh, déjalo.

–Sea quien sea –dijo Charlie–, no mató a Graves. Miradlo. Está

ahí parado sin más. Sí, es un poco morboso mirar cómo se vuela alguien los sesos, pero no es asesinato. –Charlie había seguido frotando el espejo hasta conseguir una capa rojiza casi uniforme. El fluido coagulado seguía resbalando por el cristal dejando regueros viscosos pero la escena entera se veía ahora con tanta claridad como si el trío hubiera estado allí la noche de la muerte de Graves.

–Estévez –dijo Antígona en voz baja.

–¿Conoces a ese tío? –preguntó Felton.

–Eugenio Estévez. Es uno de los Tremere más importantes de la ciudad.

–¿Y eso qué significa? –inquirió Charlie–. ¿Qué hace un pez gordo de los Tremere en la puerta de un tío, viendo cómo se levanta la tapa de los sesos? Es espeluznante. ¿Suele hacer cosas así? ¿Es alguna clase de rito de sangre? El suicidio siempre me ha parecido... ya sabes, un asunto privado. ¿Por qué iba a querer Graves que Estévez presenciara el suyo?

–No es ningún rito de sangre –dijo Antígona–. Y Estévez tampoco es ningún Dr. Kevorkian. No, si Estévez hubiera tomado parte alguna vez en un "suicidio asistido", no lo habría hecho motivado por simpatía hacia el sufrimiento ajeno. Y apuesto algo a que hubiera tomado una postura mucho más activa.

–Pero no es su mano la que aprieta el gatillo –señaló Felton–. Sea cual sea el papel desempeñado por Estévez en este asunto, lo cierto es que fue Graves el que se mató. Fin de la historia. Y eso significa que seguimos en el mismo sitio.

–Pero podría haber obligado a Graves a hacerlo –objetó Charlie–. Puede que supiera algo sobre él.

–Si Jervais sabía que Graves estaba implicado –dijo Antígona– Estévez también lo sabría. Jervais era su sicario. Su "ayuda de campo", como le gustaba decir a él...

–Así que Graves se lo dijo a la Voz de los Huesos. Entonces la Voz de los Huesos, esto es, Jervais, se lo dijo a Estévez. ¿Y qué hizo Estévez? ¿Tratar de chantajear a Graves? –Felton alzó las manos–. Es un rastro circular. Y lo único que tenemos sigue siendo un rastro de cadáveres.

Antígona miró los ojos de Estévez, tratando de averiguar sus

motivaciones en los restos del muerto. Pasando una criba por sangre y entrañas.

Se sobresaltó al ver que los labios de Estévez se movían. En silencio, los labios de su reflejo pronunciaron las palabras, "Adiós, señor Graves".

Y como respuesta, el dedo de Graves se tensó en el gatillo. Su nudillo se puso blanco y casi sin quererlo Antígona se agachó para evitar el chorro de sangre y cerebro. Un estúpido acto reflejo. La sangre ya había sido derramada.

Un estúpido acto reflejo.

Antígona se encontró pensando en el señor Stephens y en su confrontación con los Astores. En cómo se había encogido ante sus preguntas como si fueran los rayos del sol. Había una nota autoritaria en su voz. Una nota que arrancaba respuestas, que forzaba una respuesta en su cuerpo, aun antes de que tuviera tiempo de plegarse o presentar batalla. Un acto reflejo.

Estévez estaba acostumbrado al mando desde hacía mucho tiempo y desde luego era lo bastante poderoso como para provocar la misma respuesta irracional. Para condicionar una respuesta o provocar un acto reflejo utilizando sólo su voz. Lo bastante poderoso como para matar sin tener que rebajarse a poner el dedo en el gatillo. Antígona sabía que no era tarea fácil conseguir que hasta el más sumiso de los mortales pusiera fin a su propia vida pero con el condicionamiento apropiado, Estévez podría haber superado el instinto de conservación de Graves. Unas pocas palabras clave habrían bastado para provocar el movimiento nervioso de un dedo y disparado el arma. *Adiós, señor Graves.*

Mientras Antígona seguía mirando el reflejo de Estévez, el viejo Tremere sonrió, sacó un pañuelo de su bolsillo y se limpió una manchita de la manga. Aparentemente no había salido del todo indemne.

Entonces el reflejo de Estévez se volvió en parte, como si lo hubiera perturbado un pensamiento inquietante y *miró directamente a Antígona*. Vio que sus labios formaban una pregunta:

—¿Jervais?

Se acercó un poco más al espejo y siguió mirándola.

Alarmada, Antígona se llevó la mano a la cara en un gesto instintivo. Topó con la máscara blanca de pájaro de la Voz de los Huesos. Entonces comprendió lo que Estévez estaba viendo: la máscara de la Voz de los Huesos, la persona de su aprendiz, Jervais.

Entonces el rostro del espejo le sonrió, una terrible sonrisa que Antígona sintió como si se abriera una grieta en su interior. La sonrisa la apresó, la paralizó y se estremeció como un espécimen a punto de ser disecado. Y entonces, de alguna manera, Estévez vio.

–No, no es Jervais –dijo sin voz–. Qué curioso.

Y Antígona se vio de nuevo cayendo en la grieta de su sonrisa burlona. Unas manos fuertes la sujetaron antes de que su cabeza chocara con la pila de porcelana. Pero sabía que era demasiado tarde. Ya era demasiado tarde. De algún modo, Estévez también la había visto a ella en el espejo. Había visto a través de él, al igual que Charlie, Felton y ella habían visto en la dirección contraria. Y en aquel momentáneo cruce de sus ojos, Antígona supo que todos ellos estaban condenados.

–¿Estás bien, Ave Negra? –dijo Felton–. ¡Antígona, escúchame! ¿Estás bien? ¿Cuántos dedos ves aquí?

Antígona lo apartó de un empujón.

–Ha perdido demasiada sangre –le dijo Felton a Charlie–. Tenemos que sacarla de aquí, conseguirle algo de vitae.

–Deja de hablar de mí como si no estuviera presente –dijo Antígona mientras se enderezaba–. Estoy bien.

–Debes de haber estado inconsciente un minuto entero –dijo Charlie sin soltarle el brazo todavía a pesar de los débiles esfuerzos de Antígona por apartarlo.

–Bueno, ahora me encuentro bien. Echadme una mano para limpiar este desorden y salgamos de aquí.

–Me temo que eso no va a ser posible –dijo una voz desconocida. Los tres se volvieron involuntariamente hacia el espejo. Fue un estúpido acto reflejo pero en este caso parecía justificado. Los labios del hombre del espejo se movían al mismo tiempo que se formaban las palabras.

El reflejo de Estévez estaba apoyado en el marco de la puerta con aire despreocupado. Sólo que esta vez una de sus manos parecía

estar apoyada en otro sitio: el cañón de una escopeta. La escopeta de Charlie.

Pero eso era imposible. La escopeta de Charlie no había estado allí la noche de la muerte de Graves, Charlie la había traído esta noche.

Y la había dejado apoyada en la nevera.

Desde el umbral de la puerta, la voz de Estévez dijo:

—Y ahora, si no les importa apartarse de la puerta, tenemos planes para esta noche.

15

Sombra bajo la puerta

Por novena o décima vez, y claramente inquieto, Dorfman consultó su reloj. Estaba sentado sobre la esquina del sólido escritorio que dominaba el centro de la biblioteca privada de Meerlinda: una pose de indiferencia estudiada. Pero Sturbridge podía captar su agitación. Llevaban esperando casi media hora. Supuso que no era propio de su anfitriona llegar tarde a sus citas.

Sturbridge ocupó su tiempo examinando los estantes atestados de volúmenes. Hizo lo que pudo para contener el deseo de pasar la mano por los lomos de piel, que la edad y el uso frecuente había vuelto lustrosas y quebradizas. Pero era consciente ya de que iba a fracasar del todo y se maldecía por no haber traído guantes.

Murmuraba en voz baja para sus adentros, como si estuviera contando el número de volúmenes o recitando sus títulos. En realidad, estaba confinando la colección en su memoria —los títulos, su posición exacta— para evaluarla más adelante. Se detuvo en seco y un suave gemido de deleite escapó de sus labios a pesar de sus esfuerzos por contenerlo.

—Te agradecería que te sentaras —le dijo Dorfman, presa de cierta irritación—. A la consejera no le gusta la gente que revuelve sus cosas y a ti no te gustará que te coja haciéndolo cuando llegue.

–No lo entiendes –dijo Sturbridge–. ¡Éste es un Pitágoras! Un Pitágoras *original*. No una traducción moderna. No una reconstrucción del Renacimiento. Ni siquiera la copia romana de un texto griego. Es un Pitágoras *origin...*

–Sí, sí –la interrumpió Dorfman–. Estoy seguro de que la biblioteca de la consejera es impresionante. Pero éste no es el momento ni el lugar. Si yo fuera tú, estaría dedicando el tiempo a pensar qué demonios iba a contarle. Cuando llegue de una maldita vez.

Sturbridge suspiró y se apartó de los estantes.

–Voy a contarle la verdad –dijo–. Si es necesario, le haré una demostración de lo que sé y de cómo he llegado a saberlo.

–¿Tú crees que es sensato? –preguntó él–. Sí, yo no te maté cuando me hiciste ese truco. Pero tenía órdenes de traerte con vida. La consejera no tiene razones para contenerse.

Sturbridge sonrió.

–¿Así que fue por eso? Me intrigaba. No obstante, la consejera tiene que saber lo que ha ocurrido. ¿Le has contado ya algo? ¿Sobre los Niños? ¿Sobre Eva?

–¿Y a quién iba a confiarle un mensaje así? –Sacudió la cabeza–. Yo también me estoy jugando el cuello, Antígona. No fastidies las cosas.

Su repentina vehemencia la desarmó.

–Mira, yo tampoco pedí nada de esto, ¿sabes? Aquí soy la víctima, ¿recuerdas? Y voy a hacer lo que esté en mi mano para resolver el asunto, igual que tú. Así que, ¿por qué no me das un respiro?

–Lo siento –dijo Dorfman mientras lanzaba una mirada distraída a la puerta. Y, advirtió ella, con voz que no parecía del todo sincera.

–Además, no sé qué es lo que te preocupa tanto –lo acusó–. Si Meerlinda no se lo traga, puedes echarme los perros encima y salir indemne. Dile que he perdido la cabeza. Que la presión de mantener a raya al Sabbat durante todo este tiempo ha sido demasiado para "alguien tan joven e inexperto". Haces un informe y te vas tan tranquilo.

En lugar de mostrar asombro o protestar, él se limitó a contestar:

–Confiemos en no tener que llegar a eso.

Guardaron silencio, mientras daban vueltas a las escasas y poco atractivas opciones que les quedaban. Y a lo que cada uno de ellos estaba dispuesto a sacrificar para salir de aquel embrollo.

Mientras su mente corría por un laberinto de callejones sin salida, Antígona se encontró con que su mirada era atraída a la puerta y que recorría cada línea de la madera, cada nudo de su superficie. Como si el patrón accidental que la naturaleza había dibujado sobre ella fuese de alguna manera un mapa del traicionero laberinto interior por el que vagaba. Gradualmente, fue dándose cuenta de que algo andaba mal.

Al principio no pudo precisar lo que era. Algo relacionado con la puerta. Con el patrón de luz y sombra que se proyectaba sobre su superficie. Y a su alrededor.

Y entonces lo vio. La inconfundible sombra bajo la rendija de la puerta. Una sombra que revelaba que había alguien al otro lado, esperando pacientemente. Escuchando.

Sin decir palabra, cogió a Dorfman del brazo y señaló en dirección a la puerta con la otra mano.

–¿Ahora qué pasa? –le espetó él, irritado por verse distraído de sus pensamientos. Siguió la dirección de su dedo–. Oh.

Sturbridge le indicó que guardara silencio. Dorfman asintió y bajó sigilosamente de la mesa sobre la que seguía apoyado.

Cuando estaba a punto de llegar al picaporte de la puerta, Sturbridge lanzó un grito. Dorfman, que se acercaba a la puerta desde otra dirección, abrió los brazos en un gesto que decía claramente, *pues menudo silencio*. Sin embargo, cuando vio que Sturbridge trastabillaba, su actitud cambió al instante. Corrió a su lado.

Sturbridge sintió un dolor caliente que le atravesaba el talón, como si acabara de pisar un fragmento de cristal. Volvió la cabeza atrás, estiró el cuello y se levantó la alargada falda de la túnica negra de novicia. Había un sinuoso trazo rojo en la parte trasera de su tobillo, por encima justo del talón. Una serpiente roja de reflejo trémulo, de la longitud del ancho de su mano, se aferraba a ella con tenacidad.

Con una sensación nauseabunda en el estómago, sacudió la

pierna tratando de quitarse la víbora de encima. Pero sólo consiguió que la alimaña se enroscara con más fuerza alrededor de su tobillo.

–¡Quédate quieta! –le ordenó Dorfman al tiempo que se inclinaba y le cogía la pierna. Trató de atrapar a la serpiente pero se le escurrió entre los dedos. Maldijo, y cuando apartó la mano la tenía llena de sangre.

Por un momento Sturbridge tuvo la inquietante impresión de que la serpiente había pasado realmente entre los dedos de Dorfman, como si no fuera más sustancial que un viscoso hilillo de sangre. Pero eso hubiera sido imposible para una criatura de carne y hueso.

La cabeza le daba vueltas. Le costaba mantenerse erguida.

–¿Veneno? –musitó en voz alta sin dirigirse a nadie en particular. Dorfman levantó la mirada y la serpiente volvió a escapársele. Sturbridge sabía que, como todos los de su raza, era inmune a la mayoría de variedades de venenos y ponzoñas: un efecto secundario de su estado próximo a la muerte. Esta conclusión estaba bien documentada y era la consecuencia de exhaustivos experimentos. Algo andaba terriblemente mal allí.

Al mirar abajo, estuvo segura de que la serpiente era mucho pequeña ahora que hacía un momento. ¿Podían el veneno, la pérdida de sangre y las toxinas estar jugándole malas pasadas a sus percepciones?

–Está menguando –balbució. Tenía que sentarse, pensó segundos antes de desplomarse.

–¡Aisling! –exclamó Dorfman. Tenía las dos manos cubiertas de sangre hasta las muñecas pero seguía sin poder apresar a la esquiva criatura. Sabía que se le estaba acabando el tiempo.

Podía ver con toda claridad lo que Sturbridge, en aquel momento, sólo sospechaba. La serpiente era ahora bastante más pequeña.

Y Dorfman sabía por qué. Podía ver el perturbador bulto que corría por la parte trasera del muslo de Antígona, justo por debajo de la piel. El diminuto depredador se había introducido en ella y estaba adentrándose por el abandonado conducto de una arteria.

–Aguanta –le dijo–. Puede que esto te duela un poco.

Le puso una rodilla en la parte trasera de su muslo y se apoyó

sobre ella con todo su peso. Aplicando presión, tratando de bloquear el camino al corazón.

Juntó las ensangrentadas manos y las frotó como si estuviera enjabonándoselas. Un alfilerazo de luz apareció en el espacio hueco que había entre ellas, un destello que no tardó en crecer hasta convertirse en una lengua de fuego.

Hubo un crepitar de carne quemada cuando le cogió el tobillo con la mano. Sturbridge se estremeció y le lanzó una patada, consciente de improviso de la presencia de un enemigo más antiguo y letal, el contacto del fuego. Algo primordial y carente de toda razón se abalanzó sobre ella tratando de hacerse con el control.

Una presentación desgraciada

Felton avanzó con aire amenazante hacia la figura que bloqueaba la entrada pero Antígona lo detuvo poniéndole una mano en el pecho.

—No se lo va a creer —le dijo a Estévez—, pero ahora mismo estábamos hablando de usted.

—Qué bien —replicó él—. Confío en no haber interrumpido nada pero llevo esperándoles algún tiempo. Desde que supe que Jervais no iba a regresar y por qué.

—Será mejor que pienses en la parte del "porqué" —dijo Felton—. Jervais murió por tratar de jodernos...

—Le aseguro, señor Felton —Estévez hizo una pausa para dejar que calara el hecho de que sabía exactamente quiénes eran—, que no estoy aquí para... ¿cómo lo ha expresado con esa elocuencia suya? Ah, sí, "tratar de joderles". Estoy aquí para hacerles una propuesta de negocios, nada más. Una que les conviene aceptar. Ahora, señorita Baines, le ruego que se quite esa máscara ridícula. Es posible que me mostrara demasiado indulgente con Jervais y su afición al teatro. Es una mala costumbre de la que he terminado por arrepentirme.

Las manos de Antígona se movieron de manera automática hacia la máscara y se la había quitado antes de haber tenido tiempo de cuestionar la orden de Estévez. Se maldijo por su obediencia instintiva a la autoridad de los Tremere. Era un hábito que había desarrollado a lo largo de casi setenta años de infatigable servicio a la Pirámide. Ahora se daba cuenta de que era una debilidad potencialmente letal.

–¿A qué te refieres con eso de que nos estabas esperando?
–preguntó Felton–. ¿Has estado vigilándonos todo este tiempo?
¿Siguiéndonos?

–No, nada de eso. Les he estado esperando porque hace pocas noches, cuando el señor Graves encontró su fin en este lugar, vi un rostro en el espejo. Un rostro cubierto por una ridícula máscara de pájaro. En aquel momento me sobresaltó y me intrigó. Por supuesto, asumí que se trataba de Jervais con su absurdo disfraz de la Voz de los Huesos. Pero esta noche he comprendido que no podía tratarse de Jervais. Jervais ya estaba muerto. Tenía que ser otra persona llevando su máscara la que se encontrara de pie delante de este mismo espejo. Y eso significaba...

–Significaba que quienquiera que hubiera matado a Jervais te seguía la pista –dijo Felton siguiendo hasta su conclusión la línea lógica de pensamientos–. Pero no sabías de quién se trataba.

–Oh, tenía algunas sospechas –repuso Estévez–. Lo que no sabía es *cuándo* aparecería el asesino de Jervais para plantarse aquí delante del espejo. Así que observé y esperé. Y aquí están.

–Muchos esfuerzos sólo para conseguir que lo maten –dijo Felton.

–Podría estar de acuerdo –contestó Estévez–. Para mí no supuso ningún esfuerzo, pero cuando pienso en todo el esfuerzo desperdiciado... todas esas vueltas y vueltas que han estado dando... vaya, resulta asombroso que hayan vivido lo bastante para llegar a este encuentro.

–¿No ha dicho algo sobre un trato?

–Ah, sí. Va usted directo al grano, señor Rosetti. Una excelente cualidad.

Felton miró a Charlie. No recordaba haber oído el apellido de su

compañero de conspiración hasta entonces. Siguió paladeándolo, tratando de conseguir que se ajustara a la conocida y enorme planta de su camarada.

–Lo cierto es que se trata de un trato muy sencillo –dijo Estévez–. Regresen conmigo a la Sala Maupassant. Allí nos espera un círculo de aportación que los sacará a todos del país. Su marcha será instantánea e imposible de rastrear.

Charlie miró a Antígona.

–¿Puede hacer eso? –preguntó Felton en un susurro.

Estévez rió en voz alta.

–Mi querido Felton, por supuesto que puedo hacerlo. Una vez establecido y comprobado, el diagrama de aportación es seguro y fiable al cien por cien. Vaya, hasta un novicio podría hacerlo. ¿No es así, señorita Baines?

Antígona empezó a decir algo pero entonces se detuvo y se tragó la cálida bilis de la vergüenza. Se hubiera ruborizado si su sangre hubiera seguido discurrendo por sus sendas naturales. *Esta* novicia no podía hacer semejante cosa y Estévez lo sabía.

–¿Qué, puede o no? –inquirió Felton, que no quería dar crédito a las palabras de Estévez.

A regañadientes, Antígona asintió.

–Ahí lo tiene. Entonces está decidido –dijo Estévez al tiempo que erguía la espalda–. Regresaremos a la Sala Maupassant de inmediato.

–Eso no es un trato –dijo Charlie.

Estévez pareció sorprenderse.

–¿Disculpe?

–Un trato significa que das algo y consigues algo. Ya nos has dicho lo que vendes. Ahora, ¿qué sacas tú de esto?

–Hubiera creído –dijo Estévez– que era obvio. Su parte consistirá en marcharse de la ciudad y olvidar que nada de esto ha ocurrido.

–¿Así sin más? –preguntó Felton–. ¿Sólo olvidarse de ello? Me temo que no es tan sencillo.

–Sí que es tan sencillo, señor Felton. Nadie va a seguirle los pasos el resto de su existencia para asegurarse. Para garantizar que,

de hecho, sí que han olvidado. Lo único que les pido es la promesa de que harán lo que les diga y dejarán toda esta historia tras de sí. ¿Es mucho pedir? Seguro que es lo que todos ustedes quieren en este momento: la oportunidad de empezar de nuevo.

Felton sacudió la cabeza.

–No, ya hemos hecho una promesa. La promesa de quedarnos y permanecer juntos, aquí mismo.

–Y estarán juntos, todos ustedes –explicó Estévez, cuya paciencia amenazaba con agotarse–. Les ofrezco la oportunidad de tomar una decisión que supondrá una diferencia. Si se quedan aquí, los cazarán: el príncipe, la capilla, las autoridades mortales. ¿Qué le importa a cualquiera de ellos su promesa? ¿Qué puede significar para ellos? A sus ojos, ya han sido juzgados y condenados. Es preferible empezar de nuevo en otro lugar. En un lugar en el que tengan una posibilidad.

Felton miró a Antígona y luego a Charlie, pero ninguno de ellos le devolvió la mirada.

–No lo estaréis considerando en serio. Hemos seguido la pista a este bastardo hasta aquí y ahora tenemos que terminar. ¿Habéis olvidado que trató de matar al príncipe? Voló el maldito Empire State Building. Jervais lo averiguó y decidió aprovechar la oportunidad para hacerte pasar por una terrorista loca, Antígona. Y luego...

–Le aseguro, señor Felton –dijo Estévez–, que yo no volé ningún edificio.

Esto hizo que Felton se volviera hacia él.

–¿Qué es eso de que no volaste ningún edificio? Fuiste tú el que se lo dijo a Graves. Por eso tenía que morir, porque era el último eslabón que lo vinculaba a ti. Y hubiera funcionado de no haber sido por el hecho de que Antígona logró de alguna manera invocar la imagen de los últimos momentos de Graves en el único testigo del crimen: el espejo.

–A pesar de ello –dijo Estévez–, yo no volé el edificio. No sé nada de demoliciones y, francamente, encuentro muy pocos sofisticados esos métodos de resolución de problemas. Si quisiera hacer las cosas de manera tan directa, al menos tendría la cortesía de presentarme antes al príncipe para que supiera quién iba a matarlo.

–Muy bien, voy a picar –dijo Charlie–. ¿Quién voló el edificio?

–Esa es la primera pregunta sensata que cualquiera de ustedes hace desde que he llegado –dijo Estévez–. Y no voy a responderla.

Felton hizo ademán de protestar pero Estévez lo silenció levantando una mano.

–En este asunto actúan fuerzas más grandes que cualquiera de nosotros y cuanto antes acepten este hecho, mejor para todos.

–De eso nada –dijo Felton sencillamente–. Aun no se me ha olvidado que me tendiste una trampa...

–Creo que lo que quiere decir es que Jervais le tendió una trampa. O, para ser más precisos, que Jervais le tendió una trampa a la señorita Baines. Esa afrenta ya ha sido lavada y sabe usted que no tuve nada que ver. Seguramente es consciente que para miseria mucho mejor que ninguno de ustedes hubiera estado involucrado en el asunto. Por esa misma razón traté de impedir que Jervais llegara a enterarse de lo que había ocurrido pero el señor Graves, en un ejercicio de insensatez, arruinó mis planes.

–Sigo sin tragármelo –dijo Felton–. Si fuera así, ¿por qué ibas a contárselo a Graves? Según ese razonamiento, Graves no sería más que otra debilidad.

Fue Charlie el que respondió:

–A menos, por supuesto, que Graves tuviera otro papel que desempeñar en la historia y se vieran obligados a contárselo.

–¿Qué clase de papel? –preguntó Felton–. ¿Estás diciendo que fue Graves el que puso la bomba?

–No. Pero todos los negocios requieren un socio capitalista. Y la empresa de Graves, Cyanight, cuenta con gran soporte financiero. Y tenía mucho que ganar del ataque.

–¿Estás de coña? Cyanight salió escaldada del asunto. Graves estaba en las noticias a diario, disculpándose por... mierda.

–Caballeros –dijo Estévez con voz apacible–. No tenemos tiempo para esto, en serio. Baste decir que Cyanight tenía gran interés financiero en el atentado. Aparte de la abrumadora cantidad de publicidad gratuita obtenida, tal como ha señalado el señor Felton, creo que descubrirán que su principal competidor tenía sus oficinas centrales en el edificio y sufrió unas pérdidas sin precedentes en el

desastre. Así que, ahora que su morbosa curiosidad ha sido saciada, ¿podemos irnos?

–Falta una pregunta –dijo Charlie–. ¿Por qué está usted metido en esto? O sea, ¿qué le va en ello? Graves y su compañía acababan con un competidor. Jervais creía que estaba dando un golpe al príncipe y acabando con un rival Tremere al mismo tiempo. Pero, ¿por qué se implicó usted?

–Mi querido señor Rosetti, de nuevo ha reconstruido los hechos con notable perspicacia. No tengo nada que ganar en esto. Yo no tenía especiales deseos de que se produjera la explosión. No he sido más que un catalizador. Presento a gente y la reúno. Como ustedes tres, por ejemplo. Lo que ellos hacen luego no es de mi incumbencia. El señor Graves tenía el dinero. Jervais, como bien saben, tenía ciertos contactos con experiencia militar... espero que no se ofendan. Fue, podríamos llamarlo así, una *presentación* desgraciada.

Antígona habló al fin.

–Jervais y Graves pagaron con sus vidas esa presentación.

–Y yo pretendo –dijo Estévez– que sean los últimos en hacerlo. Sin embargo, no me están facilitando las cosas. Se le pediré de nuevo, ¿van a volver conmigo a la Sala Maupassant o no?

–¿No siente el menor remordimiento? –murmuró Antígona–. ¿Por lo que ha provocado? Jervais era su pupilo, su protegido. Lo admiraba con verdadera devoción. Vivieron y trabajaron juntos durante años. Y es capaz de olvidarlo así...

–¿Olvidarlo así, señorita Baines? Jervais está muerto. No hay nada que yo pueda hacer para cambiar ese hecho. Pero sí que puedo, si me comporto con inteligencia y no me dejo caer en la melancolía, mantener con vida los demás. ¿Tan monstruoso es eso? ¿Tan poco respetuoso con los muertos? El deber de los vivos es seguir viviendo. Nada más, ni siquiera aquellos que, como nosotros, tenemos una vida antinatural. No puedo hablar del deber de los muertos. Cuando me encuentre en su austera compañía, confío en no dirigir reproches a aquellos que sigan entre los vivos. Ni tratar de impedir que hagan lo que es justo y necesario. Y ahora yo al menos me marchó. ¿Van a venir o se quedan aquí?

Antígona sacudió la cabeza con tristeza.

–No pretendo hablar por los demás –dijo–. Si deciden ir con usted, los libero de los juramentos realizados. Pueden irse de buena fe y empezar en otro lugar.

–Pero tú no vas –dijo Felton. Alzó la cabeza–. Así que no veo la necesidad de seguir aquí hablando con este fante. ¿Charlie?

–No hay trato, señor Estévez –dijo Charlie.

La decisión de Helena

–La cosa es muy sencilla, adepta –le explicó Himes–. Seguro que puedes entender nuestra posición. No podemos ignorar unos fallos de seguridad tan importantes, y mucho menos en el trascurso de una investigación oficial de la Casa Madre. ¿Qué mensaje enviaríamos a los novicios de esta casa, hmmm? La voluntad de la Casa Madre, el poder y la autoridad de la Pirámide no pueden ser desafiados ni contravenidos. Confío en que estemos de acuerdo en esto.

–¿Así que van lapidar a una novicia inocente hasta que se suma en el letargo para abandonarla luego al sol? ¿Para qué? ¿Para mantener su imagen frente a los moradores de la capilla? ¿Es lo que me están diciendo? ¿Se dan cuenta de lo estúpido y retrógrado que...?

–Cuidado –le advirtió Himes. Helena lo ignoró.

–Ya les he dicho que Anise no estuvo implicada en nada de eso. Es una de las mejores... Es leal, trabaja duro...

–Todo eso es irrelevante –la interrumpió Stephens–. Tu equipo de seguridad ha vuelto a estropear las cosas y alguien tiene que hacerse responsable. Ahora bien, si sabes de alguien que estuviera dispuesto a dar la cara y aceptar la responsabilidad por las carencias de tu equipo...

–Váyase a la mierda –replicó Helena–. Si no hubieran pasado toda la noche sometiéndome a un tercer grado, no estaríamos metidos

en este lío. De hecho, tengo la impresión de que si insisten en tratar de acabar con mi equipo de seguridad, las cosas van a empeorar de manera dramática. Y ahora, ¿qué tal si liberan a Anise y se quitan de en medio de una vez para que pueda hacer mi trabajo?

Stephens suspiró y se frotó el puente de la nariz con los dedos.

—De acuerdo —dijo.

Helena, sorprendida por su inesperada reacción, tuvo que tragarse una réplica enfurecida.

—¿De acuerdo? —repitió. Miró alternativamente a los dos hombres pero Himes no le devolvió la mirada.

—Muy bien, de acuerdo —dijo—. Dejaré libre a Anise. Pero necesito a alguien para dar ejemplo. Alguien que me permita demostrar a todos que esto no es ningún juego. En pocas palabras, necesito alguien para ocupar su lugar. Ahora, dame un nombre y un informe para respaldarlo y dejaré libre a Anise.

La mente de Helena pasó revista en un instante a los nombres de otros cuatro novicios que eran mucho más prescindibles que su experta agente de seguridad. Entonces profirió una imprecación, enfurecida con Stephens por aquella oferta que no era tal. Enfurecida consigo misma por estar tan presta a sacrificar a los novicios encomendados a su cuidado.

—¿Debo tomar eso como un no? —preguntó Stephens—. Bueno, la elección es tuya. Tú eres la jefa de seguridad. Dejaré la cuestión en tus... capacitadas manos. Si decides condenarla, es cosa tuya. Pero en el futuro, ahórranos estos pequeños espectáculos teatrales. También nosotros tenemos mucho trabajo que hacer y se está haciendo tarde. Así que si no quieres nada más...

—Himes —dijo Helena. La cabeza del Astor se giró hacia ella como impulsada por un resorte pero sus ojos no se apartaron de Stephens.

—¿Sí, adepta? ¿Algo más? —preguntó Himes.

—Habéis dicho que tenía que elegir; elijo a Himes.

Himes se levantó balbuceando pero Stephens le puso una mano en el brazo y le indicó que volviera a sentarse.

—Imposible —dijo Stephens. Ni siquiera levantó la mirada. Su atención se había vuelto ya al montón de dossiers desparramados

sobre la mesa. Abrió uno de ellos al azar y empezó a hojearlo—. Tiene que ser alguien de la capilla, un novicio posiblemente. Vamos a ver. ¿Qué tal éste? Anselm, Peter, Novicio, Quinto Círculo. Aquí dice que tuvo acceso a la renegada y al prisionero. Nos vendría de perlas. ¿Alguna objeción?

—El hermano Anselm está actuando como maestro de novicios en ausencia de Johanus —replicó Helena con tono tenso—. Hacer de él un chivo expiatorio sólo serviría para provocar el pánico entre los novicios.

Stephens ni siquiera esperó a que hubiera terminado de hablar. Cerró la carpeta bruscamente y la deslizó hacia Himes. Abrió otra.

—Jacqueline —leyó—. Novicia, Tercer Círculo. Aprendiz de Foley, Johnston, Secundus.

Himes se aclaró la garganta y a continuación le susurró algo a Stephens.

—Ah, sí. *Otra* de las víctimas. —Cerró el dossier y lo envió en la misma dirección que a *Anselm, Peter*—. Empieza a parecer que hace falta un listín para llevar la cuenta de los novicios asesinados.

—Mire, así no vamos a ninguna parte —objetó Helena—. ¿No pueden simplemente...?

—Jervais, Novicio, Tercer Círculo —la interrumpió Stephens—. Una hoja de servicios ejemplar. Me pregunto cómo ha terminado un chico como tú en un lugar como éste.

Se volvió hacia Helena con aire expectante pero ello no lo estaba mirando.

—¿No hay objeciones? —preguntó Stephens—. ¿Ninguna defensa apasionada de este personaje? ¿Ninguna razón por la que su presencia sea esencial para el bienestar, de la capilla?

—Jervais ha desaparecido —musitó Helena con aire miserable—. No ha aparecido desde hace dos noches. No está en la capilla.

Los ojos de Stephens despidieron un destello de furia pero en lugar de darle rienda suelta, cerró cuidadosamente la carpeta y, con agónica lentitud, la empujó hacia Himes. Se desgranaron los minutos mientras examinaba los restantes dossiers hasta encontrar el que estaba buscando.

También este lo empujó sobre la mesa pero no en dirección a

Himes sino hacia Helena. Yació entre ambos sin que nadie lo tocara, como una acusación que no podía ser sostenida ni educadamente retirada.

–Helena, Adepta –dijo Stephens. Le costaba mantener a raya su cólera–. Jefa de seguridad de la capilla. Toma el lugar de Anise y ella queda libre. Sin hacer preguntas.

Helena no levantó la mirada de la carpeta.

–La protegeremos –dijo Himes, ansioso por tranquilizarla–. Nos aseguraremos de que sale ilesa de todo este asunto. Tienes mi palabra.

Helena soltó un bufido.

–Su palabra.

Pero Stephens captó el temblor de la duda en su voz y subió la apuesta.

–Todos ellos. El equipo de seguridad entero. Tendremos que retorcer un poco las reglas pero nos encargaremos de que salgan de ésta. Serán trasladados discretamente a otras capillas. Puedes salvarlos, Helena. A todos ellos.

Helena guardó silencio durante largo rato. Percibía con absoluta claridad hasta el más pequeño sonido de la habitación. El chasquido metálico de Himes cuando se inclinaba hacia delante en su silla plegable. El crujido de los dossiers mientras Stephens volvía a reunirlos y el tamborileo de sus dedos sobre la mesa después de haberlos ordenado.

Cuando habló al fin, lo hizo con una voz grave y atronadora que transmitía una amenaza apenas disimulada.

–Bastardos –escupió–. Malditos bastardos.

Les dio la espalda y bajó del estrado.

–Si necesitas tiempo para pensarlo, Adepta –dijo Himes mientras se marchaba– estoy seguro de que podemos esperar hasta primera hora de la próxima noche a que nos des una respuesta.

Le dio un codazo a Stephens.

–Sí, claro –asintió éste, con voz conciliadora y suave como una víbora. Ya sabía que había ganado–. Hasta mañana por la noche, entonces. Buenas noches, Helena.

Helena ni siquiera se detuvo en el umbral. Sin volverse, gruñó:

–Por lo que a mí respecta, pueden matar a esa zorra.
Y salió dando un portazo.

Luz de luna por el cristal

–No pueden estar hablando en serio –dijo Estévez–. Les ofrezco una salida. Una que no les costará nada y sin trucos.

–Tal como yo lo veo –dijo Felton– te estamos haciendo un favor. Dejamos la ciudad. No volvemos a mencionar el asunto, en concreto tu papel en el asunto, a nadie. Tú quedas limpio y ni siquiera tienes que abandonar la ciudad. ¿Y qué sacamos nosotros?

–Lo que sacan, señor Felton, es que no los incapacito y se los entrego al príncipe.

–Puede que sí o puede que no –replicó Felton–. Así es como lo ves tú. Pero tal como yo lo veo, nosotros somos tres y tú sólo uno. Así que tal vez podríamos acabar contigo y entregarle tu apestosa carcasa al príncipe.

–Um, Felton... –trató de intervenir Antígona.

Si la había oído, no dio la menor señal de ello. En su lugar avanzó hacia el Tremere.

–¿Y por qué iba el príncipe a estar interesado en mí? –preguntó Estévez mientras en su rostro empezaban a formarse nubes de tormenta.

–¡Porque tú organizaste todo este tinglado y trataste de convertirlo en ceniza en el proceso! –gritó Felton–. Tú reuniste a Gerard y Jervais, sabiendo que encontrarían un "interés mutuo", sabiendo perfectamente qué interés sería y lo que pasaría como consecuencia de ello. Y por lo que yo sé, puede que fueras también tú el que sugirió a Jervais que tal vez había llegado el momento de acabar con la amenaza potencial que significaba Antígona.

–Una conjetura fascinante, estoy seguro –replicó Estévez con calma–. Pero hay un punto que no termino de tener claro: ¿por qué

iba el príncipe a creer unas fantasías absurdas como esas viniendo de... y les ruego que me disculpen por decirlo, unos personajes tan poco fiables? Puede que no conozcan a Calebros tan bien como yo. Pienso con gran cariño en las noches de agradables pasatiempos sociales que hemos compartido antes de su... desgraciado accidente. Si lo conocieran se darían cuenta de que es un hombre muy práctico. Se lo digo con franqueza: aunque estuviera inclinado a conceder alguna credibilidad a sus tabulaciones, seguiría queriéndolos muertos. Lo cierto es que en este asunto no tiene elección. Su gente y su reputación lo demandan. Supongo que me comprenden.

–Te diré lo que yo "comprendo" –continuó Felton, acercándose un poco más a Estévez. Pero se vio interrumpido por un repentino y discordante impacto. Rebotó en el umbral de la puerta como si fuera un muro sólido. Tras sacudir la cabeza, volvió a intentarlo. ¿Lo había cegado Estévez de alguna manera? El aire de la puerta parecía traslúcido y estaba volviéndose opaco a toda prisa. Era como si hubiese chocado con un panel de cristal tintado. Apoyó las dos manos en él y empujó. Era sólido. Extendió los dos brazos hacia los lados tratando de encontrar los extremos de la barrera, pero no pudo detectar abertura ni grieta alguna en el punto de contacto con la jamba.

También advirtió que cada vez resultaba más difícil distinguir el contorno de Estévez a través de la barrera. La superficie se había vuelto luminosa y reflectante. Para cuando terminó sus tanteos iniciales, Felton estaba mirando su propio reflejo.

Lanzó una mirada interrogativa a Antígona.

–¿Es alguna clase de magia de sangre?

Antígona se encogió de hombros. Sabía que allí estaba en desventaja. Sus incursiones en las artes de la taumaturgia habían dado pocos frutos. Un conocimiento teórico de los fundamentos con poco éxito práctico a la hora de aplicarlos. Sus esfuerzos resultaban más humillantes que productivos.

Su único éxito en ese campo se había producido recientemente y, podía decirse sin temor a equivocarse, había llegado tarde. Desesperada, había invocado un diagrama hermético que apenas llegaba a entender para tratar de frenar al Astor que la perseguía. Su

victoria, no obstante, había resultado pírrica. El diagrama había resultado ser un rito prohibido de taumaturgia oscura. Por culpa de aquella involuntaria incursión en las artes oscuras, ahora se encontraba exiliada de sus hermanos, de su orden y de su hogar.

Estévez le recordaba lo que había perdido, la promesa que la jerarquía de los Tremere había agitado frente a sus ojos, poco más allá de su alcance, durante setenta años. Él era un ejemplo de éxito, influencia y poder, no sólo por su posición como uno de los Tremere más respetados de la ciudad sino también por el poder arcano que podía convocar en su defensa. O, pensó, en detrimento de sus compañeros y ella.

—Mirad.

Fue la voz de Charlie la que interrumpió sus pensamientos. Estaba señalando el portal. Sobre su superficie de espejo, las marcas que habían dibujado los tres con sangre encima de la repisa resultaban ahora claramente visibles.

Antígona se volvió inmediatamente hacia la repisa pero descubrió que el espejo se había esfumado. Ahora no había más que un trozo de pared desnuda. Al mismo tiempo empezó a percibir un cambio en el oscuro interior de la habitación. Una luz pálida estaba cayendo directamente sobre ella desde el techo. No el áspero brillo de la luz artificial, sino la suave luminiscencia de la luz de la luna. Levantó la mirada y vio que el firmamento dominaba ahora el techo y que éste había perdido altura.

Sintió un momento de vértigo. Era como si la habitación entera se hubiese inclinado de repente hacia un lado: la puerta se había convertido en el espejo, el espejo en la pared opuesta y el techo en la puerta. Entornó la mirada pero la habitación se negó a recuperar su posición natural. Era como si de repente hubiera girado en torno a tres ejes diferentes.

Antígona se sentía como si fuera a enfermar. Era una sensación que llevaba sin experimentar muchos años como mínimo las décadas transcurridas desde que sus órganos internos se atrofiaran y encogieran hasta convertirse en reseca reliquias.

Salvo mi corazón, pensó, al tiempo que escuchaba los ecos de una risa distante y burlona y entreveía por un instante la sonrisa

esquiva del chacal. *Sé de buena tinta que mi corazón ha sido cuidadosa, metódicamente preservado.*

Antígona sabía que le esperaba un juicio final a manos del sonriente guardián de cabeza de chacal que custodiaba a los muertos. Se había burlado de él demasiadas veces con su juego de engaños, con su teatral flirteo con la muerte del que había salido indemne danzando. La última vez que se habían separado, Anubis la había liberado para que pudiera enfrentarse al juicio de sus iguales.

Estaba empezando a sospechar que no le había hecho ningún favor.

Había sido juzgada por los suyos, de acuerdo. Y había fracasado sistemáticamente. Primero con los representantes de Viena y luego, uno detrás de otro, con Sturbridge, Helena y Jervais.

Y ahora, según parecía, había encontrado un nuevo juez en Estévez.

Sintió el implacable escrutinio de la luna brillando sobre ella. Y hasta eso no era como debía, era una mentira. Sabía que había otro piso de apartamentos sobre aquél. Era imposible que pudieran ver el cielo abierto al otro lado del edificio.

Desde el otro lado del mirador, la voz de Estévez irrumpió en sus abatidos pensamientos.

–Tenía la esperanza –dijo– de que pudiéramos llegar a un acuerdo y nos separáramos como amigos. Lo cierto es que no había necesidad de que ninguno de ustedes muriera. Hubiera preferido que aceptaran mi oferta. Hasta hubiera modificado sus propios recuerdos y les hubiera enviado a mis posesiones del otro lado del mar para vivir allí con toda comodidad. Pero han sido ustedes demasiado orgullosos o demasiado tozudos o demasiado estúpidos como para aceptar mi generosa...

–Espere un momento. ¿Qué ha dicho sobre "modificar recuerdos"?

–No tiene sentido discutir sobre unos términos que ya han rechazado –replicó Estévez–. He expresado con toda claridad mi propuesta. Dejan el país; lo olvidan todo. Estoy convencido de que hubieran podido llevar una vida muy feliz en mis viñedos vieneses. Sí, estoy seguro de que hubiera sido la época más feliz que cualquiera de

ustedes hubiera recordado.

–Ahora volved a preguntarme por qué no hago tratos con los Tremere –dijo Felton, asqueado. Lanzó una mirada acusatoria hacia Antígona, recordando su propio y letal juego de "negociaciones" la primera vez que había solicitado santuario en la capilla.

–Pero ahora todo esto carece de sentido –dijo Estévez –. Puesto que parecen empeñados en causarme problemas a mí, el que iba a ser su benefactor, he decidido cambiar mi anterior decisión de entregárselos al príncipe. Van a morir aquí, creo. Esta noche. O más bien, esta mañana.

Antígona sintió un escalofrío y volvió a levantar la mirada hacia el cielo. La luna le dirigía una mirada muda mientras se deslizaba en dirección oeste. Pero no podía dejar de pensar en el destino que les esperaba a todos ellos cuando el sol se alzara para ocupar su lugar.

Un golpe. Un arañazo. Un empujón.

El ruido llegó hasta Sturbridge, tenue pero regular, desde el pasillo negro como el carbón que se extendía frente a ella. No era un sonido que invitase a continuar.

Algo propinó un fuerte golpe a la pequeña puerta con forma de ataúd que había a su espalda y ésta se abrió de par en par, chocó contra la pared y rebotó.

Por un instante Sturbridge vio, perfilada en la entrada, la colosal zarpa de color rojo óxido que había dado el golpe y eso fue suficiente para ella. Se levantó las faldas y huyó pasillo adelante.

Pasados varios minutos sus brazos, extendidos delante de sí, estaban ya llenos de golpes. Trató de captar los sonidos de un posible perseguidor a pesar de que tenía la cabeza llena de truenos y algodón. Estaba tan oscuro que no se hubiera percatado de la

presencia de las paredes de piedra de no haber sido por los numerosos giros y bifurcaciones del pasillo que afirmaban su presencia de manera dolorosa.

Con creciente aprensión, se dio cuenta de que estaba empezando a cansarse y cada vez avanzaba más despacio. Tropezaba a menudo, y en una ocasión cayó de bruces por culpa de la grava del suelo. Mientras trataba de ponerse de nuevo en pie, reparó por vez primera en los huesos.

Al apoyarse en el muro para ponerse en pie, descubrió que, en lugar de topar con la solidez de la superficie vertical, su mano continuaba hundiéndose en la oscuridad. Sacudió los brazos y trató de sujetarse de alguna manera y al hacerlo descubrió que había metido el brazo hasta el codo en un nicho de la pared. Algo rodó bajo su mano.

Sturbridge retrocedió, pensando en serpientes, ratas, arañas y media docena de alimañas más que podían estar esperando en la oscuridad a que un incauto extendiera la mano. Oyó el sonido inconfundible de algo que empezaba a moverse en el interior del nicho. Se quedó helada, temiendo apartar la mano o incluso moverse mientras aquello se le acercaba.

Dio un respingo al oír que algo caía con estrépito metálico al suelo, rebotaba y volvía a incorporarse. Sturbridge sintió su peso sobre el pie. No bajó la mano para cogerlo. No necesitaba ver para saber lo que era. Había oído el ruido que hacía al caer, chocar, posarse en el suelo: el sonido vacío y musical de cada impacto. Se acordó de la flauta de marfil que había tenido de niña. Se aferró a esta reconfortante (aunque falsa) imagen y la sostuvo frente a sí como un escudo mientras se apartaba del nicho y de los restos maltrechos que contenía.

Ahora se movía más lentamente, con mayor parsimonia. Con los ojos entrecerrados, trataba de distinguir el contorno de otros nichos que pudiera haber a ambos lados de la pared. Apenas veía las propias paredes. Mientras el furioso pánico de la Bestia remitía un poco, se percató de dos cosas casi al mismo tiempo. En primer lugar, no oía ya a su perseguidor. En segundo lugar, estaba perdida sin remedio.

El silencio parecía volver más densa la oscuridad. Sturbridge trató de concentrarse pero sus pensamientos no encontraban

acomodo en los cambiantes cimientos del silencio y la oscuridad. Sabía que en los viejos cuentos, cuando el héroe se perdía en un laberinto, debía dar media vuelta, apoyar una mano en la pared y, sin interrumpir jamás el contacto, seguirla hasta la salida. Sturbridge no estaba impaciente por recorrer aquellas paredes con las manos.

Su mente se negaba a concentrarse en la tarea que tenía entre manos. Sus pensamientos se empeñaban en regresar al espeluznante descubrimiento. Dos posibilidades igualmente descorazonadoras se presentaron ante ella. Lo primero que se le ocurrió fue que había topado con algún secreto terrible. Alguien había metido un cadáver por la puerta en forma de ataúd, lo había arrastrado por los serpenteantes pasillos y lo había ocultado allí, en el oscuro hueco del nicho. Si era así, se trataba de un caso de juego sucio y muy posiblemente asesinato. ¿Por qué otra razón iba alguien a tomarse tantas molestias para ocultar un cadáver?

La segunda posibilidad llevaba algún tiempo tratando de salir a la superficie. Sturbridge había tenido mucho cuidado de impedir que se colara en sus pensamientos pero su resolución empezaba a titubear. ¿Y si no se trataba de un hecho aislado? ¿Y si la pequeña puerta del patio de la iglesia estaba acostumbrada a recibir a los muertos? ¿Y si se encontraba en el interior de una vasta cripta y hasta el último pasillo de aquel laberinto extendido de galerías estaba lleno de nichos que custodiaban las hambrientas huestes de los muertos? Era un pensamiento depredador. Rondaba los linderos de su mente, impaciente por abrirse camino a dentelladas.

Un sonido familiar irrumpió en sus conjeturas. Su ritmo regular era como un ancla. Sturbridge se dio cuenta de que no la había abandonado desde que entrara en aquellos túneles. Incluso en medio de su huida febril, su ritmo había estado allí, infiltrándose en el ruido de sus pasos, dándoles su ritmo. Acechaba justo debajo de la superficie, como un parteaguas, invisible pero reflejando la ruptura de las olas sobre él.

Un golpe. Un arañazo. Un empujón.

Se encontró avanzando de nuevo, gravitando hacia el sonido. Lo siguió por la aparentemente interminable galería de pasadizos. No se detenía para examinar las bifurcaciones. Algunas veces se preguntaba

si un camino que había elegido la acercaba o la alejaba del ruido, pero nunca daba la vuelta. Seguía al sonido por la oscuridad, sin advertir que ya no chocaba con las paredes o las rozaba siquiera.

No tardó en avistar una luz delante de sí. Al acercarse descubrió sin demasiada alegría que ahora podía distinguir claramente el contorno de las paredes a ambos lados. No pasó mucho tiempo antes de que un nivel aún mayor de detalle empezara a manifestarse. Sturbridge mantenía la mirada fija en lo que tenía delante, tratando de no prestar atención a las manchas oscuras que a intervalos regulares se abrían en las paredes.

Sólo las esquinas, rincones y recodos parecían libres de aquellas oscuras cicatrices. De vez en cuando la luz brillaba sobre algo metálico en el interior de algún nicho pero Sturbridge apretaba el paso y no investigaba más.

Al cabo de poco tiempo se hicieron evidentes otros detalles. Las paredes parecían cubiertas de escritura: símbolos, pictogramas, runas y letras. Algunos de los mensajes estaban pintados en las paredes y otros grabados en su superficie. Había luz suficiente para leerlas, de haberse detenido Sturbridge para hacerlo. Pero no lo hizo, por miedo a examinar las grietas oscuras que puntuaban aquellas frases.

Algo hormigueaba en los rincones de su percepción y a Sturbridge no le gustaban sus familiares tanteos. Para distraerse, empezó a contar los pasos que había entre cada intersección. Por desgracia, al hacerlo aumentó su consciencia de lo que estaba tratando precisamente de ignorar. Se dio cuenta de que las oscuras aberturas estaban separadas unos dos pasos entre sí. De hecho, descubrió que sus pisadas empezaban a ajustarse a su ritmo:

Uno, dos, nicho. Cuatro, cinco, nicho. Siete, ocho, nicho. Diez, once, giro. Uno, dos, nicho... No tardó en encontrarse contando nichos en lugar de pasos.

Uno, paso, paso, dos, paso, paso, tres, paso, paso, giro, paso, paso, uno, paso, paso...

Solapado con este ritmo estaba el constante *un golpe, un arañazo, un empujón* perfectamente acompasado, atrayéndola cada vez más.

Por el rabillo del ojo, podía ver que las cosas empezaban a

deshacerse, un mundo mal iluminado que se destroquelaba frente a los avances de la luz tenue y danzarina. Fundiéndose con las sombras conforme pasaba ella.

Se sentía irreal, privada de peso o sustancia. Como una luz parpadeante proyectada sobre grietas de medianoche de siniestro significado.

Provenientes de algún lugar bajo la superficie del ritmo de la danza, sintió otros sonidos que tiraban de ella. Le llegaban desde gran distancia, desde los nichos del colosal laberinto de galerías: el goteo del agua que caía, el arañar de diminutos piececitos con garras, el zumbido del viento entre los huesos, el estruendo de una puerta que se abría y se cerraba, se abría y se cerraba. Apretó el paso. El ruido aumentó en intensidad y agudeza hasta convertirse en un aullido. Sturbridge empezó a correr.

Dobló un recodo y de repente, se encontró frente a la fuente de la luz y se quedó ciega. Sturbridge trató de detenerse pero resbaló sobre la gravilla del suelo. El aullido que parecía perseguirla se retorció y se trocó por un grito y ella cayó con todo su peso sobre la linterna que descansaba muy cerca, la volcó y derramó aceite por todas partes. Las llamas extendieron los brazos hacia ella.

Fue a caer sobre el estómago y al levantar la mirada se encontró con la figura inclinada de un hombre. El hombre le estaba dando la espalda pero veía que llevaba la túnica negra de un novicio, idéntica a la suya. El desconocido no podía encontrarse ni a dos pasos de distancia.

Al escuchar el ruido de la confrontación, se incorporó. Su pala reflejó la luz cuando se elevó. Estaba llena de grava y tierra de sepulcro.

Sturbridge sintió un intenso dolor que subía por su espalda. Olió a pelo quemado. El aullido volvió a escapar de los labios del hombre con fuerza redoblada.

Se hizo un ovillo como un trozo de pergamino demasiado próximo a una vela. Se tiró de la túnica, tratando de liberarse. Gritó al novicio pidiendo ayuda.

Ahora estaba directamente sobre ella, ajeno al hecho de que podía verse atrapado en las letales llamas mientras ella seguía

sacudiéndose y dando patadas. Se le había bajado la capucha y Sturbridge se encontraba lo bastante cerca para poder ver las llamas reflejadas en los ojos hundidos del viejo monje.

Sturbridge gritó mientras la oscuridad se cernía sobre ella. Lo último que vio fue el rostro del monje. El fuego transformó la cara en un paisaje agostado de ángulos agudos y nichos envueltos en sombras: un cráneo descarnado.

Pero entonces las luces cambiaron y el rostro se volvió más suave. Sturbridge se encontró contemplando absorta el laberinto de arrugas que se extendía por las facciones del monje. Sabía que de alguna manera era posible seguir aquellas líneas hasta llegar a la puerta con forma de ataúd. Seguro que Dorfman la estaba buscando. Probablemente la llamarían para que explicara su comportamiento a la consejera.

Lo último que Sturbridge oyó fue *el golpe* familiar de una pala al soltar su carga de tierra de sepulcro. Entonces llovió tierra sobre ella y se entregó al abrazo del olvido.

Había algo en aquella luna, su contorno allí sobre sus cabezas, que resultaba ominoso. Recordaba a Antígona el otro orbe celestial que pronto tendría que adoptar su más hostil apariencia.

—Esto es absurdo —dijo Felton. Bajó el hombro y cargó contra el panel de cristal que bloqueaba la salida. Éste se estremeció pero aguantó su acometida y Felton salió despedido varios pasos hacia atrás. Recobró la compostura lo mejor posible en semejantes circunstancias—. Muy bien. Muy divertido, caraculo —gritó—. Y ahora, ¿qué tal si terminas con esta mierda de una vez y nos dejas marchar antes de que los sentimientos de alguien salgan heridos?

—Me temo que no, señor Felton —dijo la voz de Estévez desde

detrás de la puerta—. Han tomado una decisión y ahora deberán vivir con las consecuencias. Aunque puede que "vivir" no sea la palabra más apropiada en este caso.

—Muy bien —replicó Felton. Se echó atrás y propinó un puñetazo a la pared a la derecha de la puerta. Si hubiera habido una persona en la trayectoria de aquel golpe, la habría hecho papilla. En este caso, el puño de Felton se hundió hasta la muñeca en la pared. Salió despedida una nubécula de polvo gris.

Felton maldijo con todas sus fuerzas.

—Como sin duda acaba de descubrir el señor Felton, la barrera con la que he encerrado su pequeña celda forma un circuito completo. Cualquier esfuerzo en esta dirección dará tan escasos frutos como el anterior... a menos, claro, que tomen en consideración la rara posibilidad de topar con las cañerías o la red eléctrica. Cualquiera de estas posibilidades, no les quepa duda, conseguirá que resulte menos agradable aún el breve período de su confinamiento.

Felton logró sacar el puño, comprendiendo que su estallido podía haber provocado una rápida liberación por vía de electrocución. O, peor aún, podía haber reventado una cañería y haberlos condenado a una muerte lenta por asfixia.

—¿Y ahora qué? —preguntó—. Supongo que se marchará a poner en práctica su maquiavélico plan para apoderarse de Gotham, dejándonos aquí atrapados en esta ingeniosa trampa mortal.

—¿Hmmm? —replicó Estévez, distraído—. Oh, ya veo. Pero no, en realidad no. Tiene usted razón en que tengo asuntos importantes que atender en otra parte pero me quedaré un rato más. Lo que voy a hacer ahora es modificar un poco su perspectiva. Si realineo su ventana que da al mundo exterior, creo que podría encontrarles un precioso día soleado en alguna parte. ¿No sería estupendo? ¡Ah, sentir el sol de nuevo en la cara, después de tantos años! Pero por desgracia, no es para mí. Yo lo único que quiero es ver la expresión de sus caras; ésa será recompensa suficiente. No, no hace falta que me lo agradezcan, sólo conseguirían que me sonroje.

Mientras él hablaba, Antígona empezó a darse cuenta de que en efecto la perspectiva sobre sus cabezas estaba cambiando. La vista cambió de un cielo despejado iluminado por la luz del sol a un muro de

niebla envuelto en una luz espectral que evidentemente no podía verse desde ningún punto de la ciudad de Nueva York. Y a continuación al sereno y verde dosel de un bosque tropical contemplado desde arriba.

–¡Basta! –gritó Antígona–. Ya basta. Usted gana. Díganos lo que quiere para que podamos salir de aquí de una maldita vez.

–Lo que quiero –dijo Estévez– es no tener que pensar en ninguno de ustedes nunca más. Les he hecho una oferta generosa y me la han arrojado a la cara. Mañana, como suele decirse, será otro día. Y estoy seguro de que el amanecer me traerá una perspectiva nueva. Sí, a la luz del día puede que parezca que todas mis preocupaciones no son más sustanciales que polvo y cenizas.

Antígona comprendió perfectamente su insinuación.

–Eugenio, debe de haber algo que pueda hacer para convencerte de que al menos dejes que Felton y Charlie se marchen. Les obligaremos a hacer un juramento de sangre. Les borraremos la memoria. Les...

–¡Y una mierda! –la interrumpió Felton, pero Antígona no dignificó su estallido con nada más que una mirada furiosa.

–No, no –dijo Estévez–. He retirado mi oferta. Confíe en mí. Esto es lo mejor, lo mejor para todos nosotros.

Sobre sus cabezas, el escenario continuaba inclinándose. Antígona veía cómo se les acababa el tiempo, cómo pasaba ante sus mismos ojos.

–¿Entonces no hay nada que pueda decir o hacer para conseguir que cambies de idea? –preguntó.

–Me temo que debo mostrarme de acuerdo con su evaluación de la situación, señorita Baines. Es una lástima. Hubiera preferido infinitamente que no se hubiera llegado a esta situación, pero aquí estamos. Sin tiempo, sin opciones.

–Entonces no me deja elección –dijo ella.

–Exacto.

–Lo que quiero decir es que no me deja otra elección que desafiarlo formalmente. Como prescribe la regla de nuestra orden.

–Lo siento mucho, Antígona, pero no habrá más apelaciones. La decisión me corresponde a mí. La Regente Sturbridge, como sin duda

sabes, ha sido llamada a la Casa Madre de Viena. Y eso me deja a mí, temporalmente, como el representante de mayor rango de la Pirámide en nuestra hermosa ciudad. Lo siento, Antígona, pero me temo que debo reafirmar mi anterior decisión. Tu pequeño aquelarre, tu Conventículo, creo que lo llamas, y tú habéis sido sentenciados a ejecución sumaria por vuestra participación en la conspiración para acabar con la vida del príncipe.

—No, no lo has comprendido —dijo Antígona—. No estoy desafiando tu decisión. Te estoy desafiando a ti personalmente, de acuerdo a los ritos ancestrales establecidos por nuestro Padre y Fundador. Demando un juicio por *certamen*.

Estévez se quedó boquiabierto. Entonces se dibujó una sonrisa en su semblante. Y antes de que pasara mucho tiempo, estaba riendo a mandíbula batiente.

—¿Tú? —preguntó—. Te ruego que me disculpes, novicia, pero esto es un giro completamente... —sucumbió a un nuevo ataque de risa—... completamente inesperado del curso de los acontecimientos.

Antígona lanzó una mirada furiosa al cristal reflectante.

—Tal como tú has dicho, hubiera preferido que no llegáramos a esto, pero no me has dejado elección.

—Oh, la creo, señorita Baines, estoy completamente convencido de que no le quedan alternativas. Pero lo cierto es que es un farol absurdo. Sabe perfectamente que usted, una mera novicia y además... espero que me permite por señalarlo, una novicia no especialmente *dotada*... ¡No, es ridículo! Le ruego que no me malinterprete. Aunque me impresiona que en el transcurso de sus estudios haya logrado encontrar alguna referencia pasajera al refinado arte del combate arcano, debe usted admitir que su conocimiento no puede pasar en este caso de lo superficial y académico. Yo, en cambio, soy un reconocido taumaturgo y la forma de combate místico que pretende usted invocar no me es en absoluto desconocida. No, sencillamente no puede hacerse. Considerar siquiera semejante propuesta sería mofarse de uno de nuestros más sagrados ritos. Y desde luego no habría ningún honor en ello. ¡Asesinar a una novicia indefensa, que ni siquiera ha logrado dominar los fundamentos más sencillos de las artes de la sangre! No, es del todo imposible. Ha sido un noble intento.

Eso se lo concedo. Pero está completamente descartado.

–No te estaba ofreciendo alternativa –dijo Antígona–. Estaba demandando un juicio por *certamen*. Ser juzgada de acuerdo a una de las más antiguas tradiciones de nuestra noble casa.

–Entonces es que es usted una jovencita muy estúpida –dijo Estévez–. Muy bien. Lance su desafío. Si logra usted vencerme en esta insensata contienda, sus amigos y usted podrán marcharse libremente.

–Eso no es precisamente lo que tenía en mente –dijo Antígona–. Te desafío por el poder de *charter*. Cuando te venza, cederás tu derecho de audiencia y juicio *in loco regentiae*, en ausencia de la Suprema Regente Sturbridge.

–¿Y tú juzgarás entonces tu propio caso? Sí, ya veo. No careces de ambición. Muy bien, sea como quieras, pues. Como desafiado, es mi derecho establecer tres condiciones para el enfrentamiento. Si no consigues satisfacer alguna de ellas, habrás perdido. ¿Entendido?

Antígona recordaba vagamente haber leído algo sobre esto en alguna ocasión, pero no hubiera podido asegurar si en el contexto de las convenciones establecidas con respecto al *certamen* o en un caso de protesta por abusos de sus antiquísimas especificaciones. En este punto, no tenía más remedio que acceder. Asintió para indicarle que continuara.

–Mi primera condición se refiere al lugar del desafío. Se celebrará en el Grande Foyer de la Capilla de los Cinco Distritos.

Antígona hizo ademán de protestar. Lo último que podía permitirse en aquel momento era regresar a la capilla. Tal como estaban las cosas, era una fugitiva de la Pirámide Tremere. No se hacía ilusión alguna sobre el destino que le esperaba tras los muros de la capilla y a manos de los Astores si alguna vez volvía a presentarse allí. Sin embargo, parecía que era la única alternativa a un rápido y ardiente fin para sus compañeros y para ella.

–Hecho –dijo–. ¿Tu segunda condición?

–Mi segunda condición es que te sometas a un estricto voto de silencio desde ahora hasta el momento del *certamen* propiamente dicho. No le hablarás a nadie de mí, y en esto se incluye nuestro encuentro, nuestro inminente desafío y en especial tus absurdas

acusaciones contra mí persona. ¿Lo entiendes? Bien. Además, dado que no puedo confiar en que tus asociados acaten las convenciones de nuestra orden, ellos permanecerán aquí hasta después del desafío.

De nuevo Antígona se sintió tentada de discutir pero sabía que no le quedaban opciones. Lanzó una mirada de preocupación al desconocido cielo que se veía por la ventana que tenía encima, tratando de evaluar cuántas horas podían quedar hasta el amanecer. Sin saber siquiera adónde miraba aquella ventana, resultaba difícil de decir. Pero al menos debían de ser algunas horas. Confiaba en que fuera suficiente.

–Muy bien –dijo–. Ésas son dos. ¿Tu última condición?

–Mi última restricción me la reservo hasta antes del desafío. Te dará algo en que pensar hasta que llegue el momento. Yo regresaré a la capilla directamente para preparar el ritual. Te sugiero, por el bien de tus amigos, que hagas lo mismo. Convince a tus amigos de que se aparten y abriré la puerta para ti. Temporalmente, por supuesto.

Antígona se volvió hacia Charlie y Felton.

–Lo siento –dijo–. Lo he intentado. Pero no había otra...

–Chsssst –la interrumpió Charlie–. No te preocupes por nosotros. Tú encárgate de ti misma. Te esperaremos aquí. No vamos a ninguna parte.

–¿Felton? –preguntó con aire titubeante.

Felton estaba mirándose los zapatos.

Antígona trató de sonreír y recogió su bolso de la repisa. Trató de reunir los elementos rituales que yacían desperdigados sobre la repisa. Al final desistió y lo metió todo en el bolso, derramando tiza y cera fundida sobre el suelo.

–Bueno, supongo que esto es una despedida –dijo. Se colgó el bolso del hombro, enderezó la espalda y se encaminó a la puerta. Felton se interpuso en su camino.

–Si piensas que voy a dejar que...

Ella lo interrumpió poniéndole un dedo en los labios.

–Adiós, señor Felton.

Felton rehuyó su contacto con un movimiento brusco.

–Ésta tiene que ser la peor idea que has tenido en toda tu vida. Y no es que las anteriores fueran demasiado buenas...

–Deséame suerte, Felton.

Él reconoció la mirada de determinación en su rostro. No iba a cambiar de idea. No volvería a verla. Sacudió la cabeza y soltó un bufido.

–Rómpele el cuello –dijo.

Ella sonrió y pasó a su lado pero él la detuvo de nuevo y, con cierta torpeza, la rodeó con el brazo.

–Y dale una de mi parte –susurró.

Antígona le devolvió el gesto fugazmente. Casi sin darse cuenta, se volvió para mirar el espejo. Incluso desde aquel ángulo, no detectó nada sospechoso en sus movimientos o actitud cuando sintió el peso del arma en el bolso.

Felton la apartó extendiendo los brazos y la mantuvo allí durante una fracción de segundo.

–Demonios, dale seis de mi parte.

Ella asintió con rigidez y se apartó del todo. Sin mirar atrás una sola vez ni decir una palabra más, caminó directamente hacia el panel de cristal. La barrera parpadeó un instante cuando entraron en contacto y a continuación desapareció.

Felton hubiera jurado que, en aquel momento, justo antes de que se tocaran, veía que las líneas de su cuerpo se doblaban y se estiraban hacia el cristal, como una gota de agua estirándose en toda su longitud hacia un dedo extendido.

Contó los segundos. Uno... dos... tres...

Seguía sin oír la pistola. No lo entendía.

Y entonces, de repente, pensó que sí lo entendía.

Maldijo y se hizo un ovillo en el suelo para esperar la llegada del sol.

Helena caminaba hecha una furia por los vacíos corredores, con la cabeza gacha y las manos metidas en los bolsillos de la túnica. No frenó su paso hasta que oyó el sonido de sus propias pisadas, regresando a ella desde los vastos espacios vacíos del Grande Foyer, delante de sí. Entonces, tras mirar en ambas direcciones para asegurarse de que nadie la estaba observando, reunió valor y entró en la gran estancia.

Reinaba en la cámara un silencio completo, roto tan solo por la pequeña figura abandonada en su centro, encadenada entre dos pilares.

Anise estaba inmóvil, caída hacia delante. Las cadenas eran lo único que impedía que se desplomara. Helena podía ver cómo se le clavaban los afilados bordes de los grilletes en la carne. Unos intensos regueros rojizos le manchaban los brazos hasta los codos antes de ir a perderse en las oscuridades de sus mangas. Una tímida llovizna de gotas había logrado escapar y yacía a su alrededor, formando un curioso patrón, un mosaico de color sangre en el suelo. A juzgar por las apariencias, Anise estaba muerta. Tenía los ojos vidriosos y fijos en algún oscuro detalle del suelo.

—¡Anise! —susurró Helena con premura, mientras se le acercaba sigilosamente—. Anise, soy yo, Helena... te dije que volvería a buscarte. ¿Estás bien?

La cabeza de la novicia resbaló a un lado pero no levantó la mirada.

Conteniendo su inquietud, Helena se adelantó. Era consciente de que se estaba poniendo al alcance de unas garras y colmillos letales. Anise estaba herida, gravemente herida. Helena sabía que si lograba obtener de ella una respuesta, casi con toda seguridad sería violenta. La adepta tenía pruebas más que de sobra de que la novicia había perdido ya su lucha con la Bestia. El impulso primario de matar y alimentarse se había alzado ya con la victoria. Si la adormecida criatura escogía aquel momento para despertar...

Un gemido torturado escapó de sus agrietados labios. A tan corta distancia, Helena pudo ver que estaban cortados y muy pálidos. Habían perdido todo el color. Un par de gusanos ciegos de color blanco, enroscados entre sí y retorcidos, tratando de escapar de la luz.

La cadena tintineó y Helena vio que la chica cerraba uno de sus puños y sus dedos se asían a los herrumbrosos eslabones de hierro. Supo que tenía que actuar deprisa.

Se metió la mano derecha en la boca y se hizo un corte en el pulgar con la punta de un colmillo extendido. Con la otra mano agarró la enmarañada mata de cabello pelirrojo de la novicia y de un tirón le echó la cabeza atrás para poder mirarle directamente los ojos.

En cuanto entró en contacto con la novicia, la severa voz del daemon de seguridad emergió crepitando de los altavoces que había por toda la sala:

–Alarma de violación de seguridad: el contacto físico con la condenada está prohibido. Helena, Adepta, suelta inmediatamente a la prisionera y apártate tres pasos. Si no lo haces...

–Anulación –exclamó Helena con voz irritada–. Intervención médica de emergencia.

Hablaba con voz tranquila y segura. Clavó la mirada en los ojos de Anise pero no encontró allí ningún rastro de reconocimiento y apenas el menor brillo de consciencia.

Con su pulgar ensangrentado, Helena trazó una estrella de cuatro puntas en la frente de la novicia.

–Acceso denegado –replicó el daemon del sistema–. La prisionera ha sido condenada a muerte. La asistencia médica interfiere de manera directa con esta sentencia. Todo intento ulterior de prestar asistencia médica se considerará un intento de subvertir una sentencia justa y provocará que se te adjudique la condición de objetivo.

Cuando el tenue aroma de la vitae empezó a envolverla, Anise parpadeó una vez, dos...

–¿Qué demonios...? –El murmullo desorientado de la novicia se vio casi ahogado por el siseo y el zumbido de los sistemas defensivos al pivotar y apuntar.

Helena se apresuró a retroceder un paso y bajar las manos, para demostrar al daemon de seguridad que no representaba ninguna amenaza.

–¿Helena? –preguntó Anise. Dio un paso vacilante hacia su superiora y pareció confundida al descubrir que no podía seguir avanzando. Dirigió una mirada estupefacta a la cadena, ahora tensa,

que la mantenía prisionera.

–Objetivo adquirido –dijo el daemon, esta vez en voz más alta–. Helena, Adepta, se te ha ordenado retirarte a una distancia de tres pasos y permanecer allí. Cualquier intento posterior de entrar en contacto de cualquier manera con la condenada, sea para ayudarla o para causarle daño, recibirá una respuesta armada.

Helena retrocedió otro paso. Clavó los ojos en los de la novicia. Podía ver la pugna que estaba teniendo lugar en su interior, mientras la Bestia se desperezaba de su sueño y empezaba a abrirse camino a zarpazos hacia la superficie de la consciencia. Ya casi no quedaba tiempo y tenía que hacer que Anise comprendiera.

–Lo siento, Anise –dijo–. Te prometí que volvería para sacarte de esto.

–No... no entiendo –balbució la novicia. Y luego, con desesperación–. ¡No he hablado! No les he contado nada. No sé cómo lo supieron. No paraban de hacerme las mismas preguntas, una vez tras otra. Sobre el incendio, sobre el prisionero, sobre Antígona. Pero no me escuchaban. ¿Qué se supone que tenía que decirles? –Casi estaba sollozando.

Helena sacudió la cabeza.

–No pasa nada. No has hecho nada. Ya ha acabado. Ya no pueden hacerte nada más.

Con el pulgar aún manchado de sangre, trazó el patrón de una estrella de cuatro puntas sobre su mano izquierda. Comenzaba en la punta de su dedo anular, pasaba sobre su muñeca y desembocaba en la mitad de su antebrazo. Era el símbolo de Sturbridge. La espada flamígera. El sello estaba grabado en el mismo mármol del estrado de la Sala de Audiencias. Helena había estado de pie sobre él, poco antes, cuando se había enfrentado a Himes y Stephens y había sido humillada.

Si la regente hubiera estado allí, Helena lo sabía, esto es lo que habría hecho.

El brazo izquierdo de Helena –con la palma hacia abajo y totalmente extendido desde el hombro– describió un rápido arco entre las dos. Pasó a dos dedos de la novicia pero sin llegar a tocarla. Mientras lo hacía, brotaron sendas luces de las estrellas que había en

la frente de Anise y en la palma de la mano de Helena.

La cabeza de Anise cayó al suelo, cortada limpiamente a la altura de los hombros.

Helena había mantenido su promesa. Había vuelto con la novicia, la había liberado y la había llevado para siempre más allá del alcance de los Astores.

Sin embargo, no tuvo tiempo de disfrutar de su desafío. Hubo una ruidosa réplica, se extendió un olor a ozono y Helena se desplomó sin sentido sobre el suelo de mármol.

_____ 22 _____
Lágrimas de máscara

Antígona frenó el paso al topar con la visión de la ruina destripada que hasta entonces había sido el Instituto Franklin n° 3. No había estado allí desde la noche del incendio, la noche que Johanus y ella habían escapado por poco del edificio antes de que volara por los aires.

Ahora su visión, su inmediatez, la detuvo en seco. La fachada del edificio estaba manchada de negro, recorrida por lo que parecían las lágrimas de una máscara. Los destrozados ojos que eran sus ventanas estaban tapados con planchas de madera contrachapada. En algunos sitios el techo había cedido del todo y en aquel momento una Titubeante voluta de humo ascendía sinuosamente hacia el cielo desde los escombros.

Casi era más de lo que podía soportar. Aquella noche, el gimnasio que hacía las veces de centro de mando había estado atestado de Vástagos, refugiados que huían de los desastres provocados por la conquista de la costa este por parte del Sabbat. Antígona trató de calcular la magnitud de la pérdida. Las bajas provocadas por aquella solitaria noche de terror excedían probablemente la población de vampiros de muchas ciudades de la Camarilla. Habían acudido en tropel para presentarse ante el príncipe,

tal como exigía la tradición. Para pedir su bendición antes de instalarse en la ciudad, recientemente liberada por la Camarilla, el último baluarte que quedaba en el este frente al voraz avance del Sabbat.

Estos eran los desechos del día después, una inundación de parias e inmigrantes, oportunistas y buscadores de fortuna, miserables, anarquistas, pioneros y proscritos que se había cernido sobre la ciudad. Cada uno de los recién llegados estaba decidido a hacerse con un pequeño pedazo de aquella Gran Manzana de color rojo sangre. Parecía que todo el mundo tenía un sueño, o al menos un plan. Pero en apenas un instante, todos sus planes, esperanzas, ambiciones y aspiraciones se habían venido abajo en un holocausto de fuego.

Ella había huido de Johanus aquella noche, lo había abandonado a la hercúlea tarea de la reconstrucción. No le envidiaba en absoluto la misión de eliminar toda evidencia de que algo inusual hubiera ocurrido allí y de arreglar las cosas con la policía, los bomberos, los equipos de protección civil y la prensa. Y desde luego él no iba a perdonarle fácilmente el hecho de que le hubiera dado la espalda.

Pero tenía que intentarlo. No tenía nadie más a quien acudir. Antígona había sido exiliada y declarada renegada por su propia casa. Y ahora iba a regresar a la capilla para enfrentarse a la ira de Estévez y los Astores. Los agentes especiales enviados por Viena tenían fama de desplegar una eficacia implacable para resolver los problemas. Y lo cierto es que no tenían razones para guardar un buen recuerdo de Antígona.

Podía acudir a los Nosferatu. Emmett había accedido de mala gana a ayudarla y mantenerla a salvo cuando se habían separado. Y había cumplido su palabra. Antígona, sin embargo, no sabía por cuanto tiempo podía seguir confiando en su buena disposición.

Y Emmett no era la persona más adecuada a la que acudir en aquella situación. Tenía cuentas pendientes con el señor Felton y todos los argumentos cuidadosamente reunidos por Antígona no habían conseguido convencer al testarudo Nosferatu de lo contrario.

De modo que allí estaba. Johanus poseía los conocimientos y la

experiencia taumatúrgica que hacían falta para sacar a Felton y a Charlie de la situación en la que se encontraban. Y además, en el pasado, siempre se había portado bien con ella. Antígona no se engañaba creyendo que lo hubiera hecho por cariño hacia ella pero Johanus había sido uno de los mejores maestros de novicios durante el prolongado aprendizaje de Antígona y su actitud protectora para con sus antiguos pupilos seguía marcando su relación.

Antígona nunca había abusado de su confianza y después de que le hubieran sido encomendadas otras cometidos –en circunstancias que en su momento habían provocado un cierto escándalo– ella se había esforzado siempre por seguir tratándolo igual, como un confidente y un mentor. De este modo, no era ninguna coincidencia que él, a cambio, siguiera viéndola como alguien a quien había que proteger, instruir y devolver al buen camino cuando se extraviara. Antígona sabía que el primer impulso del adepto sería ayudarla si podía hacerlo. Contaba con obtener lo que necesitara antes de que el sentido común le hiciera cambiar de idea.

Habían echado abajo con un hacha la puerta principal del colegio. Una valla metálica con alambre de espino en la parte alta bloqueaba la entrada, a fin de impedir que nadie entrara por descuido en el edificio condenado. Un candado la mantenía cerrada pero esto no supuso ninguna dificultad para Antígona. Cogió el candado en una mano y lo retorció. Se partió, acompañado por la aguda nota metálica de un muelle que rebotaba sobre el hormigón. Cerró la valla tras de sí y arrojó lo que quedaba del candado sobre el agrietado pavimento.

Dentro del colegio las luces estaban apagadas, lo que suponía una pequeña bendición. Nada más entrar, Antígona tropezó con una masa no identificada que emitió un sonido húmedo. Trató de no pensar en lo que podía haber sido y siguió adelante. Tenía una mano apoyada en la pared y un hollín denso y oscuro le iba cubriendo los dedos. Guiada por la memoria más que por la vista, alcanzó el gimnasio.

Habían arrancado las puertas de sus goznes y ahora estaban tiradas bajo un montón de escombros, al otro lado de la entrada. Una iluminación espectral cubría toda la habitación. Cada arista de madera astillada, cada fragmento de mampostería rota, era perfilado por un

tenue resplandor celeste. Antígona no tardó mucho en identificar la fuente del fenómeno: era la luz de la luna que se difuminaba al atravesar la lona azulada con que habían cubierto el agujero del techo.

Cruzó el umbral con paso vacilante, buscando a tientas la pared más cercana para apoyarse en ella. La luz filtrada de la luna teñía su piel de un malsano tono azulado. Se sobresaltó al darse cuenta de lo mucho que se parecía a un cadáver ahogado. No era una comparación ociosa. Se encontró pensando en su reciente estancia entre los muertos, en el estanque de suicidas del dios chacal, en la pesadilla de los Niños del Pozo.

El desierto gimnasio suponía un marcado contraste con los recuerdos que guardaba de su última visita. Trató de recuperar los detalles de aquella noche, al menos eso, para poder apartar de sí las demás imágenes inquietantes que recorrían a toda velocidad sus pensamientos. En aquella ocasión –¿Sólo había sido una semana antes?– lo que más impresión le había causado había sido la presión claustrofóbica de los cuerpos. No podía recordar con claridad el color de las paredes del gimnasio ni, ahora que lo pensaba, si había sido capaz de ver las paredes en medio de aquella muchedumbre.

Ahora el vasto salón estaba vacío, en silencio. Se dio cuenta de que había sido un error acudir allí. La vida –o esa chispa de voracidad inhumana que se alimentaba de la vida– había huido de aquel lugar. Echaría un vistazo en el sótano antes de darse por vencida. Allí había estado el centro de mando de Johanus. Si seguía en el instituto, sería allí donde estuviera aquella noche.

Pasó por las puertas dobles, las primeras que encontraba en pie y recorrió el pasillo hasta llegar a una puerta con un cartel que decía, *Sala de Calderas. Sólo Personal de Mantenimiento*. Puso una mano en el picaporte para abrir la puerta a la fuerza pero entonces descubrió que el picaporte giraba sin ofrecer resistencia. Con mucho cuidado, empezó a bajar las escaleras del sótano.

Dudaba mucho que los estragos del fuego hubieran llegado hasta allí. La puerta de madera estaba intacta y, además, el fuego es una criatura de costumbres fijas: generalmente se extiende hacia arriba, no hacia abajo. A menos que tenga una buena razón para ir en contra de sus inclinaciones naturales.

Por supuesto, las toneladas de derribos podían haber provocado que el techo se desplomara o que los cimientos se desplazaran, de modo que era conveniente tener cuidado.

El hecho de que brillara una luz tenue en la oscuridad que se extendía frente a ella era otra buena razón que incitaba a la prudencia.

Sturbridge recobró lentamente la consciencia. Parecía estar flotando cabeza abajo, con una mano extendida hacia un lado. Alguien sujetaba con firmeza aquella mano.

Trató de darse la vuelta, pero un atroz dolor en la parte trasera de su pierna se lo impidió. Entonces se percató de que el medio en el que flotaba no era agua sino lana. Gruesas mantas de lana cruda que la envolvían por encima y por debajo. Entre las mantas, su piel estaba empapada de sudor sanguinolento, el último síntoma revelador de la fiebre.

Volvió la cabeza con enorme lentitud y vio a Dorfman, que la estaba mirando desde un lado de la cama con el ceño fruncido.

—Así que al fin regresas a nosotros. —Con aire ausente, le dio unas palmaditas en la mano y a continuación, un poco avergonzado, se apartó de ella—. Estaba empezando a temer que no iba a tener compañía en el potro del verdugo.

Sturbridge trató de sonreír pero sus esfuerzos sólo obtuvieron algo parecido a una mueca.

—Entonces la consejera sabe...

—Chsst. Reserva tus fuerzas. El doctor dice que necesitas descanso. Pero llevas toda la noche dando vueltas. Ah, bien. Aquí viene.

Dorfman alzó la voz y llamó, quizá con demasiada fuerza para la estrechez de la diminuta habitación.

—¿Herr Doktor?

El doctor frunció el ceño, se inclinó sobre Sturbridge y le puso en la frente una mano arrugada y llena de pecas. Sturbridge podía sentir hasta el último de los huesos de aquella mano.

–Debería estar descansando –dijo con tono enojado–. La fiebre ha remitido. Veamos esa pierna. No, estese quieta.

Desde aquel ángulo, Sturbridge no veía lo que estaba haciendo. Optó por soportarlo con la máxima dignidad posible en aquellas circunstancias. Oía el crujido de las mantas pero ése era el único indicio que tenía para saber que se estaban moviendo. No sentía nada por debajo de la rodilla derecha.

El doctor separó con lentitud los vendajes de lino y Dorfman silbó al ver el hinchado y ennegrecido muslo donde la serpiente había mordido. El médico le dirigió una mirada llena de desaprobación.

–Es usted una jovencita con mucha suerte, señorita Sturbridge –dijo–. Una jovencita con mucha suerte. Va a necesitar más ungüento, más vendas y le he preparado un remedio para el dolor. Peter, sin duda, podrá ayudarla en esto. Dado que se niega en redondo a marcharse, al menos podría hacer algo de utilidad.

–¿Cuánto? –Sturbridge logró obligar a las palabras a atravesar su reseca garganta–. ¿Cuánto tiempo llevo...?

Si el doctor había escuchado la pregunta, no hizo nada por responderla.

–Va a necesitar sangre. Mandaré a los sótanos a buscar a alguien blando y dócil. Podrá encargarse sola, aun en su actual condición. Asegúrese de que bebe algo, Peter. Sólo un poco.

Se incorporó y se volvió para marcharse.

–Gracias, Herr Doktor –dijo Sturbridge. Esta vez su voz sonó más clara, más fuerte.

–No hay de qué, señorita Sturbridge. Mi amo la recuerda bien de su última visita. Lamentamos mucho que haya ocurrido esto. –Se volvió hacia Dorfman–. Confío en que los asuntos que les han traído aquí hayan concluido ya. No podría exagerar la importancia de que la regente regrese a un lugar seguro para pasar su convalecencia.

–Gracias, Herr Doktor –dijo Dorfman–. ¿Cuánto tiempo calcula usted? Antes de que esté en condiciones de viajar, me refiero.

–Creo –dijo el doctor– que los peligros que entraña la

relocalización del paciente son mínimos: un posible agravamiento de la herida. Mientras que el riesgo de permanecer aquí... bueno, digamos que la regente experimentaría una mejora más rápida si estuviera rodeada por los suyos y entre sus cosas.

Se disponía a decir algo más pero entonces se contuvo y se volvió hacia la puerta.

—Ahora descanse —dijo sin volverse del todo—. Lo peor ya ha pasado. No hay razón para que no esté en pie y recuperada mañana por la noche a esta misma hora.

La puerta se cerró en silencio tras él.

Dorfman se entretuvo arreglando los vendajes. No miró los ojos de Sturbridge.

Después de una pausa incómoda, Sturbridge quebró el silencio.

—Bueno, no puede ser tan malo.

—No, te pondrás bien, te pondrás bien. ¿No has oído al doctor? No es muy provechoso tenderse cerca de los moribundos. Es como sacar el barco a la mar en medio de la tormenta. El cielo está demasiado cerca de la tierra y no conviene llamar su atención sobre uno.

—Bueno, ¿entonces qué es lo que pasa?

—Nada. Lo siento. No pretendía decir "moribundos". Te vas a poner bien, en serio. Es sólo...

—¿Es sólo qué? —Sturbridge estaba empezando a impacientarse.

—Debería haberlo visto venir, eso es todo. Lo siento. Para empezar, nunca debería haberte traído aquí..

—No es culpa tuya —replicó Sturbridge.

—Trata de decirle eso a la consejera. La situación es demasiado incierta en este momento. Vamos a sacarte de aquí. Esta noche.

La parpadeante luz rojiza que venía de abajo revelaba la presencia de una llama en alguna parte, a poca distancia. Consiguió que Antígona pusiera en duda la conclusión de que el fuego no había alcanzado el sótano. Se detuvo a cuatro o cinco pasos del suelo.

—¿Johanus? —llamó—. ¿Umberto? ¿Hay alguien aquí?

La única respuesta que obtuvo fue el crepitar de la madera ardiendo. Sin embargo, el olor que llegó a su nariz fue el tufo del plástico fundido.

Ahora podía ver que la luz salía por la rejilla de una antigua caldera. No la que hasta hacía poco había calentado el colegio sino el viejo dinosaurio de hierro que alguien había abandonado dejándolo apoyado contra una de las paredes del sótano. La oxidada rejilla estaba entreabierta y el metal estaba al rojo vivo a causa del fuego de su interior.

Antígona se vio sorprendida por una alargada sombra que se apartaba de sus hermanas y se deslizaba como la luz de una linterna sobre el suelo del sótano.

—No deberías haber venido —dijo una voz solemne. Hubo un chirriar metálico y un rumor de papeles y la luz que venía de abajo ganó en intensidad. Cubrió la habitación de una iluminación infernal y reveló el contorno de la figura acurrucada junto a las fauces de la bestia de hierro forjado.

Sus hombros eran muy anchos pero estaban encorvados. La luz del fuego hacía brillar su barba rojiza como si fuera una cota de malla en la forja del herrero. Poseía unos rasgos toscos y ajados, testimonio de una existencia vivida a la intemperie y en confrontación directa con los elementos. Su constitución poderosa sugería, no una vida de trabajo duro, sino una de rigores físicos autoinfligidos: de montañas escaladas, de paisajes polares cruzados y conquistados. En otra época, podría haber sido una figura que descendiese de la cubierta mecida por las aguas de un barco vikingo.

Ahora parecía exhausto, embargado por una inactividad forzada que lucía como un traje mal cortado. Una furia mal contenida emanaba de él, como unas muñecas que una camisa demasiado corta no alcanzara a tapar del todo.

—Johanus —dijo Antígona—. Me alegro de encontrarte aquí. No

hubiera sabido dónde mirar aparte de aquí.

–Puedes agradecersele a Umberto. Te grabó con la cámara de seguridad cuando entraste por la puerta principal. Cosa que fue una estupidez, por cierto. Me dijo que tal vez quisiera venir antes de que alguien te cogiera.

–Lo siento. No habría venido de haber tenido alternativa. Necesito... necesito tu ayuda.

Johanus resopló.

–Me parece que ya te he ayudado demasiado.

No era exactamente la reacción que ella esperaba. Algo debía de haber ocurrido. Pero, ¿el qué?

–¿Qué se supone que significa eso?

–Vamos, Antígona. Sabes que ya no puedo ayudarte. Después de lo que has hecho, yo... –se interrumpió y profirió una imprecación–. No debería haberte ayudado la última vez que viniste. Y no lo habría hecho de haber sabido lo que sé ahora.

–¿Te refieres a lo de la bomba?

–Me refiero a lo de los Astores.

Se volvió hacia ella y se irguió en toda su estatura.

–Oh –respondió Antígona con un hilo de voz. Su reacción había tenido precisamente el efecto que ella esperaba. Johanus estaba preparado para negaciones, discusiones, excusas. Su respuesta parecía cortarle las alas a su creciente furia. Volvió a resoplar y le dio la espalda.

–¿Pensaste que ni me enteraría? ¿Que no lo averiguaría? Joder, ¿te crees que puedes regresar aquí sin más y volver a usar el mismo truco? Eres una fugitiva, Antígona. Una renegada. ¿Sabes lo que me dijeron que hiciera si volvía a verte?

Antígona bajó los últimos escalones y se le acercó. Levantó la barbilla con aire desafiante, hasta la altura de su esternón, y alzó un dedo amenazante. Sabía que representaba una amenaza física tan creíble para él como para la caldera de hierro.

–Tráenosla –dijo–. Viva o muerta.

–Deja de hacer el idiota, Antígona. No tiene gracia. –La apartó con delicadeza mientras sacudía la cabeza–. ¿Qué demonios se supone que tengo que hacer contigo?

–Supongo que eso quiere decir que no vas a entregarme para cobrar la recompensa –dijo.

–Ya te he dicho que no tiene gracia.

–¿Y qué es lo que te han hecho, presionarte un poco? ¿Tal vez darte algún palo?

–Lo cierto es que no te importa, ¿verdad? –inquirió–. No te importa el lío que has organizado. Los problemas que has causado. No te importa quién sale perjudicado. Mientras tú puedas salir indemne.

Antígona sacudió la cabeza.

–No es así. Tú lo sabes. Aquí la víctima soy yo, ¿te acuerdas? Yo soy la que está siendo perseguida por esa caza de brujas de los Astores. Mira, sé que he liado mucho las cosas en los últimos tiempos, pero tengo la intención de solucionarlas. Y necesito tu ayuda.

–No puedo hacerlo.

Johanes le dio la espalda y se sentó en cuclillas sobre el montón de escombros que había frente a la vieja caldera. Recogió un haz de papel de impresora y una maraña de cables y los introdujo por la boca de la caldera.

–Mira, no es que te esté pidiendo que vayas contra los Astores ni nada por el estilo. Sólo necesito que ayudes a un par de amigos míos a salir de un apuro.

Johanes se incorporó, sacó un manojo de llaves de uno de sus bolsillos y se lo ofreció.

–Toma. Está aparcado en la parte de atrás. Es un viejo Dodge Ram. Inconfundible. No es que sea muy elegante pero te sacará de aquí. Tienes que irte de la ciudad.

–No puedo hacerlo –repuso ella–. He hecho una promesa.

–Antígona, yo... –Le cogió la mano y abrió la boca para decir algo pero entonces se detuvo–. Lo siento, Antígona.

Le cerró los dedos alrededor de las llaves del coche y soltó la mano.

–¿Y ya está? –preguntó ella–. ¿Ni siquiera vas a escucharme? Esta noche sólo he venido aquí porque creía que podía contar contigo. Siento haberlo hecho.

Arrojó las llaves contra la caldera pero rebotaron en la rejilla y

cayeron a un lado con un tintineo.

Johanus se revolvió al escuchar el sonido pero se contuvo y las dejó donde estaban.

–Sé que no lo vas a entender –murmuró–, pero lo cierto es que no hay nada que yo pueda hacer. Y si los Astores llegan a descubrir alguna vez que te he dejado marchar, mi miserable pellejo no valdrá nada. Ya tienes muertes de sobra por las que responder. No quisiera ser la número tres.

Antígona empezó a protestar, a decir que era inocente, a explicar que las muertes de los novicios en el incendio del *domicilium* habían sido inevitables. Que había hecho lo que debía. Se había enfrentado a un dilema imposible pero había logrado resolverlo y en el proceso había salvado la capilla. Se sabía al dedillo los argumentos y réplicas. Ella misma los había revisado, acusándose, un centenar de veces. Cada vez que cerraba los ojos, se hubiera dicho.

Entonces las palabras de Johanus calaron en ella. ¿No quería ser la número tres? Por un momento, una oleada de pura esperanza y deleite la recorrió. ¿Había habido algún error? ¿Había logrado alguno de los novicios escapar de aquel infierno? No parecía posible. Hubiera sido demasiado bueno.

Entonces se le ocurrió otra posibilidad y sintió que un repentino peso muerto de miedo se le aposentaba en la boca del estómago.

–¿A qué te referías con eso de que no quieres ser el número tres? –preguntó, temiendo ya la respuesta–. Murieron tres novicios en el incendio del *domicilium*. Tú serías la cuarta muerte que podrían achacarme.

Johanus pareció irritarse.

–No estoy hablando del maldito incendio. Estoy hablando de... –se interrumpió.

Hubo un incómodo silencio y a continuación, Johanus prosiguió:

–No te has enterado. Por supuesto que no te has enterado. ¿Cómo podrías haberlo hecho? ¿Creíste que tu pequeño truco de aquella noche no tendría repercusiones? Me mentiste, Antígona. Y luego escapaste y me dejaste solo para enfrentarme a las consecuencias de la explosión. Eso lo sé. El resto son rumores. Dicen que entraste en la capilla. Que desconectaste la red de seguridad y

liberaste a un puñado de prisioneros y luego provocaste otro incendio para poder escapar.

Le lanzó una mirada furiosa, como si la estuviera desafiando a negar los cargos. De nuevo, su primer impulso fue el de protestar, pero se lo pensó mejor.

–No podía dejar que mataran a Felton –dijo en lugar de hacerlo–. Ni que lo entregaran a los hombres del príncipe o la policía... que para el caso hubiera sido lo mismo.

–Confío en que mereciera la pena. De no haber sido por tu hazaña de aquella noche –dijo Johanus–, Helena y Anise aún estarían entre nosotros.

Antígona sintió que la tierra se abría bajo sus pies. ¿Helena? ¿Anise? ¿Destruídas? Escuchó todas las palabras pero ninguna de ellas logró hacerse un hueco en su entendimiento. No podía ser. En un alarde de crueldad, Johanus continuó hablando, como sino fuera consciente de la imposibilidad de las palabras o del efecto que tenían sobre ella. Antígona no oyó más que la última frase que dijo.

–Ya hemos sufrido bastante, Antígona. Sería mejor para todos que te fueras.

–No lo entiendo –dijo–. ¿Cómo ha ocurrido?

–¿No te paraste a pensar, siquiera una vez, que habría repercusiones? ¿No te preocupó lo que sería de los que se quedasen para hacerse responsables?

–Helena estaba perfectamente cuando me marché aquella noche. Dijo que ella lo arreglaría todo.

–¿Y? –exclamó Johanes–. ¿Así que te lavaste las manos sin más? Bien, deja que te cuente las consecuencias de tu temeraria incursión. Anise era la oficial de seguridad de servicio aquella noche. ¿Qué crees que te habrían hecho los Astores de haber ocurrido todo durante tu guardia? Alguien penetra en la capilla, sabotea el sistema de seguridad, libera un prisionero y le prende fuego al *domicilium* de los novicios. ¿Cómo esperabas que se lo tomaran los Astores?

–¿Anise estaba de guardia? Pero no fue culpa suya. En cuanto el daemon de seguridad se desconectó y entró en modo de diagnóstico, tendría demasiadas cosas de que ocuparse. Helena podría haberles dicho...

Se interrumpió.

–Helena no estaba en posición de "decirle" nada a nadie. Lo que no es de extrañar, dado que de repente se encontró en el centro de todas las acusaciones. Los Astores necesitaban a alguien para dar ejemplo y Anise era la candidata perfecta.

La frustración, el resentimiento y una sensación de completa impotencia se agolparon en el estómago de Antígona.

–¿Qué le hicieron? –su voz era un redoble peligroso emitido con los dientes apretados.

–La condenaron a ser lapidada. Una vez en letargo, se le daría la Muerte Final. Abandonándola al sol con una estaca clavada o algo así.

Un aullido animal de rabia e incredulidad escapó de la garganta de Antígona. Johanus, sin embargo, ahora que se había embarcado en aquella monstruosa narración de acontecimientos, no podía parar. Tenía que contarle todo. No había otra manera de liberarse, aunque sólo fuera por un corto tiempo, de las atroces imágenes.

–La arrastraron, cargada de cadenas, hasta el Grande Foyer y allí la maniataron entre dos pilares. Cogieron un montón de escombros, piedras rotas y hormigón, del *domicilium* de los novicios y lo pusieron delante de ella. A continuación reunieron a los demás novicios y les ordenaron que la lapidaran.

Antígona sacudió la cabeza con vehemencia.

–No. No, eso no puede ser. No lo habrían hecho, se habrían negado. Habrían...

–Los novicios comprendieron la situación. Negarse no equivalía sólo a provocar peligrosas sospechas... suponía desobedecer una orden directa de la Casa Madre. Algunos obedecieron de mala gana pero obedecieron igualmente.

Antígona tenía el rostro entre las manos como si por este medio pudiera bloquear las horribles imágenes, las crueles piedras que Johanus le arrojaba. Sin embargo, las palabras no cesaban.

–Demostró mucha resistencia –continuó la voz de Johanus, como un zumbido, enloquecedoramente tranquila–. Yo nunca he presenciado una lapidación. Tengo entendido que entre los mortales estos rituales bárbaros tocan a su fin en cuestión de minutos. Después

de la primera hora, quedaba en Anise muy poco de humana. Estaba sangrando por docenas de heridas, reducida a poco más que un animal aullante, acorralado y agonizante.

–Basta –musitó Antígona, enfurecida. Hizo un gesto hacia él sin mirarlo. Los recuerdos de las largas noches transcurridas en la instrucción de la temerosa y joven recluta del equipo de seguridad no dejaban de arrojarle sobre ella. Cuando Anise había llegado por primera vez, la idea que tenía de un ordenador era la de un armatoste que ocupaba un sótano entero y que se controlaba mediante una especie de adivinación parecida al tarot y que utilizaba unas tarjetas perforadas. No era culpa suya, se repetía Antígona una vez tras otra. Anise era, como todos ellos, un producto de su tiempo. Un tiempo en el que una joven dama que se preciase no frecuentaba la estruendosa, nocturna y subterránea guarida de la *sciencia*.

Pero Anise había sido una buena estudiante y había terminado por convertirse en una de las mejores oficiales de seguridad... Antígona fue incapaz de completar el pensamiento. Era imposible reconciliarlo con la realidad monstruosa que Johanus estaba contándole. La historia era una fantasía. No podía ser verdad. Sólo la voz, absolutamente calmada y carente de emociones que la relataba hizo que la verdad calara en su interior. Anise ya no era una de las mejores agentes de seguridad de la capilla. Ya no era nada más que un cadáver que se descomponía a toda velocidad.

Por fortuna, Johanus se había callado por fin. Había soportado estoicamente los intentos de Antígona por apartarlo de sí, por golpearlo incluso. Por lo que a él se refería habían sido insustanciales. Para Antígona, sin embargo, los golpes servían a su propósito; ponían coto a la enloquecedora letanía de acusaciones.

–Me has preguntado lo que había pasado –dijo Johanes–. Así que te he contado lo que ha pasado. Si no quieres oírlo, estupendo. Nadie te va a retener aquí. Lárgate. Tengo otras cosas que hacer.

Empezó de nuevo a arrojar restos al fuego.

Antígona luchó por conservar el control. Lo logró después de unos segundos.

–Has dicho que Anise y Helena habían... ¿Qué le ha pasado a Helena?

–¿Acaso te importa?

–¡Maldita sea Johanus! He vivido y trabajado a su lado durante casi setenta años. Creo que al menos tengo derecho a saber lo que le ha pasado.

–Tú ya no tienes ningún derecho, punto. Eres una renegada, ¿recuerdas? Y si de verdad te hubiera importado tanto lo que le pasara, no le habrías hecho esto, joder.

–¿Qué? Yo no le hice nada. Y ella no hizo nada que no hayas hecho tú al ofrecirme las llaves de tu camioneta y decirme que me largara de la ciudad. Helena me dijo que tenía que marcharme de la capilla cuanto antes y que ella solucionaría las cosas. Y yo la creí. Sabía que me cubriría las espaldas. Hice lo que me pidió: me largué. ¡No me dijo que nadie fuera a morir!

–Bueno, deberías haberlo imaginado –refunfuñó Johanes–. No puedes joder a los Astores y pretender que las cosas se resuelvan por sí solas.

–Lo siento –dijo Antígona–. ¿De veras crees que si supiera lo que le iba a caer encima a Helena me hubiera marchado dejándola allí? Demonios, habría hecho que se pusiera en contacto conmigo. De alguna manera –terminó, con menos seguridad.

Johanes maldijo.

–Ella sabía que todo se le vendría encima. Lo sabía desde hace meses, desde que Foley fue asesinado. Me lo dijo. Debió de pensar que si jugaba según sus reglas, si les daba lo que querían, si entregaba a la regente, les daba los códigos de seguridad y les prometía una capilla llena de novicios obedientes en fila de a uno, sería suficiente. Pero no contaba contigo. Simplemente jodiste las cosas.

Antígona sintió que la acusación hacía blanco pero logró reunir el poco valor que aún le quedaba.

–Johanus, ¿qué le pasó a Helena?

–Debería llevarte allí –musitó en voz alta sin darle la espalda a las llamas–. De ese modo podrías verlo en persona. Con tus propios ojos. Después de todo, tienes *derecho*.

Aquel inesperado cambio en el curso de la conversación provocó en Antígona una aguda inquietud.

–Johanes, te lo ruego, tengo que saberlo. ¿Cómo quieres que me marche sin saber lo que le ha pasado a Helena?

–La dejaron allí –replicó él, con un chisporroteo de indignación en la voz–. Nunca había visto nada parecido. La colgaron del techo, suspendida sobre la misma frontera entre la vida y la muerte. Como un puto trofeo. Según me dijeron, los novicios ya no se atreven a pasar por el Grande Foyer. Sí, no dejaron de mencionar ese hecho. Están muy orgullosos de ello, los muy bastardos. Supongo que ya tienen el "ejemplo" que querían.

–Imagino que ya estarás... hum, satisfecho, Stephens.

Himes seguía a su camarada Astor al interior del santuario de la regente. Le faltó poco para ser atrapado por la puerta de acero reforzado cuando se cerró con un furioso y estruendoso siseo hidráulico. Se quitó las gafas y limpió los cristales con un pañuelo.

A estas alturas, Stephens ya estaba acostumbrado a los preámbulos de su camarada. Sabía que algo preocupaba a Himes. Hasta tenía una idea bastante aproximada de lo que se trataba.

–¿Por qué no iba a estar satisfecho? –dijo mientras cruzaba el cuarto hasta la terminal del ordenador y la encendía–. Nuestro trabajo aquí casi ha concluido. La capilla vuelve a ser segura. Hemos restaurado una apropiada sensación de miedo y obediencia entre las filas del noviciado. Los culpables han sido descubiertos y castigados. ¿Qué es lo que no debería hacer que me sintiera orgulloso?

Buscó una silla para poder sentarse frente a la terminal. Se habían llevado todos los muebles importantes –la cama de hierro con dosel, la mesa, el volcado trono de libros– del santuario. El resto de posesiones de Sturbridge habían sido embaladas y amontonadas ordenadamente junto a una pared. Una de estas cajas se utilizaba

ahora para sostener el monitor. Stephens atravesó la habitación para coger otra y utilizarla como silla improvisada.

Himes se aclaró la garganta, sin duda el preludio a alguna clase de reproche. Stephens se apresuró a interrumpirlo.

—De acuerdo, sé que vamos un poco retrasados. Pero con todas las complicaciones inesperadas con que hemos topado, sin mencionar la conmoción que esta operación ha provocado en la Casa Madre, no creo que Dorfman pueda echarnos en cara que hayamos necesitado un poco más de tiempo para asegurarnos de hacer las cosas bien. Lo último que querríamos sería tener que mandar un equipo aquí de nuevo. ¿Qué son unas pocas noches más para él, después de todo? Ha vivido miles; podrá esperar una o dos más.

Himes observó sus gafas con una mirada ceñuda y desaprobatoria y a continuación volvió a ponérselas.

—Lord Dorfman suele ser bastante puntilloso. Y el hecho es que el trabajo no está concluido todavía.

Stephens desechó el comentario con un ademán. No estaba dispuesto a dejar que Himes le agriara el humor.

—No queda más que hacer la limpieza —dijo—. Sacar al sol a unos pocos miembros del equipo de seguridad. Cosa de rutina. Ni siquiera creo que encontremos demasiada resistencia. Les hemos quitado las ganas de luchar. En cuanto vieron lo que les pasó a Sturbridge y Anise... ¡Y a Helena! Eso sí que es hacer una afirmación, Himes. Bueno, baste con decir que lo peor ha quedado atrás.

Se inclinó sobre la caja, la cogió y se enderezó, pero sólo con esfuerzo aparente.

—Caray, ¿Qué demonios meten esos chicos en estas cajas? Esta pesa como un...

Se detuvo al ver, por el rabillo del ojo, que Himes se agitaba, incómodo, cambiando el peso de un pie al otro. Volvió a dejar la caja en el suelo sin demasiada delicadeza.

—¿Unos pocos souvenirs, quizá? —continuó—. ¿Algo que recuperar discretamente una vez hayamos regresado a Viena? Tengo la impresión de que, con las cajas clasificadas de manera tan exhaustiva, sería lo más sencillo del mundo encontrar una concreta. Aunque estuviera guardada entre centenares de cajas iguales.

Himes puso los ojos en blanco.

–Lo más sencillo del mundo. Son libros, Stephens. Los libros de Sturbridge. Recordarás que nuestras órdenes especifican que todas las posesiones de la regente sean llevadas a la Casa Madre.

–Oh, ya veo. Libros. Lo sabes por estos números, ¿verdad?

–Stephens recorrió de un lado a otro el muro de cajas. Al final encontró una, llena a medias tan solo, que habían dejado abierta para guardar cualquier cosa que apareciera a última hora. También encontró lo que estaba buscando.

Regresó con el martillo e introdujo la palanca bajo la tapa de su improvisada silla.

–¿Y algo más en ésta, clasificada como todas las demás según su criterio? –preguntó con una sonrisa avarienta. Hubo un crujido agudo y las tablas cedieron.

–Bueno, ahora que lo mencionas –musitó Himes– hay también un curioso artefacto con el que topamos, nada que pueda interesarte, claro...

Stephens empezó a registrar el contenido de la caja, arrojando libros y manuscritos –algunos de los cuales eran, sin duda, irremplazables– al suelo.

–En este momento, nuestros expertos creen –dijo Himes alzando la voz por encima del estruendo– que el objeto puede permitir a quien lo utilice, por supuesto en las condiciones astrológicas apropiadas, convertirse en un auténtico capullo.

Stephens, rodeado ahora por un túmulo de volúmenes apilados, se detuvo. Miró el libro que tenía en la mano como si fuera incapaz de reconocer lo que era o cómo había acabado en sus manos y lo dejó caer con un gesto desdenoso a la caja casi vacía. Chocó contra la madera del fondo.

–¿Puedo preguntar –dijo con voz gélida y formal– por qué estás de tan pésimo humor esta noche? Si no te conociera mejor, diría que se trata de algo relacionado con esa traidora, Helena. Has estado igual desde que cumplimos su sentencia al principio de la noche. No creo que le hayas cogido cariño. No, no. Estoy dispuesto a admitir que tenía cualidades dignas de admiración. El modo despreocupado de vender a su regente, por ejemplo. Honestamente, Himes, creo que

empiezas a volverte *sentimental* con la edad.

–¿Sentimental? –dijo Himes. Paladeó la palabra, buscando algún significado oscuro u oculto en ella, pero no pareció encontrarlo—. Creo, amigo mío, que me malinterpretas. No, no es ninguna clase de afinidad con la buena adepta la causa de mi preocupación de esta noche, pues en efecto es eso lo que has notado. Es más bien que me intriga el hecho de que te hayas apartado de los procedimientos habituales en la sentencia de Helena. De no haber sido porque llevamos décadas trabajando juntos, hubiera podido creer que en tus acciones había algún rencor personal o afán de venganza. Quiero decir, si no hubiera sabido que eres un consumado profesional en estas materias.

Stephens levantó distraídamente la mirada mientras seguía tratando de llevar a rastras la caja medio vacía al otro lado del cuarto. Se detuvo.

–No ha sido demasiado... –hizo una pausa para buscar la palabra apropiada– ostentoso, ¿verdad? Como declaración de intenciones ha sido bastante dramática y eso hace que a veces me preocupe. En este momento, con todo lo que ha pasado, los novicios son muy impresionables y es crucial que demos la impresión apropiada.

–Eso tiene que ver con lo que me ha estado preocupando –dijo Himes–. Yo prefiero los métodos habituales, más mundanos. Puede que sea un sentimental. Dame una vieja y clásica lapidación o una buena estaca o, en casos menos graves, un desmembramiento severo, sólo para que tengan en qué pensar durante algún tiempo. Pero, ¿el uso de las artes taumatúrgicas...? Debo admitir que ese método me provoca cierta aprensión. Incluso en el caso de un justo castigo, las soluciones radicales suelen considerarse un poco extremas. Y las cosas podrían escapársenos de las manos. Si los novicios empezaran a sentirse amenazados por nuestra presencia, podrían incluso responder con los mismos métodos.

–Absurdo –dijo Stephens–. La mera idea de un inexperto novicio tratando de utilizarla magia para atacar a... –Se detuvo, incómodo, mientras acudía a su mente el recuerdo de su reciente encuentro en el Mirador de la Viuda. Enfadado, reanudó sus esfuerzos

con la caja—. Muy bien, ya veo a qué te refieres. Pero teníamos que hacer una declaración de intenciones. Saltaba a la vista que no bastaba con las lapidaciones y las estacas.

—Comprendo tu preocupación —dijo Himes en tono conciliador—. Y, por supuesto, te apoyé públicamente delante de los novicios. Es una cosa tan insignificante, ya ves, que hasta me ha costado planteártela en privado. Pero dado que has sacado el tema...

—Sí, bueno, ya has dicho lo que querías. Ahora quisiera volver a guardarlo.

—Por supuesto —dijo Himes—. No era mi intención hacer que te sintieras incómodo.

—¡No me siento incómodo! —Stephens, tras colocar por fin el asiento en la posición que deseaba, se sentó bruscamente—. Hemos hecho lo que debíamos, ¿de acuerdo?

—Estás en lo cierto, sin duda. No debería haber dicho nada. Stephens se volvió hacia él.

—Mira, este lugar era un caos cuando llegamos. Un auténtico caos. Novicios que morían en los pasillos, dignatarios en visita oficial que eran asesinados, las comunicaciones oficiales de la capilla comprometidas y una regente que a todas luces había perdido la cabeza. Un par de novicios, los mejores, han logrado superarlo todo hasta ahora. Nada de lo que nosotros podamos hacer a estas alturas va a lastimarlos o hacer que pierdan la cabeza. ¿De acuerdo? Hemos hecho nuestro trabajo y lo hemos hecho bien. Nadie tiene razones para reprochárnoslo.

—Me alegro de que haya terminado al fin —replicó Himes mientras se inclinaba sobre los libros desperdigados y empezaba a recogerlos—. Sólo que...

—¿Sólo qué? —le espetó Stephens.

—Sólo que, hasta anoche, habíamos conseguido llevar adelante esta investigación de manera precisa... —Hizo una pausa, con un volumen abierto en la mano—, según el reglamento. Pero ese ritual que utilizaste anoche.

—Así que sí piensas que fue demasiado ostentoso —lo acusó Stephens—. Me gustaría que de vez en cuando dijeras de verdad lo que piensas. Mira, estos novicios están solos y aterrorizados. Su

regente los ha abandonado. Lo único que les queda es la promesa de una lejana y benevolente autoridad Tremere a la que jamás han visto. Y entonces aparecemos nosotros. Cuando estamos aquí, simbolizamos esa autoridad. Así que cuando detecto una amenaza a esta comunidad, cualquier clase de amenaza, puedes dar por hecho que voy a decir algo.

Y a actuar de manera rápida y decisiva. Cualquier otra cosa sería como traicionar la confianza que se ha depositado en nosotros.

–Sí, sí, nobles palabras. Estoy de acuerdo –lo interrumpió Himes. Sacudió la cabeza para librarse de la intensidad casi hipnótica de las palabras de su camarada–. Pero es esta sentencia *en concreto* la que me preocupa.

Y te pediría que, en el futuro, cuando sientas que ha llegado el momento de actuar... ¿Cómo lo has expresado...?, de manera rápida y decisiva, de una manera que implique el uso de la taumaturgia contra aquellos cuyo cuidado nos ha sido encomendado, tengas al menos la cortesía de consultarme primero.

–Oh, así que eso es lo que pasa –dijo Stephens sonriendo–. Estás enfadado porque tú habrías actuado de otra manera y no tuviste nada que decir al respecto.

–Nada de eso. Lo que me preocupa es que te tomaras tantas molestias para "preservar" el cuerpo. Si quieres que te sea sincero, encuentro bastante desagradable el método. ¿Cuál es, exactamente, el ritual que has empleado? Porque, a decir verdad, me pareció que tenía tanto que ver con ciertos diagramas prohibidos como los cualquiera de los ritos sancionados por nuestros ancianos.

–Ah, por fin llegamos al quid de la cuestión –dijo Stephens–. Te puedo asegurar que el ritual en concreto es completamente legítimo. Es una variación del círculo protector de estasis desarrollado por la propia Meerlinda a principios del siglo dieciséis. Es...

–Debo confesar que me alivia oír eso. Cualquier rito creado por la propia consejera ha de ser un ejemplo de ortodoxia. Lo estudiaré cuando regresemos a la Casa Madre. Debes perdonar mis infundadas sospechas. Eran indignas de mí.

La disculpa de Himes y su mención de futuras investigaciones no sirvieron para tranquilizar a Stephens.

–No puedo creerlo –dijo Antígona–. ¿Los Astores han condenado a muerte a dos de nuestras hermanas y tú estás aquí sentado de brazos cruzados?

–No hay nada que puedas hacer por ellas ya, Antígona.

–Y una mierda. Por lo que me has contado, tienen a Helena colgada como una especie de trofeo macabro y han prohibido acercarse al cuerpo. Helena se merece por lo menos un funeral decente. Que se le permita descansar en paz.

–No puedes cambiar la sentencia de los Astores –dijo Johanes–. Y si lo intentas sólo conseguirás que te impongan un castigo similar.

–¿Me estás diciendo que la has visto, con tus propios ojos, y no has hecho nada? –No daba crédito a sus oídos–. Te conozco, Johanes. Estoy segura de que no aceptarías una indignidad semejante.

–Es un cadáver, Antígona. Nada más. Nada por lo que merezca perder la vida a estas alturas. Si hubiera estado allí cuando la cogieron...

–Oh, sí, *entonces* habrías luchado para salvarla. ¿Y ahora no levantas un dedo para ayudarla?

–Antígona, ¿qué puedo hacer ya? Nada que vaya a ayudar a Helena. Y pagaría ese vacío desafío con mi vida... No, ya he sacrificado demasiado para llegar donde estoy. Seguiré siendo el bueno y sumiso servidor del Clan Tremere.

Su voz supuraba el ácido de los reproches.

–Ésas no son las palabras del adepto que yo conocía. En ese caso dime, ya que no estás dispuesto a hacerte cargo de la tarea, si aceptarás participar en ella.

–¿De qué *tarea* estás hablando? Oh, no. No puedes estar

pensando en...

–Te he preguntado antes si me ayudarías y te has negado. Ahora te lo vuelvo a preguntar: ¿me ayudarás por Helena?

–No puedo creerlo. ¿Es que no has escuchado una sola palabra de lo que he dicho? Helena ha muerto. Olvídala. No haya nada que puedas hacer ya. Si regresas ahora a la capilla sólo conseguirás que muera más gente y... no puedo permitirlo, Antígona.

–Yo haré mi parte, así como la tuya si me das la espalda, *hermano*. –Escupió la última palabra como si fuera un insulto–. Es muy cómodo sentarse ahí y acusarme de haberla asesinado, y yo no puedo refutar tus acusaciones. Pero al menos nadie podrá decir nunca que la traicioné.

–No voy a seguir aquí escuchando esa basura –dijo–. Jamás traicioné a Helena y tú lo sabes. Ahora será mejor que te largues. Estás diciendo necedades y yo tengo cosas mejores que hacer que... Vete ya.

Recogió las llaves de la camioneta del suelo y se las arrojó. Antígona las cogió con un movimiento reflejo.

–Ni siquiera puedes decir con toda seguridad que haya sido destruida –lo acusó–. ¿Y cómo llamarías tú a alguien que deja a su hermana sola para morir? De donde yo vengo, a eso se le llama traición. ¿Y qué si ya está muerta? Eso no es un argumento. No puedes dejar su cuerpo colgado allí, profanado, sin que nadie haya tenido la ocasión de llorarla. Eso es otra traición. No sé tú, pero yo voy a...

–Cuidado –le advirtió Johanes–. Una cosa es mostrar valor e indignación aquí, en privado. Has tenido una sorpresa desagradable y estás fuera de tus casillas. Pero no te embarques en una acción para la que tú misma, si te permitieras un momento de reflexión sobria, no te encontrarías preparada. Si esos Astores han podido hacerle una cosa así a Helena, que era la mejor de todos nosotros, no tendrán grandes dificultades para hacernos lo mismo o algo peor a nosotros.

–¡No tienen derecho! –gritó Antígona, enfurecida–. No tenían derecho a arrebatárnosla. Era nuestra hermana, una de los nuestros. Se merecía algo mejor. Y lo tendrá.

–Quiero que pienses un minuto –dijo Johanus–. Piensa en eso

que has dicho, "una de los nuestros". Ya no podemos ayudar a Helena, Antígona. Anise está muerta, Sturbridge se ha ido...

–¿Que Sturbridge qué?! –Estévez había dicho algo parecido sobre Sturbridge pero en aquel momento Antígona no le había prestado demasiada atención.

–Se ha sido. La han llamado a Viena. Para responder sobre lo que ha ocurrido aquí. Supongo que sabías que iba a ocurrir. Era inevitable.

Sí que lo había sabido. La propia Sturbridge se lo había dicho así, aquella última noche, en el mirador de la viuda.

–Puede que mañana por la noche hayan clausurado la capilla –había dicho–. Pero eso nos deja esta noche para enderezar las cosas.

En contra de su voluntad, Antígona empezó a sentir que la sangre se acumulaba en sus ojos. Era demasiado. Sturbridge, Helena, Anise, todas desaparecidas. Víctimas de los Astores y de su maldita purga. *¿Cuántas más, se preguntó, han de ser sacrificadas en el altar de la unidad? ¿Por qué tenía que ocurrir esto? ¿Por qué no podían dejarnos tranquilos?*

Se percató de que Johanes estaba hablando pero el mero sonido de su voz la irritaba.

–Será dentro de muy poco –estaba diciendo–. Ahora que han quitado a Helena de en medio, sólo es cuestión de llevar a cabo unas pocas "ejecuciones rutinarias" más y nombrar un nuevo regente para que lleve a cabo la transición al nuevo régimen.

–¡Cierra la boca! –le gritó. Estaba tratando de pensar y su prosaico análisis de aquella realidad monstruosa resultaba enloquecedor–. Eso no cambia anda. Aún tenemos que hacer lo que tenemos que hacer. Aunque sea demasiado tarde para ayudar a Anise o a Sturbridge, aún podemos ayudar a Helena. Y si descubrimos que está muerta sin remedio, podemos llevarnos sus restos y devolverle al menos algún jirón de dignidad. Eso sí que podemos hacerlo, al menos.

Johanus sacudió la cabeza.

–Piensa, Antígona. Tú y yo somos los últimos. Es muy posible que seamos lo único que queda de lo que tú ves como nuestra pequeña hermandad. Sturbridge, Helena; Anise, todas ellas han

sufrido un destino trágico. Piensa lo miserable y penoso que será morir desafiando a los Astores. No podemos derrotarlos: todo el poder de la Pirámide los respalda. Lo máximo que podríamos conseguir sería causarles algún problema a la hora de decidir de qué horrible manera van a acabar con nosotros para dar ejemplo.

Antígona desechó sus objeciones con un gesto furioso.

–¿Cómo puedes...? No, da igual. Ya veo que esto no nos lleva a ninguna parte. Mira, tú haz lo que tienes que hacer, nada más. Y yo haré lo que tenga que hacer.

–Antígona, no puedo permitírtelo. Piensa en lo que estás diciendo. Helena no querría que sacrificaras tu vida para nada. Ella no desafiara a los Astores y lo perdería todo sólo para recuperar tu cadáver putrefacto. Y no querría que tú lo hicieras por ella.

–Eso no importa –dijo Antígona–. Ella era una hermana para mí, más que eso. Pensaba que precisamente tú lo comprenderías.

–Antígona...

–Si ha sobrevivido, la sacaré de allí. Si está muerta, la enterraré. Al menos se merece eso.

–¿Y si los Astores no se ciñen a tu pequeño guión? ¿Y si... yo qué sé... *simplemente te matan*? Entonces no habrá Helena, ni cadáver de Helena *ni* Antígona. ¿Es eso lo que quieres? Porque parece que es así como vas a terminar. Como otro cadáver. Apúntale otro a tu estúpida testarudez.

–¿Y qué pasa si muero? –repuso Antígona–. Prefiero morir haciendo esto. De ese modo, al menos, estaré libre de toda esta basura. Las maquinaciones de los Astores, este insensato exilio del único hogar que he conocido en estos setenta años. Y si me matan, al menos todo habrá acabado para mí. Al menos entonces podré descansar. Y cuando me toque recibir lo que quiera que esté reservado para aquellos de nosotros que hemos vendido nuestras almas por esta parodia de vida eterna, al menos podré mirar a la cara a aquellos que me encuentre allí. Ahora que lo pienso, supongo que le soy más leal a los muertos que al vacío gobierno de los vivos. En este mundo he estirado demasiado mi tiempo, he prolongado mi aventura más de cien años. Pero en ese otro viviré en el recuerdo del tiempo. Prefiero ser desleal a los vivos que deshonorar a los muertos. Tú

puedes hacer lo que quieras.

–Yo no estoy "deshonrando" a los muertos, Antígona. Pero, ¿desafiar a la Pirámide? Después de todo lo que ha pasado estas semanas, no sé de dónde sacas las fuerzas para seguir adelante con estas empresas suicidas. Envidio tu certeza, tu convicción. Pero cuando también tú estés muerta, tampoco iré a rescatar tu cadáver sin vida. No tengo ganas de poner a prueba tus grandilocuentes teorías sobre la vida eterna. Me ocuparé de mis propios intereses, aquí, entre los vivos.

–Si ésa es tu decisión, estupendo. Pero me alegro que, de los dos, seas tú el que tenga que vivir con ella. Yo voy a la capilla. Esta noche.

–No me digas eso –replicó Johanes con tono de exasperación.

–¿Por qué no? ¿Te sentirías obligado a detenerme? ¿Llamarías a la capilla y les dirías que voy hacia allí?

–¡Por supuesto que no! Sólo digo que tienes que tener cuidado. Ahora más que nunca. Si crees que tienes que hacerlo... y me gustaría decir, para que conste, que creo que es la peor idea que has tenido jamás... si tienes que ir, digo, al menos ten la sensatez de no pregonarlo. Si alguien se entera de lo que pretendes...

–Por mí puedes gritarlo desde los tejados –repuso ella con voz amarga–, si tienes que esconderte aquí, entre los restos quemados de tus ambiciosos planes. No creía que fuera a ver la noche en que tu valor no estuviera a la altura de tu deber. Preferiría que corrieras por los pasillos de la capilla proclamando lo que voy a hacer. Tu silencio no me causa más que resentimiento.

–Valientes palabras –replicó Johanes con voz templada–. Pero las palabras valientes no bastan para llevar a cabo valientes hazañas. El verdadero valor es el de aceptar las desgracias que el destino te impone y seguir adelante. Seguir viviendo. Te estás precipitando hacia una muerte de cobarde, Antígona. Si tu intención es matarte, más vale que te arrojes a las llamas aquí y ahora y acabes de una vez.

–¿Cómo va eso a ayudar a Helena?

–No lo entiendes, ¿verdad? Nada de esto va a ayudar a Helena. De hecho, esto ya no tiene que ver con Helena. Tiene que ver con el hecho de que no tienes lo que hace falta para soportar la soledad.

Antígona guardó silencio por algún tiempo. Entonces dijo, en voz baja.

–Me voy. Sola.

Le dio la espalda y se dirigió a las escaleras.

–¿Y qué vas a hacer cuando estés dentro? –gritó él a su espalda–. ¿Cuando te des cuenta de que te han cogido? Hay cosas, Antígona, que son más grandes y fuertes que nosotros, así de sencillo. La Pirámide es una de ellas.

Antígona se volvió.

–Tengo que intentarlo, Johanes. Puede que no lo comprendas. Y supongo que no puedo enfadarme contigo por eso. Cuando me fallen las fuerzas, sabré que he hecho todo lo que pude. Helena creyó en mí. Confió en mí. Me dio una oportunidad. Cuando me miraba, no veía una fracasada, una especie de vampiro malformado que tras medio siglo de esfuerzo no había logrado siquiera dominar los rudimentos de las artes de la sangre. Me buscó un sitio en el equipo de seguridad y me liberó de una espiral autodestructiva de la que no creo que hubiera podido salir por mí misma. Para ella fue un gesto muy pequeño, tan simple como darme algo productivo para llenar mis horas de insomnio. Algo que se me daba bien, maldita sea. Algo que me permitiera apartar la mente de la constante mofa de los demás novicios y del ritual nocturno de la autocondenación. Para ella fue un gesto insignificante pero para mí lo significó todo.

–Antígona...

–Sé que lo más probable es que no pase de la puerta principal pero tengo que hacer el gesto. ¿Me entiendes?

Johanes sacudió la cabeza.

–¿Tan importante es que te entienda?

Ella bajó la mirada.

–No –dijo en voz baja–. Supongo que no.

El pesado silencio se extendió entre ambos, interrumpido tan solo por el crepitar del fuego. Johanes decidió hacer una última intentona.

–No tienes que hacerlo, ¿sabes? Es una misión sin esperanza y nadie, ni siquiera alguien tan resentido como un muerto, podría hacerte responsable si decidieras marcharte.

El cuerpo entero de Antígona pareció encorvarse como si estuviera poniéndose una pesada mochila sobre los hombros.

–Adiós, Johanes.

Con un gesto delicado, dejó las llaves sobre la mesa y empezó a subir las escaleras.

–Es imposible conseguir que cambies de idea –musitó con amargura, más enfadado consigo mismo que con ella. Entonces le dijo–. Mira, Antígona, ya sabes lo que pienso de esa idea, pero ya que estás decidida...

Antígona se volvió y adoptó una pose levemente beligerante.

–No sé si te servirá de algo –continuó–, pero los Astores han cambiado los códigos y protocolos de seguridad. No tendrás una sola oportunidad de interferir con el sistema de seguridad, que según creo es lo que hiciste la última vez. Si lo intentas, estás muerta.

Antígona frunció el ceño. Su postura perdió parte de su arrogancia. Por un momento, volvió a ser la torpe e insegura novicia que acudía a él en busca de ayuda.

–¿Qué me sugieres?

Al oír el tono familiar de su voz y recordar las noches de antaño, Johanes sonrió. Noches más sencillas, menos peligrosas. Para todos ellos.

–Una aproximación directa –dijo–. Te diriges a la entrada principal y le pides a Talbott que te la abra. Talbott es un gatito comparado con lo que te espera al otro lado de esas puertas.

–Gracias –dijo. Y a continuación, con aire incómodo–. Siento que no vengas conmigo. Pero no le contaré a nadie que hemos hablado.

–Yo también lo siento, Antígona. Y cuando todo esto haya acabado, cuando los Astores se hayan ido y la Capilla de los Cinco Distritos tenga un nuevo regente y un nuevo puñado de novicios, yo lo contaré. Les hablaré de Sturbridge y Helena, de Anise y de ti.

–Oh, Johanes –dijo y entonces salió corriendo escaleras arriba.

Y se canta una nana cuando todo ha terminado

La antecámara de la Capilla de los Cinco Distritos tenía el aspecto de una biblioteca lujosa. Las estanterías que se extendían desde el suelo hasta el techo contenían un sinfín de textos eruditos ataviados con los tonos terrosos del cuero trabajado, interrumpidos tan solo por el agudo contraste de los herrajes dorados.

La disposición de los libros era precisa aunque inútil. Los volúmenes se agrupaban siguiendo el más sencillo de los esquemas posibles: el color. Aquella solución alentaba un tipo de examen descuidado y ocioso y frustraba cualquier intento de descubrir información pertinente. Los visitantes más frecuentes de la biblioteca terminaban por volverse tan osados como para señalar de manera abierta la desproporcionadamente importante presencia que las obras de un tal Z. Grey tenían en las estanterías.

Al otro extremo de la antecámara, más allá de las antiquísimas puertas dobles de madera de roble –fieles y queridos servidores que se apoyaban el uno sobre el otro merced a la indulgencia de unos goznes desgastados– se extendía el Grande Foyer y la capilla propiamente dicha. La antecámara, sin embargo, era el dominio privado de Talbott. Él era el hermano portero, el guardián de las puertas, el guardián del camino. Había servido fielmente a la capilla durante casi cuarenta años.

Durante este período había podido contemplar gran parte del misterio y la majestad de los Tremere. De hecho, uno no podía pasar demasiado tiempo en la vecindad del destartado Gran Portal sin exponerse a una buena dosis de la magia casual que goteaba por él.

Sin embargo, en todo el tiempo que había pasado acompañando a suplicantes, místicos, dignatarios y alguna que otra mascota extraviada al otro lado de aquel portal formidable, Talbott nunca había atravesado las grandes puertas en su aspecto de Portal de la Iniciación.

Ni una sola vez había probado la fruta prohibida.

–Nunca he sentido la tentación –podía oírsele decir con aire satisfecho a algún huésped pasmado–. No señor, ni siquiera he

sentido la tentación.

Pero no era aquel el aspecto de la sala que más amaba Antígona. Prefería infinitamente las noches en las que el mobiliario de la sala de espera se apartaba y se relegaba a los rincones más lejanos. Una vez al mes Talbott, narrador incorregible, presidía con sus relatos una asamblea de novicios, lugareños, viejos visitantes y algunos de los estudiantes más osados de la facultad que se extendía por encima de sus cabezas.

Unos pasos sigilosos y una voz familiar interrumpieron sus nostálgicas ensoñaciones.

–Vaya, me acabas de hacer perder una apuesta –dijo Talbott, atraído por el sonido de la puerta y el ruido del tiempo inclemente del exterior–. Y esa botella de Poderes hubiera sido bienvenida en una noche como ésta. Pero me alegro igualmente de verte. Tenía la certeza de que estabas perdida para nosotros.

Se adelantó para cogerla del brazo y ayudarla a bajar los tres escalones que daban acceso al interior sombrío de la sala. Pero Antígona permaneció inmóvil en la puerta.

–Estévez me ha dicho que estuviera atento por si te presentabas –continuó Talbott–. Dijo que vendrías esta misma noche. Por supuesto, yo le respondí que no tenía ni la mitad de sentido común del que el Señor le dio a las cabras. Pero aquí estás, la hija pródiga que regresa al hogar. Bueno, para ti no hay más recompensa que escapar de la noche, niña. Una noche inhóspita para hombres y bestias.

–Gracias, Talbott –dijo Antígona en voz baja. Bajó las escaleras lentamente, casi como si flotara sobre ellas–. Me temo que, una vez dentro, la tormenta promete empeorar más aún, si cabe ¿Te ha dicho Estévez... –Las palabras se le atragantaron, el efecto aun duradero del juramento de sangre contraído–... te ha dicho por qué he regresado?

–A mí no –gruñó Talbott–. Si lo hubiera hecho, no habría perdido esa botella. Y tengo la impresión de que puede que necesite su consuelo antes de que la noche se haya consumido.

Antígona le dio una palmadita en el brazo.

–Siempre te has portado bien conmigo... –empezó a decir.

–No, no quiero que hablemos de esa manera. Así es como

hablan los muertos. ¿Has vuelto para quedarte? Disculpa que diga esto pero si has regresado para pedir la clemencia de esos *Astores* –escupió la palabra como si fuera un insulto– va a ser bastante difícil que lo consigas. Tendrías más posibilidad si te arrojaras desde lo alto de un edificio y cayeras sobre un pincho.

–Ya lo he intentado –replicó ella–. No funcionó. Así que aquí estoy.

Talbott arrugó la frente y la observó con curiosidad. Sabía que le estaba tomando el pelo pero su comportamiento y las circunstancias de su regreso eran cosa más seria.

–Si quieres mi consejo... y ya sé que no lo estás pidiendo, yo me daría media vuelta y saldría de aquí antes de que se enteraran de que has estado en la capilla. Llevas demasiado tiempo lejos de aquí. No has visto las cosas que se han hecho... y todas en nombre de *la justicia* de los *Astores*. Me faltan las palabras; se convierten en cenizas y tierra en mi boca. Cuando pienso en lo que le han hecho a Anise y a Helena y a...

–Llévame junto a Helena.

Talbott la miró en silencio durante largo rato. Podía ver su determinación y se daba cuenta de que no permitiría que la apartaran de aquel curso suicida. Pero tenía que intentarlo.

–Ya nadie puede ayudar a Helena –dijo–. Pero a ti sí. Al menos todavía. Atraviesa esa puerta y tu suerte está echada. Aquí no hay nada para ti más que tu propia muerte, niña. ¿Me estás escuchando? ¿Cómo va a ayudar a Helena tu muerte?

–Johanes me ha dicho que la habían maniatado. En el Grande Foyer. Como una especie de trofeo. –Estaba librando una batalla perdida, tratando de dar rienda suelta a las palabras al tiempo que mantenía controladas las emociones.

Cuando Talbott le miró por fin los ojos, encontró fuego tras su mirada. Nunca antes, en todos los años que había pasado en la capilla, había visto Talbott una llama de resentimiento y cólera allí, ardiendo abiertamente, tratando de emerger a la superficie.

–Nunca más –dijo el portero con voz neutra–. Aquí se acaba. ¿No lo ves? Tu regreso sólo les concede otra víctima para su oscura lujuria, su avidez de sangre, de terror, de sufrimiento. Otro cordero

para el sacrificio. Sólo estás perpetuando la pesadilla. Atrayéndola, no sólo sobre ti, sino también sobre todos los demás moradores de la capilla. ¿Es que no puedes dejarlos solos? ¿Dejar que terminen sus matanzas para que puedan volver a su casa? ¿Para que esta pesadilla termine?

Antígona lo miró como si fuera la primera vez que lo viera, con misericordia en los ojos.

Vio que su rostro se endurecía mientras la preocupación que ella sentía caía sobre él como un ataque físico. Irguió la espalda con suma dignidad, como el gallo que hace gala de dominancia en la puerta del gallinero, sacudiendo las plumas.

Antígona se dio cuenta de que lo había herido, y lo había hecho sin preocuparse. Era lo último que quería hacer. Provocar nuevas luchas, allí y en aquel momento. Lo miró y no vio más que un anciano de cabello escaso y cano, encorvado por las décadas pasadas custodiando el umbral del mal sueño que era la capilla de los Tremere. La puerta entre los vivos y los muertos. El mortal que montaba guardia junto al portal de los inmortales.

Había hecho bien su trabajo, fielmente. Pero a pesar de ello, no era más que un títere abandonado, incapaz de detener las atrocidades que se sucedían a su alrededor. Incapaz de expresar una objeción. Incapaz hasta de escapar de la siniestra visión y huir chillando a la noche.

¿Era ése?, se preguntó Antígona. ¿Era ése el verdadero combustible que alimentaba el fuego del furioso resentimiento de Talbott?

—Talbot, mira, lo siento. No discutamos. Precisamente esta noche no. Puede que creas que debería dar la vuelta y marcharme de aquí, pero la verdad es que no puedo. Soy tan prisionera como tú. De este lugar, de la Pirámide. Hemos tomado nuestras decisiones, aceptado nuestros votos, ofrecido nuestros sacrificios. A estas alturas no tenemos más elección, ninguno de los dos, que seguir adelante. Estamos comprometidos.

—Deberíamos estar comprometidos —gruñó y luego guardó silencio. Al cabo de largo rato volvió a hablar, esta vez en voz baja, como si estuviera discutiendo consigo mismo—. Traté de marcharme.

Fue justo después de que tú lo hicieras. Justo después de... después de lo que le hicieron a Anise. –Hablaban con dificultades, como si pronunciar aquellas palabras fuera de alguna manera lo mismo que repetir las atrocidades. Invocar una forma oscura desde las sombras que, al menos por el momento, estaba saciada y en calma. Que más valdría dejar tranquila—. Llegué hasta la autopista –prosiguió—. No tenía un penique a mi nombre, por supuesto, pero no fue eso lo que me detuvo. En realidad nunca le he encontrado demasiada utilidad al dinero. Aquí siempre tenía todo lo que necesitaba sólo con pedirlo. Cuando me apetecía, me daba un banquete digno de un rey. Tenía libros incontables a mi disposición. Y con solo dar una palmada, descendían sobre mí jarras de licor para nuestras pequeñas reuniones mensuales. ¿Para qué iba a querer yo dinero?

»No digo estas cosas para presumir sino para que me entiendas cuando digo que dejé esta casa con los bolsillos vacíos y sin más que la ropa que llevaba puesta. Por supuesto, soy demasiado orgulloso para robar algo antes de marcharme. Hasta dejé cosas que en justicia podría haber considerado posesiones personales tras haberlas tenido más de cuarenta años. No obstante, seguía contando con mi inteligencia y mi lengua y hay hombres que han llegado muy lejos en este mundo con mucho menos que eso.

»Así que esto fue lo que hice. Llamé al viejo Rafferty y le pedí que viniera. Es uno de los lugareños, uno que se pasa por aquí de tanto en cuanto. Para compartir una pinta y un buen cuento, cosas así. Un buen tipo, este Rafferty. Y le digo que me voy a Boston, porque mi hermana acaba de morir, y quería saber si podía llevarme hasta la autopista para coger un autobús desde allí. Porque no tengo coche propio, ya sabes.

»Bueno, he de decir en su favor que en lugar de eso se ofreció a llevarme el viaje entero, ida y vuelta. Así que le doy las gracias y le digo que voy a quedarme algún tiempo con los hijos de mi hermana y que regresaré con ellos en una semana, más o menos. Me dice que muy bien y yo pienso que ya está hecho. Estoy seguro de que una vez en Boston un viejo irlandés con cierto ingenio podrá ganarse el pan cantando para los turistas.

Talbott hizo una pausa, buscó a su alrededor una jarra que

echarse al gaznate pero no encontró ninguna.

–Pero no llegaste a Boston –dijo Antígona.

–Llegamos hasta las afueras de la ciudad. El viejo coche de Rafferty vibraba tanto que parecía que nos iba a sacar los huesos del cuerpo. Y la ventanilla sólo bajaba hasta la mitad. Y el aire acondicionado no hace gran cosa aparte de arrojarte encima el contenido del cenicero cada vez que el coche acelera. Pero para mí era como estar en la proa de uno de esos viejos y grandes veleros de tres mástiles. Cortando los caminos; arrojando a ambos lados una estela de posibilidades puras.

»Paramos para repostar en una gasolinera BP al norte de la ciudad propiamente dicha. Porque, según me dijo Rafferty, allí la gasolina era ocho centavos más barata. No creo que fuera una indirecta pero como de todas maneras no tenía un centavo encima, cambié de tema. Le dije que no recordaba que las gasolineras fueran tan *brillantes*. Y lo era, tan brillante que hacía daño a los ojos. Entorné la mirada tratando de seguir los pases arcanos que hizo Rafferty al sacar la bomba. Observé cómo cambiaban y se retorcían los números, tan deprisa que casi no se podían ver. Se detuvieron al llegar a 17.25\$ y Rafferty dijo "Vamos" y entramos.

»Dentro, si acaso, era aún más brillante que fuera. La cabeza me dolía ya y me encontré buscando la autopista con la mirada. La reconfortante vastedad del espacio abierto y el cielo de la noche.

»Comparamos algo de comida y bebida para el viaje. Dejé que Rafferty se orientara en medio del bombardeo de bolsas de plástico y de papel mientras yo me encaminaba a un territorio que me era más conocido, el de los refrescos líquidos. El chico que había tras el mostrador le pidió su carné a Rafferty y yo me reí a carcajadas. "Tengo que pedirlo", dijo el chico, "es la ley".

»El teléfono sonó mientras estaba marcando las compras en la caja registradora. "No, No. Aquí no hay nadie llamado Talbott. Lo siento".

»El corazón me dio un vuelco. Miré por la ventana en dirección al otro lado del aparcamiento y el gran velero de tres mástiles había desaparecido. En su lugar sólo estaba el viejo coche de Rafferty, con el tubo de escape caído. No se puede llegar a ninguna parte en un

coche así. Desde luego no a Boston, y mucho menos a un nuevo comienzo.

»Rafferty tenía el brazo extendido hacia el teléfono y se estaba explicando con el dependiente. Supongo que estaba tratando de ayudar. Tuvo que gritar para hacerse entender antes de que el chico colgara. Una vez que lo consiguió, fue bajando el tono de voz hasta que se convirtió casi en un susurro. Yo capté las palabras "Su hermana acaba de fallecer". Y el muchacho respondió, "¿Cómo dice?". Cogí el teléfono.

»Me llevé el receptor a la oreja como si fuera un arma. Escuché las palabras que venían desde el otro lado de la línea y asentí, varias veces, sin importarme que la persona con la que estaba hablando no pudiera ver el gesto. Mi aquiescencia se *sobreentendía*. Por adelantado. "Lo siento" le dije a Rafferty. "Tengo que regresar". Ni siquiera recuerdo la excusa que le di. Probablemente algo como que la ceremonia iba a retrasarse. Probablemente algo como que uno de los hijos de mi hermana vendría a buscarme el fin de semana. No lo sé. Fuera lo que fuese, durante el viaje de vuelta fue lo bastante educado como para no preguntar. Me trajo de nuevo aquí y me dijo que si necesitaba algo lo llamara.

»Al final tuve que prometerle que le conseguiría el nombre de la funeraria. Y hasta envió unas flores.

Talbott guardó silencio y se dejó caer sobre una silla próxima, como si sus miembros hubieran perdido toda fuerza. Antígona se le acercó y le puso una mano en el hombro.

—Lo siento —dijo—. Te merecías algo mejor.

—¿Mejor? —Soltó una carcajada quebrada—. Aquí estoy mejor de lo que estaría tratando de ganarme la vida entreteniendo a los turistas en Boston. Mucho mejor. Tengo todo lo que quiero, ¿no? Tres deseos para el narrador. Anillos, ropa de seda y una manto de armiño. ¿Un atuendo digno de un emperador? Hecho. ¿Un río inagotable de cerveza? Hecho. Nada más fácil. ¿Un arpa mágica que arranca a las aves del cielo, a las doncellas de sus devociones y que se canta una nana cuando todo ha terminado? Hecho, hecho y hecho. Aquí no existen las necesidades, Antígona. Sólo que ya no estoy seguro de que la carencia de necesidades sea algo deseable. Creo que sin un

cierto nivel de necesidad, ya no existe la esperanza. No hay deseo de mejorar. Y ésa es la antesala de la desesperación.

Antígona guardó silencio largo tiempo.

–Tú y yo –dijo al fin– somos moradores del umbral. Guardianes de las puertas, recién casados, trolls bajo el puente. Imaginemos que existe una puerta, una puerta física, entre la esperanza y la desesperación. Entre la vida y la muerte. Es una puerta de volición. Puedes elegir la acción, pasar por la puerta en cualquiera de las dos direcciones. Puedes cruzar la puerta de la capilla y encaminarte a Boston, a una vida nueva. O puedes regresar a los brazos familiares de la capilla, con sus virtudes y faltas, su abundancia y sus despreocupadas atrocidades.

»En mi caso, la imagen no corresponde tanto a una puerta como a un precipicio. Puedes alejarte del borde del abismo, abandonándote a lo inevitable, la atracción devoradora del mundo. O puedes arrojarte a la nada en un salto ciego de fe. Lo importante no es la dirección sino el propósito. El acto de volición. ¿Es un salto de esperanza o de desesperación? ¿Impaciente o ansioso? Sospecho que en tu puerta ocurre lo mismo. Volviste a entrar en la capilla lleno de desesperación, tras haber sido llamado de regreso, con las alas cortadas. Yo entro como desafío, precipitándome hacia mi destino. La diferencia liberadora reside en el propósito.

Talbott asintió.

–Dar lecciones a tus mayores es un hábito muy poco atractivo en una joven dama –dijo, mientras una pequeña sonrisa se iba dibujando en su rostro–. Terminarás siendo una vieja solterona, puedes darlo por hecho.

–Precisamente estaba pensando que me sentiría muy feliz si acabara siendo cualquier clase de vieja –dijo Antígona–. Ahora me marchó. Espero que lo comprendas. Adiós, Talbott.

El portero se levantó laboriosamente de la silla.

–Puede que haya llegado el momento de estirar un poco las piernas –dijo–. He probado por la puerta exterior y no me ha gustado mucho lo que he visto. Creo que voy a descubrir adónde me lleva la otra puerta.

Talbott mantuvo la puerta abierta para que Antígona pasara y siguió con la mirada su figura mientras se alejaba por el Grande Foyer, sabiendo que no volvería a verla en toda su vida.

Aún titubeó, paralizado en el umbral mismo de la Capilla de los Cinco Distritos. Frente a él, apenas a un paso de distancia, se extendía el Grande Foyer. Pero no podía reunir el valor para dar ese paso. Al otro lado de la puerta estaban las comodidades de su dominio, la vida que conocía. Sus libros, su cerveza, su cama. Al otro, sin embargo, se extendía la capilla propiamente dicha. El interior de la casa no le era desconocido, pero la presencia de los Astores lo había cambiado todo y había proyectado una inquietante palidez sobre las familiares estancias.

Talbott sabía que muy pocos extraños habían tenido el peligroso honor de poner el pie en el interior de la casa de los brujos. Y menos aún se habían dejado persuadir para contar lo que habían visto allí.

También sabía muy bien que una capilla Tremere era un lugar en el que todos los horrores de lo que él llamaba, "la condición vampírica" –noche y hambre, misterio y manipulación– se destilaban hasta alcanzar su forma más pura, más seductora y más peligrosa. La idea de ser invitado a participar de aquel potente licor lo tentaba a un nivel primitivo. Era una tentación que eludía con facilidad las defensas del juicio y el intelecto y que hacía su trabajo directamente en el esófago, las tripas y la ingle.

O puede que la tentación fuese todavía más primitiva. Sí, allí había en funcionamiento una jerarquía del deseo. Ése era sin duda el mensaje implícito en el canto de sirena de los Tremere, el interminable canto de la capilla.

Entre el deseo y el espasmo se extiende la sombra.

Talbott sabía que existía una cierta forma de deseo más

profunda que el ansia intelectual: el afán de saber, de entender, de dominar, de ordenar, de organizar, de componer. Más profundo aún que las capas enterradas de los deseos físicos: comida, bebida, calor, sexo. Más allá de todos ellos había un deseo preeminente, un impulso del espíritu en estado puro. La realidad de este deseo rompió sobre él como una ola. Se retiró un instante, sólo para volver con fuerzas renovadas.

Qué extraño don para ofrecer a los desconocidos, aquí en el umbral.

En todas las ocasiones que había llevado a los invitados hasta el umbral del Grande Foyer, la sala nunca le había echado las redes de su conjuro para mostrar ante sus ojos las capas de deseo y secretos que la cubrían. Algo fundamental había cambiado. Algo en su relación con aquella casa.

Vio su propio deseo desnudado ante sí. Era el anhelo de volver a estar entero. El innegable impulso de regresar a casa. La búsqueda instintiva de la unidad, el ansia de alcanzar la pertenencia. Talbott se vio abrumado por la tosca seducción del umbral. No la esperada llamada del poder sino la invocación de la unidad, el abandono del yo, un acto de aniquilación y realización simultáneas.

Frente a sus ojos, la entrada creció hasta alcanzar alturas asombrosas. Sus agujas, galerías, y escaleras circulares parecían estar dibujadas por luz de la luna al pasar por una vidriera. La delicada construcción parecía puramente efímera. Talbott tenía la clara e irracional convicción de que si parpadeaba una sola vez, la escena entera se disolvería y desaparecería de su vista.

Las sendas abiertas por los rayos de luna que entraban por las vidrieras parecían tener más sustancia que las paredes y las galerías balaustradas del propio Grande Foyer. Talbott podía imaginarse a sí mismo ascendiendo por los vertiginosos escalones de luz, trepando por aquella ladera traicionera hasta el mismísimo pináculo del deseo.

Pero una parte lejana de su mente impidió que se abandonara a aquella comunión extraña de poder y deseo. Había un lado siniestro en aquella promesa. Y estaba la sensación de que, una vez que cruzara el umbral, tal vez no fuera capaz de regresar.

Talbott volvió la vista atrás y contempló el camino de regreso.

Una oleada de vértigo lo abrumó y se tambaleó. Por un momento, tuvo la clara impresión de que el Grande Foyer no se extendía delante de él, sino detrás. Giró bruscamente sobre sus talones buscando la única vía de escape y se encontró, una vez más, frente a la enorme sala iluminada por la luz de la luna.

Empezó a volverse de nuevo pero entonces cambió de idea. Se obligó a mantener la calma y cerró los ojos hasta que apenas una tenue impresión de luz y sombra lo alcanzó a través de los párpados.

Cautelosamente, arrastrando poco a poco los pies sobre el suelo, puso a prueba su nueva convicción. Era tal como había temido. Ni adelante ni atrás; ya no podía retroceder ni avanzar. Era como si hubiese quedado atrapado en la compleja red de deseos que la capilla entretejía a su alrededor.

El tiempo se alargó hasta la incomodidad. Talbott temía que en cualquier momento la resignación cediera al frío abandono del pánico. Sin embargo, y para su sorpresa, su completa impotencia trajo consigo una prístina claridad de pensamiento.

Lo más probable es que esté a punto de morir. Éste fue su primer pensamiento. Talbott consideró la idea sin temor, pero con cierta curiosidad, incluso impaciencia. La paladeó en su lengua y la encontró fría, firme, dulce. De manera ausente se preguntó cómo, después de cuarenta años de servicio, en aquel mismo umbral, había llegado a pensar que alguna vez sería capaz de abandonarlo.

* * *

Antígona no sabía por qué no había reaccionado el Grande Foyer a su presencia, atacándola con sus barreras de tentaciones y condenaciones. Puede que porque las cosas que más temía y deseaba la esperaban ya en el interior.

Apenas advirtió la presencia de las demás figuras en la sala. Se deslizó entre ellas como un fantasma, sin apenas tocarlas o agitar sus atavíos al pasar a su lado. Su atención estaba puesta en la *diagramma* del centro de la sala.

Helena estaba suspendida cabeza abajo delante de la antiquísima fuente que era el punto focal de la cámara en todas sus

encarnaciones.

Antígona llegó hasta el borde del diagrama que rodeaba a la adepta y estuvo a punto de rozar las marcas de tiza con los dedos del pie, pero no se atrevió a continuar. A pesar de su proximidad, no podía saber si Helena había sobrevivido al castigo de los Astores. La carne de la adepta estaba tan pálida y transparente como el papel cebolla. Parecía como si le hubiesen sacado toda la sangre. Sólo en una ocasión había visto Antígona a alguien con tan poca sangre en el organismo y aquella novicia había sido arrojada a un frenesí famélico por los apetitos de la Bestia.

Helena estaba completamente inmóvil. Si todavía no estaba muerta, su llama vital estaba en un lugar tan lejano que ni siquiera las sacudidas de la Bestia podían ya perturbarla. O estaba muerta o se había refugiado en el sueño desangrado del letargo, un letargo más profundo del que Antígona hubiera visto nunca.

La única prueba que tenía de que la adepta no hubiera muerto definitivamente era que su cuerpo seguía intacto. Helena era más vieja que ella. Había pasado un siglo y medio burlándose de los poderes de la muerte y la podredumbre. Si de verdad hubiera llegado su fin, estos poderes habrían hecho estragos en sus restos, reduciéndolos a un montón de carne pútrida y huesos amarillentos en cuestión de minutos.

Entonces se le ocurrió una idea más siniestra. Puede que el propósito del extraño diagrama que contenía a la adepta fuera tan solo preservar sus restos, no la tenue chispa de su media vida. No era algo médico sino taxidérmico.

Antígona estudió los glifos que circunscribían el diagrama pero se negaron a entregarle ninguno de sus secretos. Al acercarse más, se vio sobresaltada por un sonido siseante y retrocedió dando un salto. Una tenue neblina rosa llenó el círculo y se arqueó hasta formar una bóveda por encima de la adepta, su ápice, el punto en el que la cadena que la maniataba por los pies emergía del techo.

Era imposible confundir la naturaleza sanguínea de aquella niebla. El olor dulzón de la vitae abofeteó a Antígona en pleno rostro. Por un momento tuvo la inquietante impresión de que la bóveda de sangre diluida formaba una campana de cristal que contenía el curioso

espécimen que antaño había sido Helena.

Un sonido animal y siseante escapó de la garganta de Antígona, un grito inarticulado de horror, de cólera. Pensar que pudieran hacer semejante cosa... Y a Helena, cuyo único crimen era un siglo de servicio a aquella misma casa.

–Calma –susurró una voz justo a su espalda–. Cuando te hacen daño no debes dejar que lo sepan.

Antígona se revolvió pero la furiosa réplica que se estaba formando en sus labios murió al ver que se trataba de Estévez. Su advertencia sólo logró aumentar su confusión.

–Pero han... mira lo que han...

Estévez no respondió de manera alguna a su indignación. Habló con voz controlada y baja para que nadie más pudiera oírla. Sus ojos no se apartaron del cuerpo suspendido de la adepta y ni siquiera sus labios se movieron apenas.

–Es una *profanación* –siseó–. Mantenerla así suspendida, meciéndose como un péndulo entre los vivos y los muertos...

–¡Ponle fin! –le gritó Antígona a la cara.

El grito provocó que varios rostros se volvieran hacia ellos. Una mirada de decepción cruzó el rostro de Estévez. A continuación se volvió hacia ella con expresión de sorpresa, como si fuera la primera vez que reparaba en su presencia. Cuando habló, su voz se extendió con claridad por toda la sala. El tono compasivo de antes había desaparecido de repente.

–¡Novicia! Me alegro de que hayas decidido acudir a nuestra cita. Has hecho lo que debías, no tengas dudas sobre eso. Entregarte es lo mejor que podías hacer en estas circunstancias.

–No he venido aquí para entregarme. He venido para...

–Empezó a decir algo sobre el desafío a *certamen* pero las palabras se trabaron físicamente en su garganta. El maldito juramento de sangre de nuevo.

–Sí, por supuesto –la interrumpió Estévez rápidamente–. Para enfrentarte a tus acusadores, para limpiar tu nombre. Bueno, es más o menos lo mismo, ¿no?

Su réplica fue recibida con regocijo por los presentes, un regocijo que derivó enseguida en dispersas y cohibidas risillas. Pocos de los

presentes estaban dispuestos a dejarse ver criticando en cualquier medida la justicia de los Astores.

Aquello no estaba bien, pensó una enfurecida Antígona. Entonces, por vez primera, pareció fijarse mejor en lo que la rodeaba. Estévez no había hecho los preparativos del *certamen*. ¿Dónde estaban los círculos de protección en los que se celebraba el ritual?

–¿Qué ocurre aquí, Eugenio? –preguntó con impaciencia.

–Te aseguro que estoy tan sorprendido como tú por lo ocurrido –dijo. Hablaba con exagerada lentitud y mientras lo hacía clavó sus ojos en los de ella como si pudiera hacerla entender con la mera fuerza de su mirada–. Sin embargo, estoy seguro de que los Astores tenían buenas razones para dar con la adepta un... ejemplo tan alarmante. Desde luego, nadie pone en duda que se haya cometido un delito que hay que castigar.

–No entiendo –musitó. ¿Estaba diciendo Estévez que Helena había hecho algo que merecía semejante castigo? ¿O que el delito cometido era el de los Astores? No terminaba de encajar–. ¿Qué puede haber hecho para merecer algo así?

Estévez dejó la pregunta sin responder. Por fin dijo:

–He hecho averiguaciones. Me han dicho que mató a una novicia, conspiró para socavar la autoridad de los Astores y traicionó a su regente.

–¡Eso es basura! –dijo Antígona–. Helena nunca hubiera hecho tales cosas.

Se había hecho el silencio en la sala.

–En condiciones normales –dijo Estévez con cautela– me sentiría inclinado a asentir. Pero según parece, éstas no son circunstancias normales.

–No me lo creo. ¡Esto no está bien! ¡Helena no hizo nada de eso y aunque lo hubiera hecho, no se merecería algo así! Voy a bajarla de ahí ahora mismo.

Se dirigió al diagrama.

–Ésa no sería muy buena idea –se apresuró a decir Estévez–. Puede que no estés familiarizada con esta *diagramma hermética* en particular. Hay una muerte atrapada en su interior. La muerte que le ha sido robada a la adepta. Sería una auténtica estupidez cruzar esa

línea.

Antígona se detuvo a escasa distancia del círculo de tiza. Sin volverse hacia Estévez, preguntó:

–¿Estás diciendo que mataría a Helena?

–Estoy diciendo que si la liberas, podría no importarle una víctima u otra. Lleva mucho tiempo atrapada y frustrada. Y te interpondrías directamente en su camino.

Antígona dirigió una mirada ceñuda a los símbolos que rodeaban el diagrama tratando de desentrañar su significado. No sabía en qué medida podía confiar en Estévez, ni siquiera en este asunto. Por alguna razón, también él parecía contrariado por la condición de Helena. Pero tenía una manera curiosa de demostrarlo. Una manera más circunspecta, desde luego, y ella estaba cansándose de insinuaciones y manipulaciones veladas.

–Mira, ya sabes para qué he venido esta noche. ¿Vamos a hacerlo o...?

–Calma, novicia. Sí, sé para qué has venido esta noche. –Le puso una mano en el hombro y ella se estremeció al sentir su contacto–. Querías desafiarme de manera formal, aquí, delante de toda la capilla. ¿No es así?

Una conmoción muda recorrió la sala. Antígona, como respuesta, asintió. No confiaba en que su voz la obedeciera. Estévez le cogió también el otro hombro y se mantuvo así, de manera que no pudiera apartar la mirada de Helena.

–Sólo quería asegurarme de que sabes lo que está en juego.

Con un susurro áspero, inaudible para el resto de los presentes, dijo:

–Estás aquí esta noche para morir. Pero vas a morir para que nada como esto –le apretó los hombros con más fuerza y casi la empujó en dirección a Helena– vuelva a ocurrir jamás.

–No veo cómo va mi muerte a...

–Tu muerte –le dijo Estévez al oído– o más bien, el hecho de que sigas entre los vivos, es lo único que mantiene aquí a esos bastardos. Es lo que llevan haciendo las dos últimas semanas: tratar de encontrarte. No sé dónde has estado, aunque tengo mis sospechas. Y lo cierto es que me da igual. Ahora, lo único que importa

es que esos bastardos no puedan regresar a la Casa Madre e informar de que han dejado una renegada practicante de la taumaturgia oscura. El informe de Sturbridge sobre el pequeño incidente entre Stephens y tú ha puesto las cosas muy mal para todos. No pueden ignorarlo, no pueden fingir que no ha ocurrido y no pueden marcharse.

¿Comprendes?

–Ya lo cojo –dijo, mientras sacudía el cuerpo para quitárselo de encima–. Tengo que morir y tengo que hacerlo aquí, delante de testigos.

–Lo cierto es que no hay otra manera.

–¿Y tú qué sacas de todo esto? ¿Una medalla? Supongo que algún mérito por haberme traído hasta aquí. Por no mencionar que es una vergüenza para los Astores que, tal como has señalado, han estado tratando de dar conmigo desesperadamente. Y me imagino que matarme en un impresionante duelo de magia también tiene su valor. Al menos dejará un recuerdo memorable.

–Esa parte fue idea tuya, no mía.

–Muy bien. En ese caso, acabemos de una vez.

Estévez asintió y se volvió para hablar con un novicio que esperaba cerca. Sólo estuvo fuera unos pocos minutos pero para Antígona el tiempo se alargó de manera agonizante. Trató de ordenar sus pensamientos, de reunir el valor necesario para hacer lo que debía. Si quería una muerte de ella, ella le daría una muerte.

La naturaleza teatral de la muerte no le era desconocida. En cierto modo, llevaba todas sus noches preparándose para esto. El último y dramático mutis. Seis veces había interpretado una incursión en el reino de los muertos y seis veces había escapado ilesa con un ademán y una reverencia. La brusca sacudida de la muleta del torero, el estruendo de la muchedumbre.

Había nacido para esto y les daría algo memorable por su dinero.

El novicio regresó con todo lo necesario, encorvado a causa del peso. Dejó su carga en el suelo con un ruido sordo y Estévez, también un maestro del espectáculo a su manera, empezó a hacer los preparativos.

Estévez sacó una bolsa negra cerrada con un cordel y, tras abrirla, vació parte de su contenido sobre la palma de su mano. Antígona vio que la granulosa sustancia consistía en una mezcla de cenizas y huesos viejos con un material más acre. Estévez la movió en su mano para comprobar su textura. Satisfecho, emitió un gruñido y vació el saquito entero sobre una jofaina de cobre que el novicio –Antígona creía que se llamaba Jason pero no estaba segura– sostenía frente a él con los brazos extendidos.

Cuando Estévez se volvió, el novicio apretó los dientes y se hizo un buen corte en el antebrazo. La sangre cayó sobre la pared áspera de la jofaina y fue a mezclarse con la horrible mixtura. A continuación empezó a darle vueltas con la mano ensangrentada, como un panadero con la masa.

Mientras el novicio trabajaba, Estévez se dedicó a medir un área de diez pasos de diámetro y apartar a los curiosos que se estaban acercando para asistir al espectáculo. Aceptó la jofaina de cobre con solemnidad y en silencio y la inclinó ligeramente. Un chorrito del denso y granuloso líquido desbordó el recipiente y cayó al suelo.

Estévez trabajaba rápidamente. Caminó en un amplio círculo alrededor de la zona vaciada, dejando tras de sí un reguero de la nociva mezcla. Sólo cuando hubo terminado el círculo completo examinó el resultado con la mirada. Sonrió.

Era, por lo que Antígona podía ver, un círculo perfecto, pintado con una mezcla de hollín, cenizas y sangre derramada. Dudaba mucho que ella hubiera podido hacerlo ni la mitad de bien, aunque hubiera medido el círculo de antemano y lo hubiera dibujado con tiza en el suelo.

Antígona se vio inmersa sin darse cuenta en la historia del artista del Renacimiento, Rafael, en su primera audiencia frente al Papa. Cuando Rafael fue presentado, se mostró tan jactancioso que el Papa

dispuso que lo pusieran a prueba de inmediato. Según relata la historia, pidió un pincel y un pequeño tarro de pintura púrpura, que entregó al autoproclamado maestro para que pudiera crear una obra de arte. Rafael no titubeó y al momento dibujó un círculo perfecto sobre el suelo, a los pies del trono papal. Esto impresionó tanto al pontífice que decidió tomarlo bajo su protección.

Para culminar su hazaña, Estévez trazó dos nuevos círculos, de dos pasos de diámetro cada uno. Aquellas serían las posiciones desde las que los combatientes se enfrentarían.

–Si estás preparada –dijo, mientras señalaba con un gesto el círculo más próximo a ella–, puedes dar comienzo a tus preparativos.

Estévez se situó en la posición que le correspondía y se inclinó para garabatear con tiza unos símbolos arcanos alrededor del perímetro.

Antígona cruzó titubeando la línea y penetra en su propio círculo. Observó a Estévez durante unos momentos antes de darse cuenta de que el novicio –¿Jason?– se encontraba a su lado, sosteniendo un pequeño cojín en el que descansaba una tiza, varias velas y un estilete. Los aceptó y les dio las gracias pero él se mantuvo impassible. Puede que lo hubiese llamado por un nombre equivocado.

Estévez estaba terminando su propio diagrama cuando Antígona se arrodilló para dibujar con mano temblorosa los primeros glifos de apoyo. Allí estaba claramente en desventaja. Se devanó los sesos tratando de recordar algunos de los diagramas de protección que había visto en las páginas del *Spiritus Mundi* o del *Pythoras Trismagerus*, pero no logró acordarse de ninguno completo. Y un diagrama parcial –o, peor aún, incorrectamente trazado– no sólo era inútil sino que además resultaba peligroso.

Sintió la mirada de Estévez sobre ella y eso la puso todavía más nerviosa. Imaginaba su sonrisa de superioridad, el golpeteo exagerado de un pie contra el suelo. Se inclinó y empezó a dibujar sobre el suelo todos los glifos que acudieron a su memoria.

Había cubierto la cuarta parte del círculo antes de darse cuenta del patrón que estaba recreando. El del único diagrama que había invocado con éxito en toda su existencia: el círculo de protección invertido. El diagrama que había entrevisto por un breve instante en

las criptas que se extendían bajo la capilla. El que con tan poca sensatez había utilizado para tratar de detener al Astor que la perseguía en el mirador de la viuda. El patrón que Sturbridge había identificado como un rito prohibido de taumaturgia oscura.

Los curiosos que estaban contemplando la escena empezaron a cuchichear y se transmitieron preguntas y conjeturas de boca a oído por toda la muchedumbre. Dudaba que alguno de los novicios presentes estuviera al tanto del verdadero propósito de aquella heterodoxa configuración de símbolos. Tampoco ella estaba del todo segura de su verdadero objetivo.

Sabía que la ocasión anterior que había utilizado aquel diagrama de contención, había conseguido atrapar a Stephens en mitad de una aportación. Ni Antígona ni Stephens habían podido cruzar físicamente la barrera, que detenía hasta el sonido. A pesar de que no le gustaba la idea de quedar confinada en el interior de una barrera como aquella, confiaba en que al menos pudiera contener algunos de los ataques místicos de Estévez. Y, a decir verdad, a esas alturas estaba ya demasiado adelantada como para dar marcha atrás y empezar un nuevo diagrama... aun en el caso de que hubiera podido recordarlo.

Confiando en su suerte, Antígona trazó el último glifo y el círculo quedó completo. Sólo entonces levantó la mirada hacia Estévez y descubrió que había un punto de perplejidad –¿Y acaso una pizca de jocosidad?– en su expresión.

Hacía rato que había concluido sus propios preparativos. Antígona los examinó, un poco cohibida. No le gustaba el aspecto de algunos de los signos que había dispuesto para su defensa. Estaba casi segura de que el más adelantado de todos ellos, que parecía trepidar bajo la tenue luz de la sala, era una conjugación oscura de la runa elemental del fuego. Si era así, se trataba de muy malas noticias para ella. A lo largo de sus estudios, hasta las defensas pirománticas más sencillas habían dado esquinazo a Antígona. Si Estévez podía llevar la lucha a ese campo, todo terminaría muy deprisa.

Algunos de los demás glifos le resultaban familiares. Distinguió las runas de las manipulaciones de la sangre más importantes: curación, resistencia, transferencia simbiótica, hemorragia empática. Había muchas otras e incluso aquellas que conocía lucían inquietantes

adornos y aditamentos de los que no podía sino especular la auténtica naturaleza de su siniestro propósito.

Fue entonces cuando Antígona experimentó uno de esos raros destellos de intuición que se presentan tan solo en situaciones de vida o muerte. Llevaba algún tiempo dando vueltas al significado de los glifos individuales del diagrama de Estévez; entonces, en un chispazo desgarrador, comprendió el significado, no de los componentes, sino del diagrama entero. Se cernió sobre ella con fría certeza, sin que tuviera manera de poner en duda su mensaje o evitar sus consecuencias. El diagrama no podría haber sido más claro o elocuente si le hubiera hablado en voz alta. *Vas a morir.*

Ahora bien, Antígona no temía a la muerte. Había corrido tontamente hacia ella tantas veces como había escapado de su abrazo. Pero esta vez había algo diferente. La certeza. La inevitabilidad.

Había pasado toda la vida flirteando con muchas pequeñas muertes. Con terrazas, píldoras y hornos de gas. Ahora, por primera vez, se encontraba afrontando la realidad de la totalidad de su muerte, el concepto de la no-existencia. La estremeció y se dio cuenta de que había empezado a tener miedo y una fina película de gotitas rojizas le cubría toda la piel.

Estévez se percató del cambio. Vio su creciente certidumbre, olió la dulzura enfermiza de su miedo.

–¿Empezamos?

De repente, Antígona quería hacer cualquier cosa menos eso. Quería hacer alguna variación su círculo de protección, quería huir de allí.

–Ah, casi lo olvido –dijo él. Antígona se aferró al sonido de su voz como si fuera una garantía de continuidad para su vida–. Te prometí una tercera condición para nuestro desafío. ¿Lo recuerdas? Bien. La condición es ésta: nada de objetos creados por la mano del hombre. Ni artefactos ni focos. Nada más que la oscura majestad de la sangre.

Le entregó su tiza al novicio que lo atendía, al otro lado de los círculos. A continuación se quitó el reloj de pulsera y se lo dio también.

Antígona lo miró en silencio un momento antes de comprender lo

que se esperaba de ella. Se tanteó con aire ausente los bolsillos. Entonces, tras quitarse el bolso del hombro, empezó a meter cosas en él. Antes de mucho tiempo había guardado tiza, velas y una navaja plana de grandes dimensiones. Y el revolver reglamentario del calibre .45 de Felton.

De mala gana, se lo entregó todo a Jason cuando se acercó a su lado del círculo. El novicio silbó al ver el impresionante despliegue de potencia de fuego y acero. Antígona maldijo en silencio, al darse cuenta de que cualquiera de esas cosas podía haberle proporcionado ventaja en una contienda en la que probablemente tendría muy pocos elementos a favor.

—Cuando quieras, novicia.

Antígona asintió y al instante Estévez alzó las manos en una invocación. Las mantuvo una fracción de segundo en alto antes de volver a bajarlas en un movimiento rapidísimo. El glifo de fuego se encendió como respuesta. Dos grandes llamaradas salieron disparadas, una desde la derecha, otra desde la izquierda. Cuando chocaron con el círculo exterior se produjo un chirrido metálico y el fuego retrocedió y continuó su avance siguiendo el arco del círculo.

Dos oleadas de fuego, idénticas entre sí, cayeron serpenteando sobre Antígona. La novicia sintió su peso. La fuerza del aire que desplazaban la hizo caer sobre una rodilla. Esperó la caliente acometida del dolor, el olor de la sangre quemada, la chisporroteante carcajada de las llamas danzando sobre su piel. Pero el golpe no se produjo.

Antígona levantó la mirada y se encontró atrapada en una bóveda de fuego. Las llamas embistieron la protección de su círculo invertido pero éste resistió. Al menos por el momento. Sin embargo, el calor que hacía dentro de aquel capullo empezaba a resultar insoportable.

Antígona no sabía muy bien lo que debía hacer a continuación. Suplan no había ido más allá de seguir el ejemplo de Estévez trazando un círculo de protección y confiar en su suerte. No sabía cómo lanzar bolas de fuego o relámpagos ni cosas por el estilo. No tenía modo de tomar la ofensiva o responder a sus ataques.

Desesperada, trató de obligar a las llamas a volverse hacia

Estévez. Alzó los brazos en un gesto dramático y profirió una invocación en latín, concentrándose con todas sus fuerzas en apartar de sí el letal dosel de fuego.

No ocurrió nada.

De repente se sentía agradecida al estruendo ardiente que la rodeaba. Podía imaginarse a los demás novicios mirándola, riéndose de sus penosos y tristes intentos. La indignidad de la situación le dolía y hubiera deseado que la tierra se la tragara. Que las llamas cayeran sobre ella y la borrarán de la faz de la tierra. Que extinguieran la pequeña chispa de su existencia con el peso abrumador de su propio fuego. Perderse, abandonar todo sentido del yo en medio de un vasto océano de llamas, igual que había hecho aquella vez en los brazos extendidos hasta el horizonte del mar. Hundirse. Ahogarse. Enmudecer.

Se encontró debatiéndose, casi en contra de su voluntad, luchando por alcanzar la superficie, batiendo las piernas desesperadamente. En algún lugar sobre ella, había aire, había viento, había vida. Pero llevaba tanto tiempo sumergida en las negras aguas que ya no sabía en qué dirección estaba la superficie. O siquiera por qué cosas tales como el aliento y la vida, abandonadas hacía tanto, seguían siendo importantes.

Sintió que se colapsaba sobre sí misma como la esquina de un manuscrito aproximada a la llama de una vela. Con los codos en las rodillas, la cara en las manos, hecha un ovillo. Hacia dentro. Se encontró avanzando a trancas y barrancas por aguas negras y espesas.

* * *

Antígona se encontró al borde de un pozo silencioso, contemplando las oscuras aguas. Conocía aquel lugar. Había estado allí un centenar de veces en cien pesadillas diferentes. Contra su voluntad, se vio acercada a él. Cerró los ojos y alargó una mano hacia la superficie del agua, sabiendo lo que iba a ocurrir. La perturbación inesperada de la plácida superficie. La mano hinchada y azul del niño ahogado que se alzaba para cogerla por la muñeca. Para arrastrarla

consigo.

Chilló y escapó de sus visiones interiores, batió las piernas para escapar de la vieja pesadilla. *¡Aquí no!*, pensó. *Ahora no*. Pero el frío de aquellas aguas subterráneas seguía pegado a su cuerpo. Al abrir los ojos a la pesadilla de fuego, se encontró tiritando de frío y humedad.

Y mientras volvía a emerger a la superficie de la consciencia, algo que había en aquel funesto estanque de montaña se alzó con ella. Las llamas se encogieron frente a su presencia, por temor a tocarlo y verse extinguidas en sus gélidas profundidades. Antígona pensó que sabía exactamente cómo se sentían.

Hubo un tiempo, hacía mucho, en que aquel pozo había significado algo muy diferente para ella. Cuando era joven era el lugar en el que escondía sus tesoros más preciados. Sola, en el aislamiento de su cuarto de Scoville, Antígona apagaba las luces, bajaba las persianas y ponía una manta bajo la puerta. A continuación, cuando la oscuridad exterior era absoluta, imposible de diferenciar de la negrura interior, se sumergía en las oleosas profundidades de su propia consciencia.

Podía recordar cómo se sentía al atravesar aquellas aguas gélidas, conteniendo la respiración y luchando por alcanzar el fondo del pozo. En aquellas profundidades, todo lo ajeno desaparecía: pensamientos extraviados, sensaciones fastidiosas, incluso la percepción del yo. El truco consistía en alcanzar el fondo antes de perder el sentido. Recopilar las imágenes y respuestas desperdigadas por allí, en su mismo corazón, bajo el pensamiento, bajo el conocimiento.

Cuando lo conseguía se impulsaba con todas sus fuerzas hacia la superficie, llevando consigo los tesoros que tanto le había costado ganar y los escribía en su libro de poemas antes de que se le escurrieran entre los dedos. Buscando a tientas su pluma en la oscuridad, sintiendo que las palabras cobraban forma, como si estuviera escribiendo en braille. Entusiasmada con su hallazgo, exuberante y empapada.

Pero eso había cambiado mucho antes de que la obligaran a cruzar el umbral de la no-muerte. Sus cuadernos de poesía seguían

probablemente allí, en el fondo de una caja en el rincón de un sótano de Scoville. Tesoros que aguardaban olvidados en el fondo de un pozo húmedo de paredes de piedra.

Pero cuando se había convertido en mujer, había dejado aquellas cosas de niña tras de sí. Y entonces llegó la Guerra, y el Servicio de Señales del Ejército. ¡Y París! Y luego, después de la Guerra, el trabajo como telefonista, y luego David y el matrimonio. Y, una cosa detrás de otra, acabó por olvidar el pozo y su oscura majestad y los brillantes tesoros que languidecían en su fondo de grava.

Fue la primera noche después de su Abrazo a aquella vida nocturna cuando empezaron las pesadillas. Recordaba llegar en sus sueños, como por casualidad, al borde de aquel pozo conocido. Era como volver a encontrarse con un amigo de la infancia. Se vio vagando por su viejo cuarto, tocando sus viejas cosas. Ahora parecían diminutas, delicadas. El cepillo de plata, el tintero de oro y cristal del Oriente, la plumilla. Parecían cosas de una casita de muñecas. Casi tenía miedo de que se le rompieran en las manos o se cayeran de la mesa y se hicieran añicos a sus pies.

No tardó en verse rehaciendo los pasos de su antiguo ritual (luces apagadas, persianas bajadas, manta por debajo de la puerta) y sumergiéndose en su primitiva oscuridad interior. El contacto del agua helada fue como un bofetón en plena cara, una negación. Las mismas aguas trataban de derrotarla, de cortarle el paso a las gélidas profundidades.

Sacudió los brazos, batió las piernas tratando de alcanzar el fondo pero inmediatamente se topó con algo. Tanteó a ciegas delante de sí y sintió el inconfundible contorno de unos dedos helados e hinchados.

Antígona empezó a chillar, tragó y tragó agua negra y entonces despertó en su cama del *domicilium* de los novicios, inhalando desesperadamente un aire que ya no necesitaba.

Aquel fue su primer encuentro con los Niños del Pozo. En las semanas y años que siguieron, la visión de aquel primer encuentro volvería a ella una y otra vez. En cada ocasión, descubría que los cuerpos hinchados y de piel azul se habían acercado un poco más a la

superficie, arrastrándose los unos encima de los otros, empujados hacia arriba por la masa de las víctimas que se acumulaban debajo de ellos.

Pronto se convirtió en un lugar del que Antígona se apartaba instintivamente. Pronto los rostros de los ahogados empezaron a adoptar aspectos familiares. Antígona distinguía las caras de cada una de las víctimas de las que se había alimentado a lo largo de las décadas. Y había más, incontables más, que gritaban tratando de atraer su atención. Había terminado por temer sus visitas nocturnas, pero al mismo tiempo había terminado por conocer el confinado espacio de su mundo de letargo tan bien como el confinamiento del de ella en su vigilia, tras los muros de la Capilla de los Cinco Distritos.

Y por eso Antígona supo inmediatamente que esta vez había algo diferente. Faltaba algo. Bajo la presión implacable del ataque de Estévez, se vio obligada a retroceder, a huir hasta la última costa de su interior. Pero faltaba algo. Supo al instante lo que era. Los Niños: habían desaparecido.

Por supuesto, sabía desde un punto de vista intelectual que llevaban semanas desaparecidos, desde la noche que encontraron a Sturbridge en las criptas. Pero las implicaciones del hecho no habían calado en su interior hasta entonces. Si los Niños habían desaparecido, el pozo volvía a ser suyo... su amado olvido, sus pérdidas maravillas.

Antes de que el ataque de Estévez hubiera terminado de retirarse frente al frío de las aguas, Antígona estaba hundiéndose otra vez. Hacia las profundidades. Tanteando en la oscuridad. Allí.

* * *

Lo más asombroso para ella era que había probado las aguas y, por vez primera desde que entrara en esta existencia funesta, no había encontrado miedo en ellas. Ni reproche.

Era obra de Sturbridge, pensó. Ella se había llevado a los Niños, los había engullido. Sturbridge era su chivo expiatorio, comprendió Antígona con repentina claridad. La que había cargado con todos los pecados de su pueblo a sus espaldas como si fueran haces de ramas.

La regente se había inclinado bajo su peso y se había partido en dos. ¿Y quién no lo hubiera hecho? ¿Quién hubiera podido soportar todas las recriminaciones, afrontar a todos sus acusadores, a todas sus víctimas?

Los Niños eran el reverso siniestro del aterrador poder inherente a la sangre Tremere. Eran su salvaguardia, su conciencia. Y Sturbridge se los había llevado a todos.

Cautelosamente, Antígona volvió a probar las aguas. Aún esperaba volver a ver los rostros serenos meciéndose allí, los cabellos extendidos como redes de pesca, los ojos redondos y brillantes como lunas, mirándola. Implorando. Pero ni una sola cara perturbaba las oscuras aguas.

Una parte distante de su mente era consciente aún de lo que estaba ocurriendo en el exterior, muy lejos de su santuario interno. Estévez, frustrado al ver que su ataque era repelido por las torpes defensas de una mera novicia, estaba reuniendo sus fuerzas para invocar algo realmente horrendo. Vio que recurría de nuevo al poder de la runa de fuego, pero esta vez era un mero acento de color, puesto que al mismo tiempo invocaba una y otra vez el glifo del poder de la magia de la sangre. El aire a su alrededor parecía crepitar y hervir. Con un grito, Estévez arrojó las nacientes energías a un glifo desconocido que parecía una serpiente mordiéndose la cola y que formaba por sí solo un círculo de protección completo en miniatura. Antígona no tuvo mucho tiempo para pensar en el significado del oscuro símbolo. La fuerza de las energías que Estévez descargó sobre el glifo lo hizo añicos. Se desplegó formando un crepitar de energía mística que envió una onda sobre el suelo de mármol en dirección a Antígona.

La novicia no tuvo tiempo de reaccionar, de tratar de levantar sus defensas. Sin pensarlo dos veces, aprovechó la única posibilidad que le quedaba: escapar. Inhaló profundamente, un hábito innecesario heredado del pasado, y se arrojó al pozo.

La ola pulsante de mármol chocó con el borde del círculo invertido de Antígona y estalló.

Los glifos de apoyo se quebraron con el ruido del cristal hecho añicos. Uno de los extremos de su círculo de protección se soltó y se

cimbreó por el suelo como un cable de alta tensión cortado de repente. El otro extremo empezó a sacudirse de un lado a otro con la fuerza suficiente para haber cortado en dos a cualquiera que se hubiera encontrado en su camino.

Los extremos sueltos se retorcieron y enortijaron, ascendieron y se volvieron contra Antígona. Se enroscaron a su alrededor una vez tras otra, alrededor de sí mismos y de sus miembros. Atacaron con la velocidad y ferocidad de unas serpientes gemelas, se encendieron y trazaron a su alrededor una doble hélice de sangre y fuego. Antígona gritó mientras sentía que la carne se desgarraba y los huesos se partían bajo el abrazo cada vez más furioso de su propia *diagramma* desbocada.

Pensó que debía de parecer una parodia retorcida de los caduceos, las serpientes gemelas enroscadas en la vara. Un símbolo de curación y descanso. El caduceo era el cetro del dios romano Mercurio, pensó casi ausente, el dios mensajero. El portavoz de Hades e intermediario entre los vivos y los muertos.

Pero al mismo tiempo que era consciente de que su cuerpo estaba siendo destrozado por las serpientes gemelas de fuego y sangre, otra parte de ella, una parte más joven y frágil batía desesperadamente las piernas en busca de la seguridad y el olvido de las profundidades. En alguna parte, por delante de ella, se encontraba el frío silencio del punto muerto. Un lugar a salvo del dolor, la humillación, el fracaso del mundo exterior. Un lugar libre de los sentidos, libre del pensamiento.

Recordaba el camino tan claramente como si apenas hubiera sido un día lo que la separaba de su última visita al oscuro reino de su interior y no el espacio de varias décadas. Mucho más arriba, su cuerpo se retorció de dolor y se hubiera desplomado de no ser por la presa cruel que la mantenía erguida. Entonces sus poderosas brazadas la condujeron hasta un lugar en el que escapó a toda consciencia de la agonía, a toda sensación del mundo exterior. Su última impresión fue la expresión en el rostro de Estévez al ver que la última chispa de resistencia la abandonada. No una mirada de triunfo, sino más bien de resignación y puede que incluso remordimiento. Entonces sólo quedó la oscuridad.

* * *

Fue algún tiempo más tarde –fuera un minuto, una hora o un año, era imposible de saber– cuando Antígona empezó a cobrar gradualmente consciencia de que algo afilado le estaba cortando la mejilla. Trató de quitárselo de encima pero sus manos sólo lograron enterrarse hasta las muñecas en la gravilla cubierta de limo. Con la torpeza y renuencia de alguien que emerge de un sueño profundo, Antígona comprendió que estaba tendida en el fondo del pozo. Sus manos rebuscaron entre las piedras hasta encontrar donde sujetarse y entonces se incorporó apoyándose en los codos. La piedra afilada que le había cortado el rostro debía de haber caído, aunque la oscuridad era completa y no podía ver nada.

Mientras estaba sentándose, se sobresaltó al topar con algo suave y –lo que resultaba más inquietante aún– cálido entre la maraña de lodo y bordes afilados que formaba el fondo del pozo.

Trató de cogerlo y se le escurrió dos veces entre los dedos antes de conseguirlo. No era más grande que la palma de su mano, plano y suave como un guijarro. No podía distinguir más detalles en la oscuridad así que se impulsó apoyándose en el fondo y se precipitó hacia la superficie.

* * *

Antígona emergió del pozo. Su puño alzado brillaba como un sol pero la luz de color ébano que emitía ardía con un fuego frío. Las serpientes gemelas retrocedieron, siseando y chisporroteando. Antígona gritó y se dobló sobre sí misma convulsivamente al sentir de nuevo la acometida del dolor. Sentía fuego en la destrozada caja torácica y el aullido sordo que acompañaba sus alaridos revelaba la presencia de un pulmón perforado. Desesperadamente, ordenó a su sangre que acudiera a las partes maltrechas de su cuerpo. Pero sus heridas eran demasiado graves, puede que mortales. Desde luego demasiado graves para sus reservas de vitae.

El fuego oscuro que aferraba su puño se encendió y las

serpientes gemelas se apartaron de él, frotando sus escamas entre sí con un sonido metálico en su premura por separarse.

No fueron lo bastante rápidas. Las energías arcanas que las mantenían juntas se deshilacharon y se partieron. Cayeron al suelo reducidas a un montón de sangre y cenizas.

Estévez no daba crédito a sus ojos. Había creído que la novicia estaba muerta. No entendía cómo había podido sobrevivir a aquella masacre. Hasta aquel momento, no lo hubiera creído posible. No era capaz de imaginar qué la estaba manteniendo en pie. Y no le gustaba el aspecto de la energía oscura que había invocado.

Dejó que el ataque se disolviera en sus energías primarias y aprestó rápidamente sus defensas. Un glifo se encendió para protegerlo de las intervenciones diabólicas.

No hubiera tenido que molestarse. El esperado contraataque no llegó a materializarse. En su lugar, el poder oscuro volvió a brillar una vez mas y Antígona se desplomó.

En una fuente de su interior, Antígona encontró por fin la fuerza para volver a levantarse. Rodó sobre sí misma y se incorporó apoyándose en codos y rodillas.

Estévez la miraba boquiabierto. Alzó los brazos para una última invocación de fuego pero los glifos elementales dispuestos a su alrededor no respondieron. Antígona había roto el círculo al caer sobre sus límites. La contienda había terminado. La magia invocada había escapado de la *diagramma*.

Por un momento, estuvo a punto de golpearla de pura frustración. Aun sin los círculos del *certamen* para aumentar su poder, Estévez hubiera podido abrirse una vena y recurrir directamente al poder inherente a su sangre Tremere para administrar el golpe de gracia.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener las riendas de la

voraz Bestia de su interior. La monstruosa cobra hinchó su capuchón y se irguió más alta que un hombre. Estévez sintió que el restallar de su lengua saboreaba el aire y encontraba el punto blando justo bajo la línea de la mandíbula. Más que oír, sintió el chasquido que emitió la serpiente al abrir las mandíbulas, que alcanzaron proporciones monstruosas... lo bastante grandes como para engullir la cabeza entera de Estévez.

Muy despacio, Estévez bajó los brazos. Sabía que entre los dos adversarios –la caída novicia y la encarnación de sus propios y letales apetitos– se enfrentaba ahora a un enemigo más peligroso. No era tan necio como para luchar abiertamente contra la monstruosa víbora. Para combatir a una serpiente hay que engañarla, cortejarla, hipnotizarla.

Sin respirar ni mover un músculo, utilizando sólo su mirada y su entrenada voluntad, Estévez dio comienzo a su seducción, apaciguando a la enfurecida serpiente para que consintiera en regresar a la sima de la que había emergido.

Antígona trató de ponerse en pie y fracasó miserablemente. Volvió a desmoronarse. Rodó hacia la derecha y vio que ahora yacía directamente entre las dos *diagramma*: los círculos del *certamen* y la barrera con forma de campana que contenía a la adepta suspendida del techo.

Entonces se abrió una grieta en sus percepciones; puede que perdiera el sentido por un instante. Parpadeó tratando de enfocar los rasgos de Helena, cuya cabeza dada la vuelta la miraba sin llegar a verla. Suspendida apenas a unos pasos de distancia. Imaginó que casi podía alargar la mano y...

Alguien le puso una mano en el hombro. Una voz que no le era familiar le estaba susurrando en tono tranquilizador:

–He dicho que si puedes levantarte. ¿Estás bien?

Trató de volverse hacia el sonido pero al instante se arrepintió. En el último momento antes de que el dolor se apoderara de ella, vio que se trataba del novicio. ¿Jason? Estaba tratando de ayudarla a incorporarse. Sostenía algo en su otra mano, algo que escondía con su cuerpo a la vista de los demás espectadores. Algo que despedía un brillo azulado bajo la incierta luz. Como el brillo de un arma de fuego.

Trató de enfocar el arma, la amenaza principal. Pero no dejaba de dirigir su atención hacia las secundarias: las costillas rotas, el pulmón perforado, la hemorragia. La presencia de Estévez, que se encontraba cerca, en alguna parte. La presión avariciosa de los espectadores, cuyos apetitos se transparentaban en sus rostros, anhelando el golpe de gracia.

Entornó la mirada tratando de enfocar el cañón del arma pero no lo consiguió. Cerró un ojo y luego el otro pero por mucho que lo intentara, seguía sin poder ver el extremo útil del arma. El novicio parecía estar apretándola contra su pecho, ocultándola en su túnica.

Jason le tocó las costillas con el arma y ella se dobló sobre sí misma. Hubiera creído que le había disparado, de no ser por la falta de detonación. Puede que la descarga de energías místicas le hubiera reventado el oído interno y también se hubiera quedado sorda.

–¡Cógela, idiota! –siseó Jason mientras, esta vez, le ponía la pistola directamente en la mano.

–No... no entiendo –musitó. Sentía el frío del metal contra su piel chamuscada, pero sus dedos se negaban a cerrarse alrededor de la empuñadura.

–Te estoy ofreciendo una salida. Cógela. ¡Rápido!

El dedo índice de Antígona se cerró sobre la guarda del gatillo; buscó a tientas el seguro.

De repente, uno de los espectadores más cercanos lanzó un grito:

–¡Un arma! ¡Detenedla! –Hizo ademán de lanzarse sobre ella pero entonces, al ver que los demás no lo secundaban, titubeó. La novicia que había a su lado le lanzó una mirada condescendiente y se apartó intencionadamente de la línea de fuego.

Jason fingió que trataba de quitarle el arma. Antígona dudaba que sus esfuerzos fueran convincentes. No hubiera tenido fuerzas para resistirse. Cuando tiraba, el arma iba con él; cuando empujaba, lo precedía.

–¡Maldito Estévez! Debería haberte matado. ¡Sabía lo que los Astores te harían si sobrevivías al *certamen*!

De repente Antígona comprendió el verdadero alcance de su afirmación. Acababa de escapar por poco a una muerte furiosa en el

duelo arcano, para enfrentarse tan solo a un destino más desagradable aún a manos de los Astores. *El juicio de mis pares*, pensó Antígona. Se vio abrumada, no por el miedo, sino por una sensación agotadora de fracaso. Aquél era el juicio que había solicitado. El que le había *demandado* al dios chacal. Por el rabillo del ojo, Antígona vio el cuerpo frío y desangrado de Helena que se balanceaba suavemente por el aire. Por un momento, creyó detectar en el rostro de la adepta, en la piel traslúcida extendida como cuero tenso sobre el cráneo, un rastro de la sonrisa de gato de Chesire del risueño guardián de los muertos.

El arma apareció ante sus ojos, apretada por un momento contra la carne de su frente y oyó el susurro grave de Jason:

–¡Ahora! ¡Por el amor de Dios, hazlo ahora!

Antígona cerró los ojos y cayó de rodillas. Sintió un reguero de sudor sanguinolento.

–Lo siento –dijo y apretó el gatillo. La detonación resonó por la sala entera, arrastrando consigo el olor de la pólvora y la sangre recién derramada. Nadie se movió.

Jason se desplomó. El agujero de su túnica negra de novicio se estaba tiñendo rápidamente de rojo oscuro.

Algunos de los novicios empezaron a apartarse de ella. Amenazó con el arma a uno que se había acercado demasiado al tratar de llegar a la salida. Atrapado en aquella posición comprometedora, se irguió y adoptó una postura de valentía completamente inapropiada para lo que estaba ocurriendo. El disparo lo acertó de lleno, salió despedido hacia atrás y cayó de espaldas sobre la fuente, donde permaneció inmóvil.

Algunos de los novicios estaban llamando al equipo de seguridad pero, o bien el puerto de comunicaciones estaba apagado, o el daemon de seguridad volvía a estar desconectado. Antígona se encontró preguntándose si quedaría alguien del equipo de seguridad para responder a la alarma aun en el caso de que llegara a producirse. *Probablemente sólo los Astores*, pensó. Aquella idea la devolvió a la inmediatez de cuanto la rodeaba. No podía dejar que la cogieran allí. No así. No antes de haber hecho lo que había ido a hacer.

Tras calmarse un poco y acallar los diferentes dolores de su

pecho que trataban de llamar su atención, alargó la mano hacia abajo para tocar aquel estanque oscuro y silencioso de su interior. La fuente del poder de la sangre Tremere. Ya no estaba el miedo representado por los Niños, la barrera que le impedía invocar la magia de la sangre.

Trabajando rápida e intuitivamente, se inclinó sobre los glifos que rodeaban el círculo en el que Helena estaba atrapada, que la mantenía prisionera entre la vida y la muerte. Alteró sutilmente un glifo aquí, cortó una atadura allá y a continuación se detuvo frente a la runa primaria, aquella que era el foco de la *diagramma*. Con sumo cuidado la fue convirtiendo en un jeroglífico, el sonriente pictograma de un chacal.

Entonces, tras elevar una silenciosa plegaria, cruzó la línea y tomó entre sus brazos el cuerpo quebrantado de la adepta.

Estévez le había advertido que había una muerte atrapada dentro del diagrama y ahora sintió su aullido de negación.

El cuerpo de Helena pareció exhalar, un suspiro o un sollozo apacible. A continuación se oyó algo que parecía una cascada de agua y la piel de Helena se derramó sobre el suelo alrededor de Antígona. Sus huesos, libres de las crueles cadenas de espinos de los Astores y de las más naturales limitaciones de los ligamentos, la siguieron. Cayeron traqueteando al suelo con una percusión musical.

Antígona sólo sostenía ya la maraña de la larga túnica negra, una piel prestada.

Fue el sonido de la voz de Estévez, directamente detrás de ella, lo que la arrancó de los recuerdos de su amiga y mentora.

—Eso —dijo— ha sido una enorme estupidez. Ya debes saber que nunca podrás salir de ese círculo con vida.

Antígona estaba en calma. Se volvió hacia él y asintió.

La voz de Estévez se convirtió en un susurro.

—Eres una maravilla, Antígona. Adiós pues, novicia. Cuando vuelvas a ver a Helena, dile que hice lo que pude.

—Ya lo sé —replicó ella, sonriendo—. Pero sigues siendo un bastardo. Siento no haberte matado —añadió tras pensarlo un instante.

La mirada de Estévez se movió hasta el arma que seguía empuñando la novicia y enarcó una ceja inquisitiva.

—Pero no lo siento tanto —dijo ella—. Supongo que serás tú el

que tenga que lidiar con los Astores.

–Un inconveniente pasajero.

–¿Y Felton y Charlie? ¿Vas a dejar que se vayan? ¿No tratarás de seguirlos?

–¿Seguirlos? Oh, ya veo. Bueno, supongo que si tienen el sentido común de permanecer fuera de la ciudad... O puede que, si deciden cambiar de idea y aceptan la ayuda de un benefactor...

Antígona resopló.

–Eso sería precioso. –Hizo una pausa–. Será mejor que te vayas, antes de que lleguen los Astores.

–Estaba a punto de sugerirte lo mismo. Adiós, novicia.

–Adiós entonces.

Antígona cruzó la línea del círculo y la muerte, frustrada y contenida durante tanto tiempo, cayó al fin sobre ella. En la vacía sala, sonó por tercera y última vez un disparo, más un anuncio de su muerte que su auténtica causa.

Alguien llamó débilmente a la puerta del santuario de la regente. En circunstancias normales, los ocupantes de la habitación habrían tenido dificultades para oír hasta el impacto de un ariete contra la puerta de un metro de grosor. Sin embargo, el intimidante portal estaba entreabierto en estos momentos, una concesión a la línea extendida de novicios que estaba trasportando las últimas cajas a la sala de audiencias para ser llevadas a la Casa Madre.

Al escuchar el sonido, Himes levantó la mirada y sus antiguas y gruesas gafas enfocaron al novicio que esperaba en el umbral con aire atemorizado. Durante su breve estancia en la capilla, el Astor había interrogado a todos sus residentes pero por alguna razón el nombre de éste se le escapaba.

Himes levantó un dedo hacia su camarada para que lo excusara y se acercó al novicio.

–¿Sí?

–Dijo que lo avisáramos de inmediato. Si pasaba algo, me refiero, señor.

Se movía con aire incómodo, cambiando el peso de pierna. La timidez del novicio contrastaba con su constitución. Superaba los dos metros de estatura y casi alcanzaba aquella anchura en los hombros. En él, la túnica negra y suelta de los novicios tenía el aire de una tienda de campaña.

–¿Y ha ocurrido... algo? –preguntó Himes.

–Sí –asintió el novicio apresuradamente, pero al instante bajó la mirada–. Pero no ha sido culpa mía. No quisiera que pensara que...

–Continúa, por favor –dijo Himes con un tono de impaciencia mal disimulada.

–Es sólo que no estaba seguro de si debía venir aquí, señor. Me gustaría decir que he venido corriendo pero para ser sincero, no sabía cómo se lo iba a tomar. Cambié de idea en dos ocasiones y volví por donde había venido.

Himes tenía cierta experiencia con las excusas. Fue directo al grano.

–Veo que no se trata de buenas noticias. Si me las cuentas rápida y sinceramente, puede que no te pase nada. Asumiendo, por supuesto, que no hayas tenido nada que ver en ello.

–¡No! Por supuesto que no, señor. Los demás no querían venir. Me han dicho que estaba loco sólo por pensarlo. Pero yo pensé que sería aún peor cuando lo averiguaran. Y mejor que lo oigan de mis labios que esperar preocupándome por lo que hubieran oído.

–Sí, sí. Has hecho bien en venir cuanto antes. Y ahora, ¿qué es eso que con tanta desesperación quieres o no quieres contarme?

–¿Me prometéis que, dado que no he sido yo el culpable del asunto y ni siquiera he visto a quien pudiera serlo, no me haréis nada por habérselo contado?

–Ya te lo he dicho. Y ahora, puesto que no parecemos impacientes por escuchar las noticias, habla de una vez para que podamos dedicarnos a cosas más agradables.

–Bueno, la cosa es esta. ¿Sabe el cuerpo, el que colgaron del gran vestíbulo y prohibieron que nadie lo tocara bajo pena de muerte? Bueno, pues ha desaparecido –terminó con aire miserable.

–¿Desaparecido?! ¿Cómo es posible? Ya recuerdo tu cara. Eres uno de esos novicios perezosos a los que le ordenamos que vigilaran a la adepta. Dime enseguida quién es el responsable si quieres que no te pase nada.

El novicio pareció más aterrado y miserable que nunca.

–Lo siento, señor, pero ignoro quién es el responsable. Sus cadenas no están rotas y el círculo de protección que inscribisteis allí sigue intacto. Y nadie podría haber entrado o salido sin que lo viéramos. Y mucho menos arrastrando un cuerpo.

–¿Hay algún problema, señor Himes? –Stephens se había acercado sigilosamente y ahora se asomó por encima del hombro de Himes. Su apacible tono de voz y sus maneras solemnes recordaban a Himes a un director de pompas fúnebres.

El novicio dio un respingo al encontrarse con aquella aparición inesperada y balbució.

–Es un completo misterio, señor. Los cadáveres no se levantan y desaparecen así como así. –A continuación, con menos seguridad y un punto de amargura, añadió–. Al menos no los muertos de verdad.

–¿Qué? No pretenderás sugerir... –Se volvió hacia Himes–. No estará hablando de Helena –afirmó, desafiando a su colega Astor a contradecirlo.

–Me temo –replicó Himes– que eso es precisamente de lo que está hablando este buen muchacho.

Stephens se volvió hacia el novicio, cuya inquietud había dado paso a un pánico completo.

–Por favor, señores –suplicó, mirándolos a los dos en busca de una señal de apoyo–. Cuando Margot nos lo enseñó, nos quedamos horrorizados. Todos...

–Bueno, hicisteis bien –le espetó Stephens–. Y nadie vio al responsable. ¿Un grupo entero de novicios, de pie mirando boquiabiertos en todas direcciones y nadie ha podido ver nada?

–No, señor. O sea, es como usted dice, señor. Oh, no tardamos mucho en lanzarnos acusaciones unos a otros. Todos negábamos

tener algo que ver con el asunto. Podíamos haber llegado a las manos y lo habríamos hecho de haber existido alguna duda sobre quién se llevaría la mejor parte. Pero no hay entre ellos uno solo al que no haya atizado en el pasado y no me avergüenza decirlo.

–A la luz de las presentes dificultades –sugirió Himes con suavidad– podrías ahorrarnos el relato de tus excelencias físicas. ¿Dices que todos afirman no haber visto ni oído nada?

–Así es. Y ellos lo dirán igualmente.

–¿Y lo seguirás jurando, aun cuando te pongamos los hierros candentes en las manos a la antigua manera?

El novicio palideció pero dijo con voz quejumbrosa:

–Si es necesario para convencerles, estoy seguro de que lo haré. No vimos nada y, si me preguntan a mí, no había nada que ver.

En este punto Stephens perdió la paciencia.

–¿Qué es exactamente lo que estás sugiriendo entonces?

¿Fantasmas? ¿Fuerzas sobrenaturales? ¿Alienígenas?

El novicio no le aguantó la mirada.

–Con el debido respeto, señor, algunos de los novicios dicen que fue un error tratar de hacer que no pudiera seguir moviéndose. Algo antinatural, dicen. Sólo se puede contener a los muertos durante algún tiempo, señor, antes de que consigan seguir adelante.

–Absurdo –lo interrumpió Stephens–. Voy al Grande Foyer a interrogar a los demás novicios *boquiabiertos*. Señor Himes, si te parece, prepara el hierro y acompáñame. Excelente. Y en cuanto a ti...

Giró sobre sus talones para mirar al novicio y se encontró con el borde de una túnica negra que desaparecía al otro lado del recodo.

–Esas estúpidas habladurías –le dijo a Himes– han de ser suprimidas. ¿Alguna vez habías oído semejante tontería? Lo próximo que dirán es que los santos del cielo bajaron para rescatarla. Como si hubiera alguna razón para que los poderes superiores, sean divinos o infernales, fueran a honrar su miserable cadáver con sus atenciones. ¿De veras creen que es una hazaña traicionar a su regente? ¿Acaso honran los dioses a los pecadores?

–¿Por qué entonces –sugirió Himes con voz suave– tomarse tantas molestias para negarle una muerte y un descanso apropiados? No me malinterpretes. No le estoy dando el menor crédito a esas

especulaciones absurdas. Pero debes admitir que, con el heterodoxo castigo al que sometimos a la adepta, hemos alentado esta clase de dudas.

–¿Estás sugiriendo que esto es en alguna medida culpa mía?

Himes le indicó que se calmara.

–Nada de eso. Sólo digo que has atizado el fuego de la imaginación de los novicios con tu poético sentido de la justicia.

Stephens resopló.

–Escucha bien lo que te digo: cuando lleguemos al fondo de este asunto, y te aseguro que vamos a hacerlo, lo que descubriremos es que este desafío ha sido comprado, comprado con la moneda de los afectos equivocados. Hay un cierto lustre en el oro que sólo adquiere cuando lo aferran con fuerza manos mortales. Las ideas como la lealtad, la amistad y el amor tienen el mismo lustre místico cuando caen en manos de los no-muertos. Su atractivo es igualmente tentador, igualmente mortal, igualmente ilusorio. Es una de estas ideas románticas la que ha impulsado este acto. Estoy seguro.

–Y yo estoy igualmente seguro –dijo Himes– de que es una moneda mucho más mundana la que ha impelido a nuestros fieles centinelas a mirar en otra dirección en el momento adecuado.

–Bueno, no será muy difícil poner a prueba esa hipótesis. Mientras tanto, voy a decir a esos centinelas que se les hará responsables directos del crimen. Hasta el momento, por supuesto, en que den con el auténtico criminal. ¿Vienes conmigo, Himes?

–Recogeré mis cosas y me reuniré contigo a la máxima brevedad.

Antígona despertó flotando cabeza abajo en agua helada. Su primera reacción fue inhalar, cosa que ni necesitaba ni le hubiera ayudado. Escupió agua y batió las piernas y finalmente logró ponerse

derecha.

Al salir a la superficie descubrió que se encontraba en el conocido estanque subterráneo. Podía oír el rumor del roce de las aguas contra el mármol. Los obeliscos que jalonaban la cámara estaban hechos de piedra tallada. Saltaba a la vista que las marcas eran más antiguas, jeroglíficos antiguos y auténticos.

Nadó hasta el borde del estanque y salió del agua. Su cuerpo delgado chorreaba al abandonar las aguas silenciosas. Sintió el frío del mármol contra las plantas de los pies.

Esperaba recibir el asalto inmediato de un vasto montón de cuerpos, gritando al unísono para llamar su atención, para reivindicarse, al borde del agua. El área que rodeaba al Estanque de los Suicidas estaba siempre abarrotada con aquellos que aún negaban su situación, seguían aferrándose a los restos de las vidas a las que le habían dado la espalda. Pero ahora sólo se veía una figura en la oscuridad.

–Has regresado con nosotros, avecilla –dijo el chacal. Extendió una enorme mano cubierta de un pelaje del color del ónice hacia ella. Su sonrisa era la única luz de la estancia–. ¿Has terminado de correr?

–He terminado de correr –asintió ella.

–Nos has hecho un gran servicio al devolvernos a nuestra hermana. Has honrado a los muertos. Te doy las gracias por ellos.

–No lo hice por ti –dijo ella.

–Eso no importa. Lo hiciste por tu amiga. Y eso sí importa.

–Me temo que tenías razón –dijo Antígona–. No me fue mejor con el juicio de mis hermanos que con tu balanza dorada.

–Era imposible –dijo él–. Una apuesta absurda. Mi balanza, al menos, tiene la ventaja de ser imparcial. No quería nada de ti. Los demás jueces no tenían esa ventaja.

–Creo que estoy preparada para enfrentarme a tu Devorador.

–Como desees, pequeña.

En silencio, la llevó por el largo y oscuro corredor que conducía a la Sala del Juicio. Una tenue luz rojiza brillaba sobre oro bruñido y perfilaba la balanza que era el punto focal de la habitación.

–Aquí estamos –dijo él–. Ajustaré los fieles. Será solo un momento.

–No hace falta.

Se acercó a la balanza y la miró. En uno de los fieles había un frágil recipiente de barro, un jarro canopio. En el otro, una solitaria pluma negra.

La balanza se inclinó peligrosamente hacia un lado. El peso de la pluma levantó con facilidad el jarro.

–Un buen momento para morir –dijo Antígona al comprobar que el veredicto era favorable.

–Sí, pequeña. Un buen momento para morir.

{ **Final** }